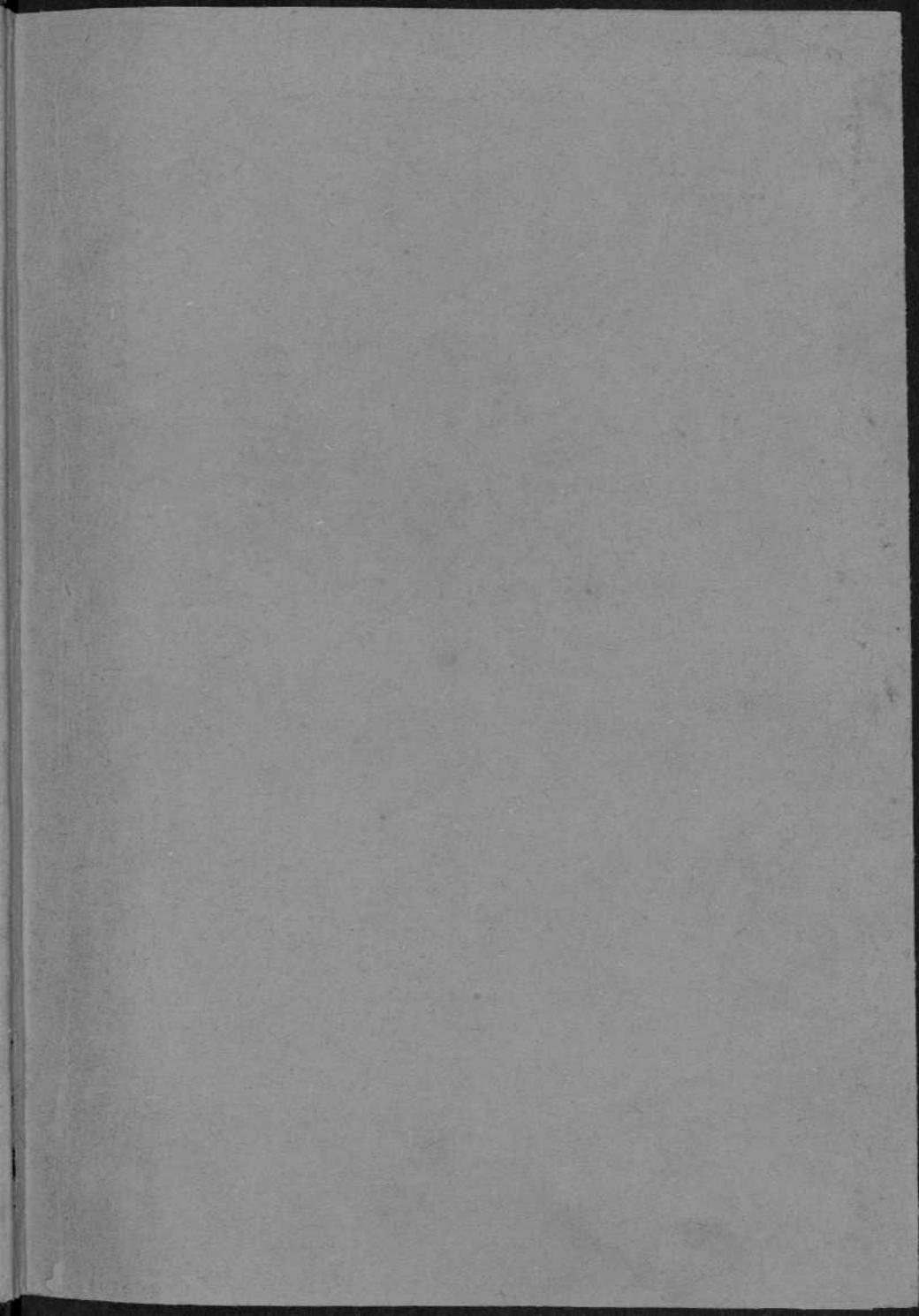
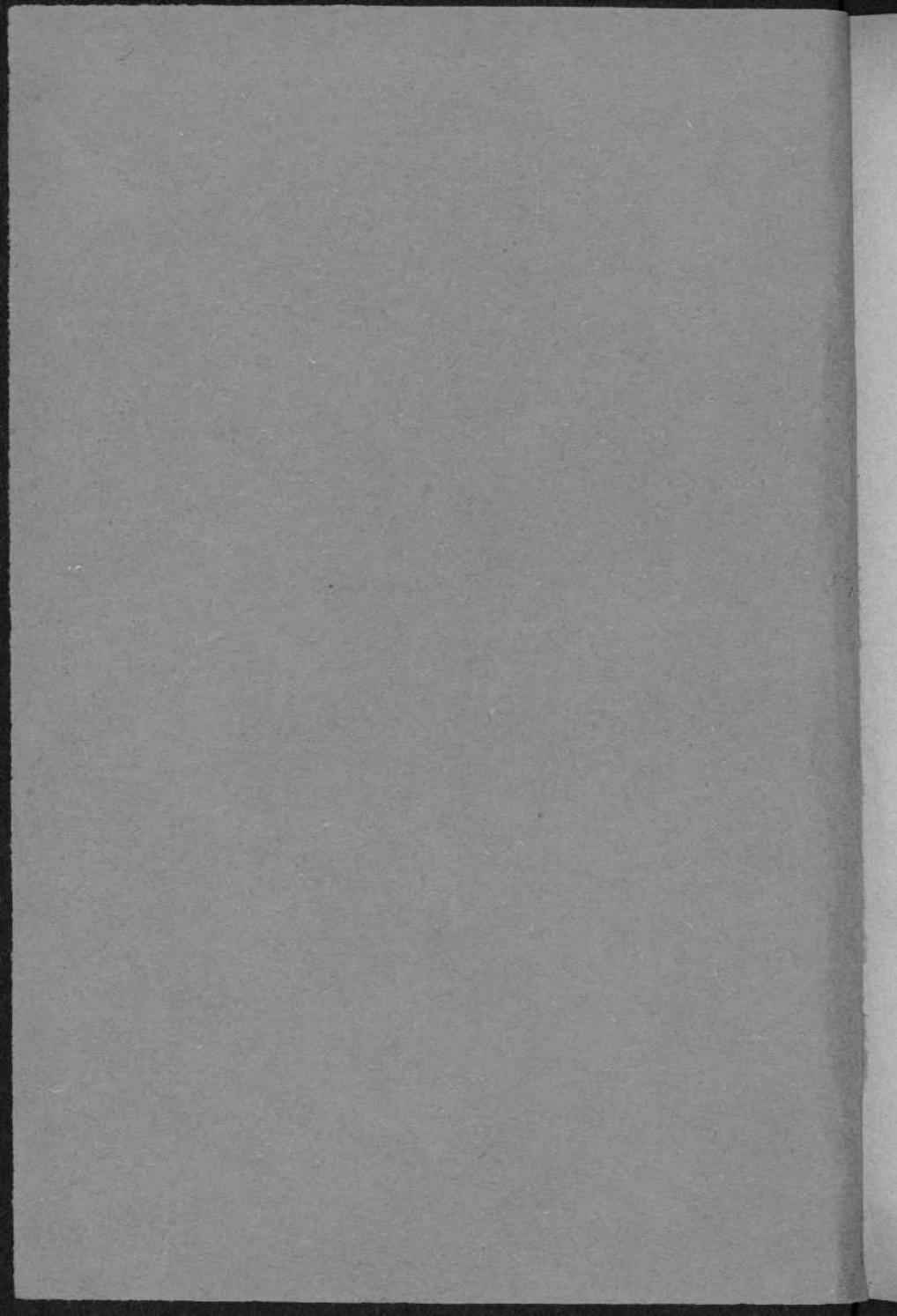


233


14233





26
123

PRIMERA EDICIÓN
EN
ESPAÑA
DE LA
HISTORIA DE SAN BERNARDO
Y SU SIGLO,
ESCRITA POR EL
R. P. TEODORO RATISBONNE,
SUPERIOR DE LOS PADRES MISIONEROS Y RELIGIOSAS DE
NUESTRA SEÑORA DE SIÓN,
VERTIDA AL CASTELLANO
POR UNA DEVOTA
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



—•••••
TOMO PRIMERO



SEVILLA
—
IMPRENTA CALLE ÁLMUDENA, NÚM. 5.
1889.

~~~~~  
Esta traducción es propiedad de  
la traductora quien perseguirá ante  
la ley al que la reimprima sin su  
autorización.  
~~~~~

BREVE APOSTÓLICO.

Á SU MUY QUERIDO HIJO TEODORO RASTIBONNE
GREGORIO XVI SOBERANO PONTIFICE

Amado hijo, salud y bendición apostólica.

Nada es tan grato y consolador á nuestro corazón como ver brillar ostensiblemente el talento en aquellos que son llamados á la heredad del Señor. A los hombres que se distinguen por su doctrina y saber, propagando la gloria de Dios y procurando

GREGORIUS, PP. XVI.
DIL. FILIO PRESBYTERO THEODORO RATISBONNE.

Dilecte fili Salutem, et Apostolicam Benedictionem. Cum Nobis nihil potius, nihilque optabilius esse possit, quam ut viri in sortem Domini vocati virtutum omnium ornatu profulgeant, tum splendida honorum munera et Nostræ benevolentiae

IV

la salvación eterna de las almas, muy principalmente otorgamos honores, y el estimable don de nuestra amistad.

Conocemos las cualidades que adornan vuestro corazón é inteligencia; lo mucho que habeis cultivado las letras y las ciencias especialmente las sagradas; la integridad de vuestra vida, severidad de costumbres y celo pòr la religión, cualidades que muy especialmente manifestais en la «*Historia de San Bernardo*» que acabais de dar á luz, escrita con tanto talento, como sagacidad. Tampoco ignoramos la veneración que particularmente Nos profesais, como también á la Silla de San Pedro, sentimientos todos que unidos á los demás beneficios

testimoniæ iis potissimum defercimus, qui ingenio, pietate, doctrina, eruditione præstant, quique in Dei, gloriam promovendam ac sempiternam hominum salutem procurandam incumbunt. Itaque cum Nos minime lateat te egregiis, tum ingenii dotibus exornatum, læteris ac disciplinis præsertim sacris excultum, vitæ integritate, morum gravitate, pietatis laude, ac religionis studio summopere spectatum de Sancto Bernardo, vitam docte sapienterque conscriptam in lucem edidisse, ac summa Nos et hanc Petri Cathedram veneratione colere, iis fulgere virtutibus, quæ virum divine ministerio addictum summopere decent, nihilque inexper-

que de la Providencia habeis recibido necesarios son al hombre que se consagra al ministerio divino. Nada habeis desatendido, de cuanto puede contribuir á la gloria de Dios y la salvación de las almas, y en consideración á ello hemos resuelto, con toda la efusión de nuestro corazón, daros un público testimonio de Nuestra satisfacción, condecorándoos con un distintivo honorífico y absolviéndoos de toda excomunió, entredicho, censuras eclesiásticas, sentencias ó penas en que hayais podido incurrir, y nombrándoos, en virtud, de estas cartas, y Nuestra Autoridad Apostólica, Caballero de Nuestra Orden: Asi os lo hacemos saber, por la presente, que derecho teneis á ocupar un puesto

tum relinquere, ut quibusque rebus Dei gloriæ et animarum saluti inservire possis, idcirco aliquam propensæ Nostræ in te voluntatis significationem alaeri libentique animo exhibendam censuimus. Peculiari erga te honore decorare volentes, et a quibusvis excommunicationis, et interdicti, aliisque ecclesiasticis censuris, sententiis, et pænis quovis modo et quacumque de causa latis, si quas forte incurristi; hujus tantum rei gratia absolventes, et absolutum fore censentes, te hisce Litteris Auctoritate Nostra Apostolica, auratæ nostræ militiæ Equitem elegimus et renuntiamus, atque in splendidum eum Ordinem á Nobis innova-

VI

en la guardia de honor por Nosotros restablecida y enriquecida con nuevas prerrogativas: asimismo os concedemos el derecho de usar y disfrutar estas prerrogativas en general y particular como bien lo estimeis, que useis de los privilegios é indultos que los Caballeros de la Orden disfrutaban y disfrutarán en el porvenir, salvo las restricciones establecidas por el Concilio de Trento, y aprobadas por la Santa Sede: Ordenamos, pues, que constantemente lleveis sobre el lado izquierdo del pecho, bajo pena de perder los privilegios anejos á la Orden, si lo contrario hiciéreis, la cruz de oro octangularia, blanca por la superficie y con la efigie grabada de San Silvestre, Soberano Pontífice, lleván-

tum, et majore auctum honore cooptamus tibi que concedimus, ut omnibus et singulis privilegiis, indultis juribus perfrui possis, quibus alii Equites illius Militiæ utuntur, fruuntur, vel uti, ac frui possunt et poterunt, citra tamen facultates sublatas á Concilio Tridentino hujus Sedis auctoritate confirmato. Volumus vero, ut Crucem auream octangulam albæ superficiem imaginem. S. Silvestri: S. P. in medio referentem ad pectus tænia serica rubro nigroque distincta colore extremis ovis rubris appensam esse comuniqui Equitum more in parte vestis sinistra juxta formam in nostris similibus Litteris die XXXI Octobris anno MDCCXLI

dola siempre pendiente, de una cinta roja y negra como es costumbre, y se ordenó en nuestro Breve concerniente á la Orden el 31 de Octubre de 1841. Réstanos, tan solo añadir un testimonio más, del afecto que os profesamos, ordenando que la dicha condecoración os sea remitida en nuestro nombre, no obstante toda constitución, sanción apostólica y demás decisiones que pudieran ser contrarias.

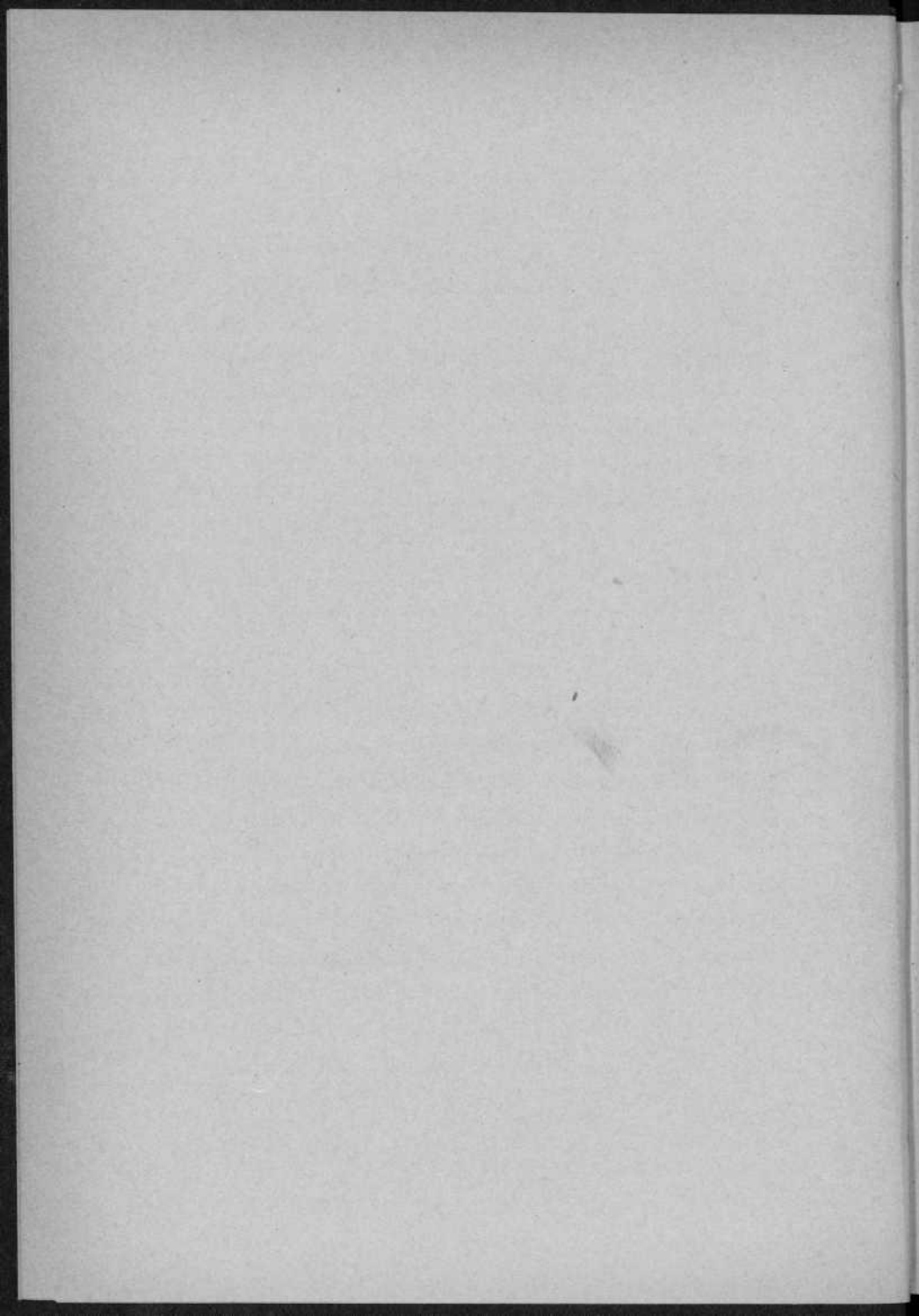
Dado en Roma, en Santa Maria la Mayor, bajo el anillo del Pescador, el ocho del mes de Julio mil ochocientos cuarenta y dos, en el duodécimo año de Nuestro Pontificado.

A. CARD. LAMBRUSCHINI.

de eodem Ordine editis gestare omnino debeas, alioquin ab hujus indulti juribus excidas. Ouam quidem Crucem Nos ipsi tibi dandam mandamus, ut Nostram erga te benevolentiam magis magisque perspicias. Non obstantibus constitutionibus et sanctionibus apostolicis, cæterisque contrariis quibuscumque.

Datum Romæ, apud Sanctam Mariam Majorem, sub annulo Piscatoris, die VIII mensis Julii MDCCCXLII, Pontificatus Nostri anno duodecimo.

A. CARD. LAMBRUSCHINI.



PRIMERA ÉPOCA.

VIDA DE SAN BERNARDO DESDE SU NACIMIENTO,
HASTA SU ENTRADA EN LA ORDEN DEL CISTER.
DESDE 1091 A 1113.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nacimiento de San Bernardo.—Primeros años de su infancia.—Detalles concernientes á su familia.

Dichoso el hombre que crece y se desarrolla en el regazo de una madre virtuosa; mágico poder tendrá su mirar sobre aquel niño en cuya alma brillará la bondad y alegría. Así como el Sol fecundiza y dulcifica con su calor las producciones de la tierra, así la madre inculcará y gravará en el corazón de su hijo los sagrados deberes del amor. San Bernardo gozó de esta incomparable dicha. Su madre, la bienaventurada Alisa, (1)

(1) Los cronistas la llaman algunas veces Alisa y otras Isabel. (Fragt. ex. 3.^a vita S. B. Gaufridus § 2, p. 1292). Con el nombre de Alisa se la cita en el martirologio cisterciense. En el Obispado de Dijon existe un magnífico retrato representándola rodeada de una aureola.

hija del Conde de Montbar, casó muy jóven aún con el Señor de Teceun, de Fontenai, pueblo cerca de Dijon. Alisa no contaba á la sazón más que quince años y ya su alma, prevenida por la gracia, habiase dedicado á Dios, aspirando á la paz del cláustro y á la mayor perfección en la vida monástica.

(1) Pero la Providencia le reservaba otra misión: fué llamada á ser esposa y madre, y difundir entre numerosa familia las gracias que ella había recibido desde su más tierna edad. Tecelin, su marido, estimaba y respetaba virtud tan pura. Era también de piadosas costumbres y cristiana vida; y aunque su elevado cargo le retenia casi continuamente en la corte del Duque de Borgoña, allí, como en los campos de batalla, conservaba íntegra la dignidad del cristiano, distinguiéndose en todos los combates por su valor y lealtad. (2)

La Providencia, que formó esta unión, la hizo fecunda también: Alisa fué madre de seis hijos y una hija, siendo el mayor Guido, después Gerardo, Bernardo, Bartolomé, Andrés, Nevardo y Ombeлина. Bernardo, el tercero de los hijos, nació el año 1091, en el castillo de Fontenai, en Borgoña.

Su nacimiento fué precedido de un hecho singular. La piadosa Alisa tuvo un sueño durante su embarazo que la alarmó extraordinariamente: «vió

(1) Joh Ecem.... vita S. B. p. 1300.

(2) S. Bern. vita et Res gesta Guill, lib. I, cap.

«en sus entrañas un perro que ladraba de continuo
«con voz inquieta y agitada. Dice un biógrafo con-
«temporáneo, que la madre de Bernardo consultó
«con un hombre de gran virtud y que, iluminado
«éste con aquel espíritu profético que inspiró á Da-
«vid cuando, hablando de los oradores sagrados,
«decía á Dios: «La lengua de vuestros perros ladra-
«rá contra vuestros enemigos,» le contestó: «No
«temais; sereis madre de un hijo, que, cual fiel ser-
«vidor, guardará la casa de su Señor, y ladrará muy
«recio contra los enemigos de la fé; será un predi-
«cador notable; con su palabra, curará las llagas
«de muchas almas.» (1)

La venturosa madre, estremeciose de alegría al oír la palabra del hombre de Dios. Había ofrecido al Señor sus dos primeros hijos pero desde aquel momento, consagró más particularmente á Bernardo. Su mayor deseo era transmitir á todos ellos la vocación que ella tanto había amado en su juventud. Esta madre cristiana consideraba los deberes de la maternidad como delegación recibida de la Providencia: consideraba á sus hijos como preciosos depósitos confiados á su cuidado y vigilancia de los cuales era responsable ante Dios.

Aunque de naturaleza debil y delicada, no quiso encomendar á mujer extraña la lactancia de sus

(1) Guill., vita et Res gestæ, lib. cap. I.

hijos. Ligada por esquisita sensibilidad de alma á todo lo que es causa y origen de amor, les daba, á la vez que la leche de sus pechos, las lecciones que producian en su alma virtudes celestiales.

Tecelin llevaba una vida demasiado cortesana para poder dirigir la educación de sus hijos; abandonaba este cuidado á la cariñosa y recta solitud de su mujer cuyas ideas aprobaba aunque no siempre comprendía. Educado en la profesión de las armas, unia á los hábitos militares las prácticas religiosas, según costumbre de aquella época, y no veía inconveniente en que sus hijos se educaran en carrera tan llena de gloria para él.

Alisa, más previsora, temía los peligros á que se expone la integridad cristiana en el servicio militar: presentia las dulzuras de la vida religiosa y no deseaba otra gloria ni otra dicha para aquellos á quienes habia concebido y despues consagrado á Dios: educó á sus hijos más para el cielo que para la tierra, y les enseñó desde muy temprana edad á distinguir el bien del mal, á elegir siempre lo más santo, amar sobre todo y todas las cosas Aquel que es amor mismo principio y fin del hombre.

Con este objeto, estableció en el interior de su casa el orden más perfecto y la más severa disciplina. «No puedo olvidar, dice uno de sus contemporáneos, los ejemplos de admirable virtud que «esta mujer insigne de continuo daba á sus hi-

«jos. En su casa como en el mundo imitaba, en «cuanto podía, la austeridad de la vida religiosa, «con sus abstinencias, sencillez en el vestir y aleja- «miento de las vanidades y goces del siglo: se reti- «raba, cuanto posible le era, del bullicio del mundo «para rescatar con vigias, oraciones y obras de ca- «ridad lo que faltaba de perfecto á una persona «obligada á cumplir con los deberes de su estado «y del siglo.» (1)

Estos ejemplos y un hablar serio á la vez que amable y lleno de dulzura, dejaron indeleble memoria en el alma de sus hijos. Alisa los amaba sin el egoismo natural que busca la propia complacencia. Introducía en sus corazones aquella simiente que produce virtudes sólidas sin provocar á la superficie del entendimiento precoces y brillantes flores que marchitan prematuramente las inteligencias jóvenes. La historia refiere, que continuamente los ejercitaba en la negación de la propia voluntad, en una caridad recíproca y en la mortificación de los sentidos, con el fin de consolidar entre ellos una santa conformidad en gustos, costumbres y simpatías. Suavizaba la severidad de esta cristiana educación con todo lo que posee de amor, dulzura y bondad el instinto materno, consiguiendo de este modo desarrollar una esquisita sensibili-

(1) Guill. lib. I, cap. II.

dad y un caracter á la vez varonil y generoso en los hijos de Tecelin.

Bernardo, aquel niño tan amado de su madre, saboreaba la unción de su palabra y contemplaba su vivificadora mirada. Muy joven aun se dedicaba, en cuanto su edad se lo permitia, á imitar en secreto las obras que le veía ejecutar: daba pan á los pobres, servía á sus hermanos, sonreía á todos; hablaba poco y se observaba mucho para moderar su natural viveza y con frecuencia se le veía llorar sus faltas.

El Santo niño mostró también, desde sus primeros años, notable disposición para el estudio. Su joven inteligencia, viva y lúcida, se reflejaba en su mirada y en las movibles facciones de su fisonomía: su corazón franco y generoso trasmitia á su semblante y persona toda, esas tintas de inocentes alegrías que dan á la infancia angelical encanto. Su cabello era rubio, el cutis fino y su estatura esbelta y arrogante; (1) su exterior reproducía la noble figura del padre pero el alma, era el alma toda de su madre.

En una grave enfermedad que padeció en sus primeros años, se admiró la delicadeza de su conciencia: atormentado por dolores de cabeza, cuya intensidad resistía á todo tratamiento, una mujer

(1) Gaudef., lib. II, cap. I.—S B. p. 426-428.

se ofreció á curar su mal; pero apercibido de que tenia en sus manos objetos supersticiosos, se levantó con impetu y arrojó de su cuarto con indignación á la que, por medios tan odiosos, pretendia curarlo.

El Señor recompensó visiblemente sus piadosos sentimientos, pues el mal desapareció repentinamente y el niño se levantó lleno de salud y alegría (1)

La malicia de los hombres tendió otros lazos á su conciencia, pero todos supo vencerlos ó evitarlos siendo sus primeras victorias preludeo del dominio que habia de ejercer después sobre si mismo y sus contemporáneos.

Un acontecimiento, ocurrido en su primera edad, contribuyó poderosamente á avivar su fé: dejemos hablar á uno de sus biógrafos: «Era la media noche, hora en que se celebra la misa de Navidad; «ocurió que el joven Bernardo sentado y recogido «antes de empezar el oficio divino, inclinó la cabeza sobre su pecho y quedóse ligeramente dormido. «Al instante mismo el niño Jesús se le apareció. El «Verbo encarnado se presentó á sus ojos como el «más hermoso de los hijos de los hombres. Esta visión arrebató de tal modo los primeros afectos del «pequeño Bernardo, que desde aquel momento de-

(1) Guill., lib. I, cap. II.


«jó de ser niño y quedó convencido, como en todo
«tiempo lo declara, que la hora en que tuvo la vi-
«sión fué la misma en que Nuestro Señor vino al
«mundo. En efecto, añade el amigo y biógrafo de
«San Bernardo, muy difícil seria á los que con fre-
«cuencia le oyeron predicar, no reconocer las mu-
«chas gracias y bendiciones que recibió en aquella
«bienaventurada noche, puesto que, desde aquel
«momento adquirió perfecto conocimiento de este
«sublime misterio y mayor elocuencia cada vez que
«de el predicaba.» (1)

Algunos años pasaron, y el pequeño niño, como el Divino modelo, creció en sabiduría ante Dios y los hombres.

(1) 2.ª Vita S. Ber. Anct. Alano.

CAPÍTULO SEGUNDO.

Educación de Bernardo.—Costumbres de la época.

n aquella época existía en la diócesis de Catillón del Sena (1) una célebre academia donde los escolásticos enseñaban ciencias modernas, así llamadas por la filosofía algo equívoca de los nuevos maestros. La fama de esa escuela, propagándose por el mundo, atraía gran número de discípulos, y dotado Bernardo de capacidad extraordinaria, sus padres resolvieron ingresara en ella. (2) Sus progresos fueron

(1) Guill., lib. I. cap. 11.

(2) Al principio del siglo XI fundáronse varias escuelas de ese mismo sistema en Reims Poitiers Auserre y otras provincias aumentando su número al siguiente siglo.

rápidos y notables; aprendió muy pronto la lengua latina con elegancia y facilidad; cultivó la poesía y se apasionó con exceso á las bellas letras.

Mientras más ciencia adquiría, más le mortificaba oír tratar con frívola sutileza las cuestiones religiosas. Sin comprender aun el terror que le causaba la temeridad y osadía de algunos autores, poseía ya aquel buen juicio pronto y exacto, aquel instinto piadoso que descubre al primer encuentro las desviaciones más sutiles sobre la enseñanza católica. Bernardo conservó toda su vida aquel pesaroso recuerdo, y no era que la filosofía le desagradase: con éxito la cultivó, adquiriendo en ella notoria superioridad sobre sus condiscipulos; pero le repugnaba aplicarla á los principios teológicos y someter á un frío análisis misterios que deben ser amados antes que comprendidos; en una palabra; su fè, le era en extremo sagrada para hacerla entrar en liza con las demás cuestiones humanas, sin herir la suceptibilidad de su conciencia. El Santo Colegial encontraba la compensación del cansancio que le producian los estudios profanos en la lectura y meditación de los santos evangelios. En esta fuente viva de verdad bebía luz para su alma y vida para el espíritu; y con este ejercicio nunca interrumpido, enriqueció prodigiosamente la memoria dando al mismo tiempo á su estilo aquellos rasgos proféticos y sublime eleva-

ción de ideas que tanto caracterizan sus escritos y discursos.

Mientras que Bernardo estudiaba en Catillón, sus hermanos ingresaron en la carrera militar. Dolorosa prueba fué esta para Alisa, pero no resistió á la voluntad de su marido, el cual llamando tras sí á sus hijos, cedia, á la fuerza de las circunstancias.

Dominaba por aquel tiempo en la Borgoña una excitación verdaderamente guerrera. Esta provincia feudataria, venía siendo gobernada por poderosos duques herederos de Hugo Capeto, casando uno de ellos á su hija con el famoso Alfonso IV rey de Castilla y León. (1) Esta alianza tan ventajosa llevaba á España, apesar de la distancia que separa á estos dos paises, multitud de caballeros Borgoñeses.

En aquella época, encontrábase España en el apogeo de su poder. El Cid, que murió según se cree, el mismo año que nació San Bernardo, llenaba el mundo con la fama de su gloria: y aun el mismo Alfonso, yerno del Duque de Borgoña era considerado tan perfecto guerrero, que los más nobles señores del pais se vanagloriaban en pertenecer á su escuela.

(1) Este casamiento tuvo lugar en el año 1078. Constanza, muger de Alfonso IV, era hija de Roberto el Anciano, duque de Borgoña, y este hijo de Hugo Capeto. (Piancher. Historia de Borgoña, libro VI, capítulo XIX p. 112.

Además de este estímulo, que sostenía el espíritu bélico en la Borgoña, existían otras causas más graves que arrastraban á la guerra, no solamente á la Francia, sino también á Europa. Los acontecimientos se acumularon de tal modo á principios del siglo XII que todo el Occidente temblaba. Por un lado los Normandos dueños de Inglaterra y Sicilia excitaban la envidia del rey de Francia y de los grandes feudatarios de su corona con el aumento de su poderío; por otro las cuestiones entre el Emperador de Alemania y el Papa por razón de las investiduras habían dividido los estados católicos en dos partidos dispuestos ambos á recurrir á las armas: y esta porfiada contienda enardecía los ánimos de tal manera que se temían funestas consecuencias.

Desde el año 1095, Pedro el Ermitaño recorría los diversos estados de Occidente con poderosas cartas del papa Urbano II excitando á los cristianos á ir en socorro de La Palestina: solo se hablaba entonces en Europa de las maravillosas hazañas que en la guerra santa se realizaban. Los franceses se veían cubiertos de gloria; la Nicea había cedido á su audacia; Antioquia, la antigua y soberbia capital del Oriente, había sido tomada por asalto después de un memorable sitio y un Príncipe normando había fundado allí un nuevo imperio; en fin Godofredo de Bouillón, impelido por su genio y bravu-

ra, habiase apoderado de la ciudad santa, el 15 de Julio de 1099 y la soberanía de Jerusalem le habia sido conferida.

Tales eran los gloriosos hechos que se referian en Occidente á principios del siglo XII, por lo que facilmente puede comprenderse al extremo que llegaría el entusiasmo caballeresco.

Aquellos acontecimientos tan sublimes y llenos de santa emoción se extendian con rapidez de un extremo á otro por medio del canto de los trovadores, que en tiempos de nuestros padres sustituián la publicidad de la imprenta.

De castillo en castillo y entre nobles asambleas de damas y caballeros, iban cantando las glorias de los héroes cristianos, y aquellos patéticos cantos, acompañados de instrumentos de música, eran repetidos y representados por los menestriles y escuderos sin alterar la sencillez ni la sublimidad de los hechos. Durante aquellas largas horas de invierno esta era la única distracción. Los señores jurisdiccionalarios de los castillos aprovechaban la tregua forzosamente concedida á las hostilidades feudatarias, para pasar el rudo invierno en sus almenados castillos y reuniendo allí á todos los miembros de la familia y fieles vasallos, sentado el Señor en su tallado sillón, daba audiencias prestando atención á las leyendas de los santos, á las hazañas guerreras y á los melancólicos

acentos sobre los sufrimientos de la Iglesia. El juicio erróneo por largo tiempo sustentado que supone á la edad media época de grosera ignorancia, popularizado y prejuzgado por una filosofía anticristiana, sobradamente lo desmienten la grandiosidad de los monumentos que aquellos siglos legaron á los tiempos modernos.

Las bellezas y defectos que encontramos en todo orden de cosas, lejos de indicar una época de decadencia y barbarie, atestiguan gran cultura de entendimiento.

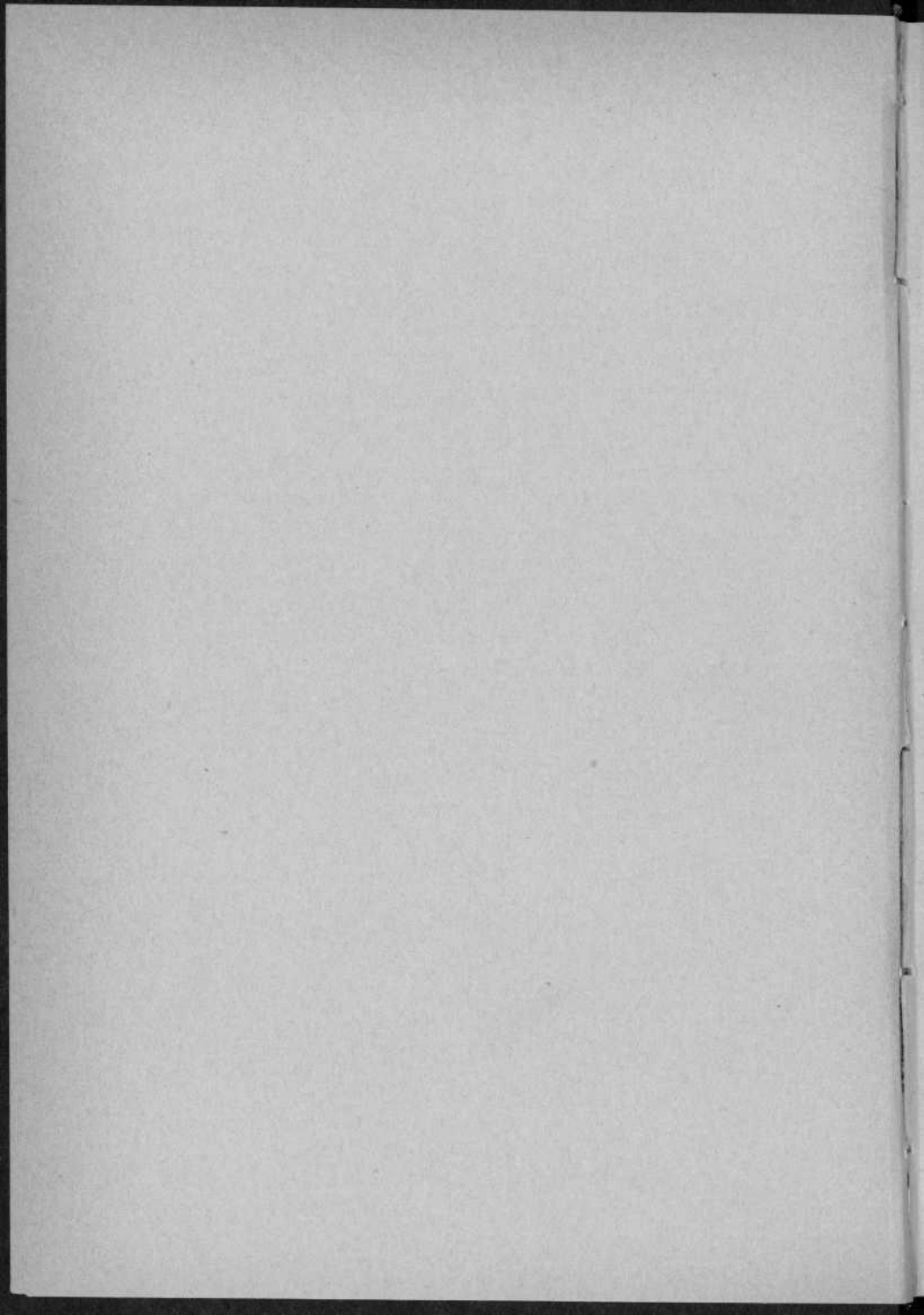
No era costumbre en los hombres de la edad media ocupar su imaginación en pequeños detalles de la vida común, ni en esa multitud de frívolos objetos que pierden el interés por su misma multiplicidad. Las cosas grandes únicamente fijaban su atención; toda causa justa, todo asunto serio, no solamente encontraba admiradores, sino también ardientes defensores dispuestos siempre á sostener el derecho y el honor.

Conocido el carácter de Tecelin por la explicación que antecede, puede asegurarse habría enviado á sus hijos bajo el estandarte del ilustre Godofredo, si sus fuerzas físicas hubieran correspondido al vigor de sus almas; pero en tiempo de la primera cruzada, los dos mayores atravesaban esa edad que separa la adolescencia de la juventud y Bernardo era aún muy niño.

Todos sabemos el entusiasmo que inspira á las almas jóvenes la relación de sucesos grandes y heróicos, y los hijos de Tecelin conservaron siempre vivo este recuerdo de sus primeros años. Al llegar los dos mayores á la edad viril, ardían de impaciencia por mostrar su valor, entrando ambos en el servicio de las armas, apesar de la voz secreta de sus conciencias y las súplicas de su madre.


La ocasión de batirse, muy pronto se les presentó con motivo de unas cuestiones que el Duque de Borgoña había de resolver. Guido y Gerardo se afiliaron bajo el estandarte de su señor feudal.

Los cronistas que, personalmente conocieron á la familia de San Bernardo, convienen unánimes en los elogios que tributan á estos jóvenes hermanos.



CAPÍTULO TERCERO.

Bernardo termina sus estudios.—Muerte de su madre.—
Pruebas y victorias.

 rodigiosa facilidad á la vez que constante perseverancia en los estudios, iniciaron á Bernardo en las diversas ciencias sagradas y profanas que enseñaban en Catillón; y, cosa extraña, su demasiada afición no entibió sin embargo sus piadosos sentimientos. A la vez que su talento se desarrollaba con vigor y poder, su fé se arraigaba más; y él refiere que gustó y saboreó por largo tiempo las delicias celestiales de una primavera espiritual: los gérmenes de gracia que inundaron su alma, se desarrollaron durante esta dichosa época de su vida, y en esta rica y abundante florescencia se presentian los frutos de virtud que más tarde había de dar al mundo.

Pocos hombres hay que no conserven alguna reminiscencia de aquellos misteriosos días en los que el alma, virgen aun y apenas entreabierto a la luz, produce la primera flor del amor. ¡Dichoso el que para Dios exhala su primer perfume! El Profeta llama á esos tiempos «la pubertad del alma:» «me acerqué á vosotros, dice el Señor, y he considerado ese es el tiempo en que debéis ser amados.» (1)

En esa edad todo hombre es poeta; y lo es, porque ama y la poesía es el lenguaje del alma amante. Pero no solamente derrama el sentimiento en la armonía de las palabras, vive también en la melancolía del silencio y de las lágrimas: anima la mirada, dá vida á los sueños, ama lo desconocido, que busca y reclama entre los destellos de la belleza; pero ese ideal no existe en la tierra, y de ahí esa mezcla de deseos, dolores, y esperanzas, que producen emociones indescriptibles, y que únicamente puede compararse, en algún tanto, á lo que en Alemania llaman Heimwch, mal del país ó recuerdos de la patria. Bernardo átravesó esta edad con todas sus emociones, pero ¡ay! ¡cuán cortos son estos días!

Preciso es que la flor caiga, para que el fruto aparezca: entre la caída de la flor y la madurez del

(1) Ez., ch. XVI, 8.

fruto en la vida espiritual, como en la vegetal, existe un intervalo largo é indeciso, un tiempo laborioso y lleno de angustias que agovia con su excesivo peso, prolongándose á veces hasta el término de la existencia.

Bernardo se encontraba en este segundo periodo cuando salió de Catillón para volver al hogar paterno. A los 19 años, edad que entonces contaba, brillaban en su exterior todos los atractivos de la juventud y del talento; (1) pero en su interior no latía con igual vehemencia, su antiguo fervor.

Despojada su alma de consuelos sensibles y privada de dulzuras, parecia haber perdido toda su savia y calor.

La primavera habia pasado; las sombras de la noche envolvian su alma, la voz de la tierna paloma no se dejaba escuchar. Tiempo de prueba fué este para Bernardo: hasta entonces su castidad, protegida por la piedad y el pudor, dos celosos guardianes de la gracia y la naturaleza, no habia sufrido tentación alguna; pero las seducciones del mundo en el que acababa de hacer su entrada, solicitaban su corazón candoroso y su imaginación impresionable. Le ocurrió, refiere un biógrafo, que fijó un día sus miradas en una mujer cuya belleza le conmovió: su conciencia sobresaltada despierta, teme

(1) Vit. S. B., anct. Guill., lib. I, cap. III.

que el golpe sea mortal, y aterrizado, huye sin saber donde, hasta que, distinguiendo un estanque, se arroja en sus heladas aguas, y allí permanece obstinadamente, hasta que le sacaron casi exánime (1) Acto de tanto valor fortaleció su alma: la virtud triunfante redobla su energía, y desde aquel momento dominó más y más sobre la concupiscencia de la naturaleza.

Aflicción inmensa, la más desgarradora que herir puede el corazón de un hijo, puso por entonces término á las alegrías de su hogar.

Seis meses escasos habian transcurrido desde su vuelta á Fontenai, cuando su madre, como fruto ya en sazón para el cielo, le fué arrebatada. Alisa en aquella hora suprema se veía rodeada de toda su familia; ni por enfermedad, ni por sus muchos años, podia presentirse la proximidad de su fin: antes al contrario, llena de lozania y vigor, se entregaba más que nunca al ejercicio de obras piadosas, y con infatigable caridad se le veía, dice su biógrafo, por el camino de Dijón, entrar en las cabañas de los pobres, visitar enfermos, repartir medicinas y alimentos y prodigar socorros y consuelos á las almas aflijidas. Lo que más admiraba en sus buenas obras, era que las practicaba sin que el brillo de ellas ofendiera su modestia.

(1) Guill., lib. I, cap. III.

Todo lo ejecutaba sin ayuda de sus criados; pudiendo decirse sin error que su mano izquierda ignoraba las liberalidades de la derecha. Practicando así la virtud, la piadosa Alisa fué arrebatada de este mundo.

Circunstancias tan interesantes rodearon su muerte, que nos obligan á decir algo sobre ella. Dejemos hablar á uno de sus contemporáneos, testigo ocular de aquella interesante escena de dolor y edificación.

«La excelente madre de nuestro venerable Abad
«acostumbraba á celebrar con fausto y liberalidad
«la fiesta de San Ambrosio, patrono de la iglesia
«de Fontenai. Con este motivo invitaba á esplén-
«dido banquete á todo el clero del pueblo. Dios,
«queriendo recompensar la particular devoción
«que esta santa mujer profesaba al glorioso Am-
«brosio, (1) le reveló que moriría el día mismo de
«su fiesta: y en efecto, anunció con tranquilidad
«suma á su marido, hijos y demás familia allí
«reunidos, que el momento de su muerte estaba
«próximo »

«Sorprendidos con tan inesperada profecía, ne-
«gáronse á darle crédito; pero muy pronto experi-
«mentaron legítimas angustias. En la vigilia de San

(1) San Ambrosio, fué Obispo, martirizado en Armenia: Cuenta una leyenda que sus reliquias fueron trasladadas de la Tierra Santa á la Borgoña por un caballero pariente de San Bernardo.

«Ambrosio Alisa fué atacada de una violenta fiebre,
«que le hizo permanecer en cama. Al día siguiente,
«que era el de la fiesta, pidió el santo Viático, que
«recibió con santa unción: repuesta, algún tanto,
«suplicó con insistencia que los sacerdotes invitados
«asistieran á la comida que les tenía preparada.»

«Alisa hizo llamar á Guido, el mayor de sus hi-
«jos, para suplicarle que terminado el banquete,
«entrasen todos en su habitación. Guido ejecutó lo
«que su piadosa madre deseaba, y rodeando todos
«su lecho, la sierva de Dios anunció entonces con
«voz serena y tranquila, que el momento de su
«muerte había llegado; el clero empezó á entonar
«los salmos, Alisa también salmodiaba; pero en el
«instante mismo que el coro entonó *Per crucem et*
«*passionem tuam libera eam Domine*, la moribunda
«encomendando su alma á Dios, levantó la ma-
«no para hacer la señal de la cruz, y, permane-
«ciendo en esta actitud, entregó su alma á Dios,
«recibiéndola los ángeles y trasportándola á la
«mansión de los justos, donde espera con paz y
«reposo la resurrección de los cuerpos y la venida
«de Nuestro Señor Jesucristo para juzgar vivos y
«muertos.»

«Así fué como esta alma santa dejó el sa-
«grado recinto de su cuerpo: la mano derecha
«permaneció en actitud de hacer la señal de la
«cruz, circunstancia que causó grande admira-

«ción en todos los presentes.» (1)

¡Oh madre de San Bernardo! madre siete veces bienaventurada y digna de las bendiciones de la iglesia, dignaos, os ruego, guiar la pluma del que emprende la tarea de escribir la historia de vuestro hijo, con el fin único de que el ejemplo de sus virtudes y las maravillas de su santidad, nos animen, consuelen y alienten en estos tiempos poco fervorosos. No damos crédito á los prodigios de pasadas épocas porque la tibieza en la fé los hace muy escasos en la presente.

Haced ¡oh madre piadosa! que el espíritu de vuestro Bernardo renazca en estas líneas, ahuyente de nosotros toda vanagloria, toda complacencia de amor propio y el falso brillo de la vanidad mundana: que nuestras palabras sean sencillas, verdaderas, y exacta nuestra narración.

En vuestra protección ¡oh dulce madre! ponemos confiados la continuación de este relato.

«El tránsito de esta hermosa alma, continúa el monje citado, fué causa de gran contento para los ángeles en la gloria; pero en la tierra, sumió en el más profundo desamparo á los huérfanos y pobres de Jesucristo.» (2)

Bernardo, muy principalmente, el infeliz Ber-

(1) Johan. Eremit., p. 130.

(2) Johan. Eremit., p. 1301. T. I.

nardo, tan dichoso hacía poco con encontrarse en el regazo de su madre después de larga ausencia, quedó anonadado con desgracia tan repentina como inesperada. Unido á su madre por los vínculos de la gracia más aun que por los de la naturaleza, su corazón amante y lleno de ternura, parecía desprendido para siempre de todo lo que constituye felicidad y alegría.

Sumido en profunda tristeza, ni su fé ni las promesas de lo eterno, podían mitigar su dolor. Veinte años contaba, y en esta edad, el hijo ya conoce el valor de una madre. Cuando niño la ama infantil é instintivamente; cuando hombre lo hace con pleno conocimiento, y á su ternura de hijo, añade la estimación, confianza y respeto. Bernardo, aunque rodeado de sus hermanos y de su anciano padre, se veía solo en el mundo, le faltaba su apoyo, no existía ya su consuelo en la tierra, no oía, no veía á su madre!!... se consideraba como separado de sí mismo; y privado para siempre de los más dulces encantos de su vida. Lo que más amargaba su pena, era la aridez de su alma, la sequedad en la oración, que aumentaba cada día más la frialdad de su corazón, pareciéndole á veces como formado de hielo.

En este estado de sequedad, por donde atraviesan inevitablemente las almas destinadas á elevada santidad, Bernardo debió sufrir todas las prue-

bas de la vía purgativa. Las sagradas escrituras dicen: «El Señor prueba á sus elegidos como la «plata en el fuego y el oro en el crisol.» (1) «Hijo «mio, dice el eclesiástico; cuando entres á servir á «Dios, prepara tu alma para la tentación, pero per- «manece fiel á la justicia y temor de Dios; humi- «llate y espera con confianza; presta oído á toda «palabra de sabiduría, y no pierdas la fortaleza en «el tiempo de la prueba; permanece unido á Dios «y no te canses de esperar; acepta con buena vo- «luntad lo que Él te envíe; conserva la paz en el «dolor y sufre con paciencia las humillaciones. El «oro y la plata se purifican en el fuego, pero los «hombres que el Señor recibe entre los suyos, los «prueba en el crisol de la tribulación y mortifica- «ción. Tened, pues, confianza en Dios, que Él ale- «jará de vosotros todos los males; caminad en el «temor de Dios y envejeced en su santo temor.» (2)

Bernardo luchó contra las tentaciones que más combaten al hombre: la concupiscencia de la carne y las vanidades del mundo.

La primera de estas tentaciones fué tanto más violenta, cuanto que ya Bernardo había triunfado de ella en otras ocasiones; pero la astuta serpiente acechaba el momento más crítico para atacar la inesperiencia de su juventud.

(1) Prov., XVII, 3.

(2) Eccle., II. I.

Ya lo hemos dicho: Bernardo era notablemente hermoso: todo en él respiraba distinción; su mirada de fuego iluminaba un semblante dulce á la vez que varonil; su andar era digno, su actitud modesta, la sonrisa de sus labios sencilla y su palabra elocuente, viva y persuasiva. Tantos atractivos tenia su persona, que, según expresión de un biógrafo, Bernardo era aun más peligroso al mundo, que el mundo era peligroso para él. (1)

Imaginemos, pues, los peligros que le rodearian con un corazón á la vez franco, expansivo é inclinado al amor: muchas y terribles pruebas debió experimentar. Sin embargo; la divina gracia que protege á los humildes y fortalece á los que combaten, amparó á Bernardo con el escudo de su protección, y le hizo invulnerable ante los continuos ataques del demonio.

El tentador tomó entonces otro rumbo, y conociendo su pasión excesiva por las ciencias, luchó por cautivar su inteligencia.

Imprudentes amigos, y aun sus mismos hermanos, le inclinaban al estudio de las ciencias abstractas para distraerle de su tristeza; con tan vivos colores le presentaban el interés que despierta esta clase de reflexiones, que Bernardo, naturalmente inclinado á investigaciones y trabajos del

(1) Guill. lib. I, cap. III.

entendimiento, no oponía resistencia á sus consejos.

Pero su conciencia le hizo conocer anticipadamente el peligro. Comprendió á tiempo que el estudio sin un fin práctico, y sin otro objeto que la satisfacción de una vana curiosidad, no es propio de un cristiano. «Existen hombres, decía, que estudian «solo por saber, y esta curiosidad es censurable: «otros aprenden para que los tengan por sabios y «esto resulta vanidad ridícula: otros forman nueva «escuela para traficar con la ciencia y esto es poco «noble. ¿Cuándo, pues, resultará la ciencia buena «y provechosa?» «Será buena, responde el profeta, «cuando se convierte en obras y será culpable, «añade el apóstol, si conociendo la ciencia del bien, «no se practica.» (1)

Estas reflexiones, apoyadas por un espíritu de fe sincera, sirvieron para rechazar las continuas instigaciones de sus amigos. Preciso era, sin embargo, elegir una carrera y determinar un círculo fijo donde emplear su actividad; era preciso en fin, resolverse entre Dios y el mundo.

En estas vacilaciones, la misteriosa inspiración de la conciencia sufre combates formidables: Bernardo sufría; el tentador aprovechaba estas crisis, presentándole mayor y más pertinaz la tentación:

(1) S. Bern., in Cant., Serm. XXXVI, ante medium.

excitaba su orgullo con pérfida arrogancia.

En efecto: el mundo ofrecía á Bernardo porvenir seductor: la influencia de su familia, los servicios personales de su padre, prometían próspera carrera y puesto distinguido en el ejército; su carácter fácil y sus diversos conocimientos por otra parte, le llamaban á la corte, donde presentía brillante acogida. La magistratura le ofrecía también posición digna y muy en armonía con la gravedad de su carácter: también podía aspirar por sus méritos personales y la nobleza de su casa á las más eminentes prelacías de la iglesia.

Pero con tan halagüeños proyectos, Bernardo continuaba indeciso: ni la apremiante solicitud de su familia, ni el atractivo de sus amigos, ni el impulso de su propio deseo hacia las cosas grandes, acababan de fijar su voluntad. Cuando en algún tanto cedía á la seducción del mundo, el recuerdo de su madre traía á su memoria el de una vida futura, y todos sus proyectos se disipaban bajo la acción de una fuerza invisible, que se convertía en suplicio ó alegría, según era mayor ó menor la resistencia que á estos misteriosos impulsos oponía. (1)

¡Qué desgarradora lucha! Mucho más cruel es este tormento del alma que cuantos dolores sufre el cuerpo.

(1) Vilef., lib. I. p. 10.

En estas tribulaciones es donde se crucifica la propia voluntad: el yo humano, desprendido de todo lo terreno y despojado de su propia vida, muere para todo lo que no es Dios. Hasta entonces el alma justa no será tipo de todas las perfecciones. «*Ecce ancilla Domini: fiat mihi secundum verbum tuum.*» Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí tu voluntad. (1) Purificada así el alma en todo su ser, el espíritu de Dios descende y abunda en ella con amor y santidad.

Pero ¿quién podrá referir las angustias y profunda tristeza del cristiano que gime en el crisol que así le crucifica? A veces, bajo el peso de un tormento extraordinario, y desgarrada su alma por dos fuerzas iguales pero contrarias entre sí, que solicitaban igualmente su voluntad, Bernardo alzaba su mirada al cielo donde encontraba la de su madre, que devolviéndole la calma y el valor, le recordaba que no había formado su espíritu con tanta ternura y amor para las vanidades del mundo.

Habiendo Bernardo emprendido un viaje para visitar á sus hermanos, que se hallaban en el sitio que las tropas habían puesto al Castillo de Grancey caminaba silencioso y absorto en sus graves pensamientos: el mundo, con sus desengaños, vanida-

(1) Luc., I, 38.

des y continuas vicisitudes, se presentaba á su mente como triste y repugnante espectáculo. De repente Dios le hace comprender las palabras que repercutian en el fondo de su alma: «Venid á mi «vosotros los que sufris y estais cargados de dolores, y yo os consolaré. Tomad mi yugo y encontrareis el reposo de vuestras almas; porque mi «yugo es dulce y mi carga ligera.» (1)

Al eco de esta voz, deseo celestial se apodera del corazón de Bernardo, que hace temblar todo su ser. «Detiéndose y entra en una iglesia, y allí, prosternado ante el altar, ora, vertiendo abundantes «lágrimas, alzando sus ojos al cielo y derramando «su alma como torrente de agua, según expresión «del profeta, ante la faz del Señor su Dios.» (2)

Muchos años después, Bernardo se complacía en recordar y referir estos detalles á sus novicios del Claraval. «No me avergüenzo en confesaros «que con bastante frecuencia, al principio de mi «conversión, sentía frialdad suma y mucha dureza «de corazón. Buscaba á Aquel que mi alma tenía «vehemente necesidad de amar: Aquel, sin el cual «mi espíritu adormecido, no encontraba calor ni «reposo; y, como nadie me ayudara á quebrantar «el duro hielo, haciendo renacer en mí la esperanza, el alma debil y abatida se abandonaba al dolor

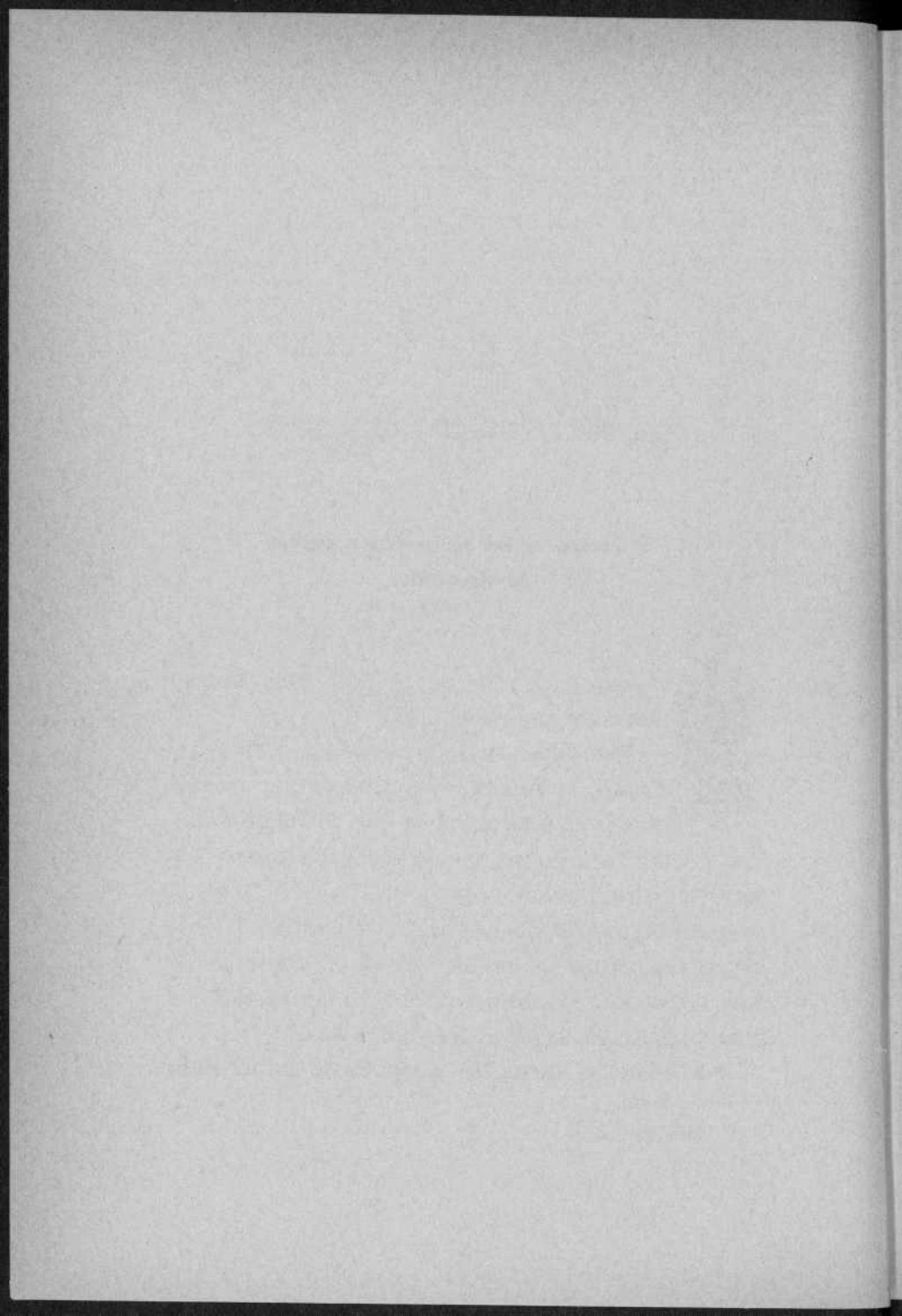
(1) Guill., lib. I, cap. III.

(2) Guill. 1,111.

«y casi á la desesperación, repitiendo ¿quién podrá
«permanecer largo tiempo en este espantoso pá-
«ramo? (1) pero entonces, el eco de una palabra,
«la presencia de una persona virtuosa y aun á ve-
«ces el recuerdo de un ausente, dejaba sentir en
«mi corazon el Espíritu divino, las aguas abundan-
«tamente corrian y mis lágrimas servianme de ali-
«mento. (2)

(1) Ps. CXLII.

(2) S. Bern.; in Cant., Serm. XIV, post medium.



CAPÍTULO CUARTO.

Vocación de los hermanos y amigos de Bernardo.



El fuego traje á la tierra, dice Jesucristo, mi deseo es que arda.» (1)

Este fuego divino, cuando al alma desciende, la purifica y transforma. La operación es análoga á la que el fuego material ejecuta cuando prende en el leño; empieza por secarlo y obscurecerlo con espesos vapores, penetra después en su misma sustancia consumiendo todo lo que encuentra de heterogéneo y al fin lo inflama, llena de esplendores y el leño convertido en fuego, participa de las propiedades de él.

Así fué como Bernardo, después de haber sido

(1) Luc., XII. 49.

purificado, permaneció entre las manos de Dios como antorcha que ilumina, difundiendo luz sobre el género humano.

El hombre, renovado en sí mismo y animado del amor divino, sirve á sus semejantes de instrumento para su salvación. La poderosa influencia, que Bernardo ejerció en su siglo, se indicó desde el instante en que entregó su corazón por entero á Dios.

La primera persona á quien su ejemplo, más aun que su palabra, arrebató á las vanidades de la tierra, fué á su tío el valeroso Gaudry, Conde de Touillón. Honroso puesto ocupaba este señor en el ejército: era rico y respetado, por su valor y liberalidad: (1) pero á la voz de Bernardo abandona el mundo y le sigue como á un padre, permaneciendo con él hasta su muerte.

Después de esta maravillosa conquista, el celo de Bernardo no reconoció limites: Como la llama que prende en el bosque y se comunica á todo lo que le rodea, extendiéndose indistintamente á la planta que brota como al árbol secular, aumentando su intensidad á medida que hace nueva presa, así Bernardo animado de una caridad abrasadora, hacía saltar la chispa de sus ardores sobre sus hermanos y amigos, envolviendo en la misma

(1) *Vir potens in sæculo et in sæcularis militiæ gloria nominatus.*
(Alanus, *vita* 2.^a, p. 1255. Edit. mab.)

llama al joven como al viejo, al hijo como al padre, á la mujer como al esposo.

Bartolomé fué el primero de sus hermanos á quien sus exhortaciones conmovieron: dispuesto estaba para entrar al servicio del Duque de Borgoña, pero eligiendo mejor senda, no titubeó en afiliarse á la bandera de Cristo.

Andrés, más joven que Bernardo, acababa de ser recibido en la corte como caballero, y complacido con la perspectiva de brillante carrera, escuchaba con disgusto las palabras de su hermano, combatía sus consejos, evitaba su presencia y se irritaba contra el ascendiente de su virtud y elocuencia.

Lamentándose un día Bernardo de la ceguera de los hombres, que desconocen la verdadera gloria y felicidad, Andrés, lleno de espanto exclamó: «He visto á mi madre...» (1) «En efecto, añade el historiador, se le apareció con dulce sonrisa, aprobando la resolución de sus hijos. Andrés, conmovido y derramando abundantes lágrimas, se arrojó en brazos de su hermano, y de soldado del mundo, pasó á ser soldado de Cristo.»

Guido, el mayor de todos, estaba casado y ocupaba elevado rango en la sociedad. La insistencia

(1) Vidi matrem! Guill. de Saint Thierry, cap. III.

de Bernardo en sustraerle de los peligros, del mundo, en separarle de legítimos lazos, y aun la misma facilidad con que Guido aceptó este doloroso sacrificio, nos hacen creer que motivos de conciencia quizás, ó compromisos anteriores ignorados por el historiador, obligaron á Guido y otros miembros de la familia á consagrarse al servicio de Dios.

Pero sea de ello lo que fuere, Guido, dominado por vehemente deseo de perfección evangélica, anhelaba retirarse de la vida del mundo y abrazar la santa austeridad del claustro. Prometió cumplir sus votos, si su mujer, según las prescripciones de la iglesia, consentía en ello. Pero ¡ay! ese consentimiento lo consideraba imposible: sin embargo, Bernardo, lleno de santa inspiración, le dijo que su mujer accedería; y en efecto, la lucha no duró largo tiempo; un milagro, al fin, la hizo cesar.

La mujer de Guido hace llamar á Bernardo, quiere verle, quiere revelarle el fondo de su alma. Enferma y con extraña ansiedad, ha oído en su corazón la misteriosa voz que llama á su marido; como él quiere consagrarse al Dios del amor, que con tan irresistibles atractivos la llama á su santa gracia: En presencia de Bernardo y Guido pronuncia sus votos, y en el instante mismo recobra la salud del cuerpo y la tranquilidad del alma. Los santos esposos separáronse de común acuerdo,

para seguir ambos su heróica vocación.

Guido se hizo el discípulo, el compañero fiel, el amigo inseparable de Bernardo, y su mujer entró en el monasterio de Juilly, cerca de Dijon, (1) donde, practicó grandes virtudes, y fué propuesta para dirigir una congregación de vírgenes.

Al saber Gerardo lo que pasaba en su familia, se disgustó en extremo. Juzgó el celo de Bernardo con juicio venal y con severidad suma condenó su espíritu de proselitismo. Tanta hostilidad afligió á Bernardo, pero no fué óvice para que saliera en busca de su hermano al campo de Grancey, donde se encontraba disfrutando del colmo de los honores militares.

«Gerardo, dicen los cronistas, era intrépido «guerrero, de consumada prudencia y de carácter tan jovial, que era estimado por todos.» (2)

Con indiferencia suma recibió á su hermano, censurándole su esceso de celo y oponiendo especiosas objeciones á las palabras de verdad, consiguió únicamente obscurecer su conciencia y hacer insensible su corazón. Bernardo, palpitando de caridad fraterna y como fuera de sí, tan solo le con-

(1) Guil'. de S Tls., cap. V. n 22. Alanus, vita 2 p. 1292.

Siendo casados muchos de los hombres á quienes S. Bernardo conquistaba, para Dios, sus mujeres seguían la misma vocación, retirándose á un monasterio, cerca de Dijon (ad muros divisionentis), donde se practicaba la regla de S. Benito. (Mabill., aun., lib. LXXXII, 4.^o 51, p. 1082.)

(2) Guill., IV, p. 1082.

testó poniendo la mano sobre el costado izquierdo: «Sé muy bien, que la adversidad únicamente abrirá tu corazón; pues bien, día llegará, y pronto, que el sitio que en este momento toco será abierto por golpe de lanza, y la herida dará entrada en tu alma á las palabras que hoy rechazas.» (1) Gerardo confesó después que, al pronunciar su hermano aquellas palabras, creía sentir ya el acero dentro su cuerpo.

Poco tiempo después, estando en el sitio del castillo de Grancey, fué herido por un bote de lanza en el mismo sitio que Bernardo había señalado. La herida pareció mortal, y Gerardo, tendido en el campo de batalla, fué recogido por sus enemigos y hecho prisionero.

En esta aflictiva situación, agitado con extraña ansiedad, y desesperando salvar su vida, envió precipitadamente por su hermano, pero Bernardo no fué, contestándole tan solo «Tu herida nó te conduce á la muerte sino á la vida.»

El hecho justificó su predicción: Gerardo se escapó milagrosamente de la prisión, y, libre ya de las cadenas, solo pensó en librarse tambien de los lazos que le sujetaban al mundo, y seguir la vocación que, como á sus hermanos le llamaba por la senda que más directamente conduce á Dios.

(1) Guill., IV, p. 1082.

San Bernardo, convertido en guía y padre espiritual de todos los suyos, no había formado aun proyecto fijo sobre el rumbo que habían de seguir. La vida religiosa era ciertamente el objeto de sus aspiraciones, pero dejaba á la Providencia que determinara la forma y facilitara los medios.

Habiendo entrado todos reunidos en una iglesia, ansiosos por conocer la voluntad de Dios, oyeron leer el texto de una epístola de San Pablo que dice: «El que empezó en vosotros esta buena obra, «la terminará y hará que sea perfecta, hasta la «venida de Nuestro Señor Jesucristo.» (1)

Estas palabras las recibieron como saetas enviadas del cielo: animado entonces Bernardo de celestial esperanza, reúne á sus amigos y allegados, con el fin de avivar en ellos el fuego de su santo amor y comunicarles las muchas gracias que inundaban su alma.

Pocas fueron las personas que resistieron á sus enérgicas exhortaciones. Mostraba á unos la deplorable situación de la vida del mundo, sembrada de escollos y donde la más firme virtud corre riesgo de naufragar; á otros los íntimos consuelos é inestinguibles dulzuras de la vida religiosa; y á todos la necesidad que tiene el hombre, y muy principalmente el cristiano, de meditar sé-

(1) Philipp., I, 6.

riamente sobre el fin de su existencia, y caminar hacia él con valor y rectitud sin trocar por falaces goces, alegrías eternas, reservadas á las almas fieles.

«El celo que me anima, decía, ni de la carne ni «de la sangre proviene: nace de la necesidad que «siento de trabajar por la salvación de las almas. «La nobleza de linaje, la aventajada estatura, la «belleza del cuerpo, los atractivos de la juventud, «las tierras, los palacios, las dignidades, la sabi- «duria misma, en cuanto al mundo se refiere, todo, «del mundo es; pero ¿cuánto tiempo durarán estas «cosas?... Desaparecerán como el mundo y aun «antes también desapareceréis vosotros..... La «vida es corta; todo pasa ¿por qué, pues, amar «aquello que ha de dejar de existir?...»

«Hermano mío, escribía á uno de sus amigos, «venid sin tardanza á uniros al hombre que os «ama con verdadero amor. La muerte no separará «los corazones que la religión une. La felicidad que «os propongo, ni al cuerpo ni al tiempo concierne; «existirá siempre independientemente del uno y «del otro: pero ¿qué digo? aparecerá aun más bella, «más dulce cuando el cuerpo haya sido destruido «y el tiempo no exista ya. Comparad estos bienes «con los que el mundo ofrece! El mejor de todos «será el que nunca pueda ser destruido; y ¿cuál es «ese bien? *El ojo del hombre no lo vió, ni el oído lo*

«oyó, ni el corazón pudo comprenderlo jamás; ni á la carne ni á la sangre le es dado entenderlo; el Espíritu Santo únicamente lo puede revelar.

En otra ocasión escribía á otro amigo que vacilaba en su vocación: «¿Os admirais de que vuestra alma fluctúe siempre entre el bien y el mal, cuando aún no habeis posado vuestra planta en piedra firme? Abrazad de una vez la cruz de Cristo, y vereis como nada alterará vuestro corazón. ¡Si entendiéseis bien lo que quiero deciros! pero ¡Dios mio! solo vos podeis hacer comprender al hombre lo que destinais á los que os aman. *«Que el que tenga sed, decia el Salvador, venga á mí, y le daré de beber. Venid á mí todos los que estais fatigados y yo os consolaré.»* ¿Temeis que las fuerzas os falten cuando la verdad misma es quien habla y promete ayudaros? ¡Si tuviera la dicha de ser vuestro condiscípulo en la escuela de Cristo! Si, después de purificar vuestra alma, pudiera yo comunicaros esta unción, que tantas verdades revela al espíritu. ¡Con cuánta alegría partiria con vos el pan de amor, el pan inmortal, que Jesucristo distribuye incesantemente y con profusión á los pobres del evangelio! gota á gota derramaría sobre vuestra frente el celestial rocío que la bondad divina concede á sus hijos.»

«Con pesar termino aqui: son tantos los argumentos que se agolpan á mi mente y que quisiera

«comunicaros!... Ruego á Dios os conceda la luz de «su inteligencia y de su voluntad.» (1)

Tanta era la influencia que Bernardo ejercía con sus discursos y cartas, que en breve tiempo se vió rodeado de multitud de jóvenes, que, no solo cambiaban de vida y costumbres, sino que, siguiéndole por la estrecha senda que Dios le trazaba, uníanse á él para siempre. Su vocación y la de sus hermanos llegó á ser tan contagiosa, que las madres y esposas, apegadas á la vida del mundo, temían que sus hijos y maridos oyesen la voz del fervoroso apóstol.

Creemos no deber omitir las circunstancias que rodearon á una de estas conversiones, por la mucha sensación que causó en aquella época.

El joven señor de Hugues, de la ilustre casa de los Condes de Macon, era amigo de la infancia de Bernardo: mútua simpatía en gustos y sentimientos estrechamente los había unido, y sus almas, siempre de acuerdo y en armonía, vibraban unísonas, cual dos cuerdas en una misma lira. Sin embargo, cuando Hugues supo la determinación de Bernardo se afligió profundamente, y lloró al amigo que consideraba muerto para él. Los dos buscaban ocasión para reunirse, pero por diversos medios: el uno pensaba atraer al otro por el cami-

(1) Ec. epist. CCVI. Ad doct. Henric. Murbach.

no del mundo, y éste alimentaba la esperanza de conquistar el alma de su amigo para Dios.

Una entrevista tuvo lugar. Los dos amigos conmovidos abrazáronse, derramando abundantes lágrimas, y por espacio de algún tiempo no pudieron articular palabra. Interrumpido el silencio, cambiaron algunas frases, pero desde aquel momento el alma de Hugues habíase confundido con la de Bernardo, y, estrechamente abrazados los dos, prometieron no separarse jamás y vivir siempre unidos á Jesucristo.

Pero Hugues, seducido por malos consejos, olvidó el compromiso contraído y entibió su piedad. Bernardo lo sabe, y precipitadamente emprende el camino hacia Macon: su amigo se hallaba en el campo en unión de un joven y alegre compañero: copiosa lluvia los había obligado á guarecerse, y Bernardo, dirigiéndose al que tan sinceramente amaba, le dice: «Hugues, ¿soportarías esta tormenta conmigo?» Solos ya los dos, la serenidad renace en el alma de Hugues, y desde entonces permanecieron siempre unidos, sin que esfuerzo humano pudiese ni por un instante alterar la dichosa conversión, que Dios había operado en aquella alma.

«Hugues, añade un biógrafo contemporáneo, «fué después Abad del monasterio de Pontigny y «Obispo de Auxerre, diócesis que gobierna aun,

«demostrando que no solamente está revestido de
«la dignidad episcopal, sino también del mérito y
«de la gracia que debe acompañarla.»

Prodigio era sin igual en aquellos tiempos belicosos, y muy principalmente en la alegre Borgoña, ver esta multitud de hombres que renunciando á los goces de la edad, á la gloria de sus casas, á la opulencia de sus familias y al prestigio del mundo, abrazaban la más estrecha austeridad y mayor pobreza por seguir á Jesucristo.

El mismo San Bernardo se admira y deja adivinar su contento en una de sus cartas. «La sensación que en el mundo causa vuestra conversión, escribe á Geoffroy de Peronne y á sus compañeros, regocija á la iglesia: el cielo y la tierra se estremecen de alegría, y los fieles bendicen al Señor. Esta alegría es efecto de la misteriosa lluvia que el cielo derrama con más abundancia que de ordinario. Para vosotros la cruz de Cristo no es esteril, como lo es para muchos, que, rebeldes á Dios, difieren su conversión, y la muerte al fin los sorprende impenitentes.»

«Si los ángeles se alegran por un solo pecador arrepentido, ¡cuánto más se regocijarán por la conversión de multitud de ellos, cuyos ejemplos son tanto más eficaces, cuanto que ofrecen á Dios la flor de su vida, de sus talentos y de la distinción de su clase!»

«He leído en los libros santos que ordinariamente Dios llama á la fé á pocos sabios, según la carne, pocos magnates y hombres con hacienda: «hoy, por milagro de su santa gracia, vemos todo lo contrario. Buen número de éstos, desdeñando las glorias del mundo, los encantos de la juventud, las preeminencias de su clase, consideran liviana locura la sabiduría del siglo, y, haciéndose insensibles á la carne é inaccesibles á la solicitud de los parientes, desprecian honores y riquezas, por poseer solamente á Jesucristo.»

«¡Cuántos motivos de alabanza tendría para vosotros, si os considerase autores de estos sublimes hechos! pero nó: Dios únicamente es el que «ha transformado así vuestros corazones, realizando tantas maravillas.»

«Extraordinaria obra es de su santa gracia, y, como todo don perfecto descende únicamente del Padre Eterno, justo es elevar hasta Él la gloria y «la gratitud.»

La iglesia, afligida por multitud de contradicciones, recibía gran consuelo con estas conquistas, pero aún no presentía los tesoros de gracias que Dios le reservaba, y los múltiples frutos que muy en breve había de dar este nuevo árbol, cuya humilde semilla germinaba ya en el misterio. De igual modo en otros tiempos, cuando los pueblos se abandonaban á la odiosa idolatría, doce pobres

pescadores de Israel despreciados y perseguidos, se preparaban á destruir los templos de los dioses falsos, y renovar con su ejemplo y su palabra, la faz del mundo.

Bernardo y sus amigos, retirados en una modesta casa de Catillón, trabajaban enérgicamente por santificarse, para santificar después á los demás.



CAPITULO QUINTO.

Vida común en Catillón.—Despedida de la casa
paterna.—Vocación de Nevardo.

Bernardo y sus santos compañeros, eligieron á Catillón como punto de residencia, no solamente porque allí habitaba lo más selecto de la juventud de la provincia, (1) sino también porque era el lugar donde habían pasado sus primeros años.

En una casa propiedad de uno de ellos se reunieron dedicándose Bernardo desde entonces á establecer la disciplina interior, según el espíritu de los Santos Evangelios: muy principalmente se esforzó en desprenderse de sus antiguos hábitos, trabajando constantemente por alcanzar la perfección, y dominando la sensualidad y la concupiscencia,

(1) Guill., lib. I cap. III. n.º 4.º 15.

destruía en su corazón toda causa que pudiera impedir la comunicación del alma con su Dios.

Los padecimientos de Cristo era el motivo de su meditación cotidiana. Comparaba este ejercicio al ramo de mirra, que la esposa de los cantares recogía con piadosa compasión para colocarlo en su seno.

«Hermanos míos, decía, desde el principio de mi conversión, conociendo mi falta de virtud, me adjudiqué este ramo de mirra, formado con los dolores y amarguras de mi Salvador: las privaciones que sufrió durante su infancia, los trabajos que soportó en sus predicaciones, las fatigas de sus viajes, las vigiliás, los falsos amigos, los ultrajes, las bofetadas, las burlas, los insultos, los clavos y, por último, la multitud de sus dolores por la salvación de los hombres.»

«En estas meditaciones es donde encuentro la verdadera sabiduría: solo aquí existe la perfecta justicia, la plenitud de la ciencia y la superabundancia del mérito: esto es lo que reanima mi espíritu en sus abatimientos y lo modera en sus triunfos, haciéndome caminar con paso seguro entre el bien y el mal, apartando á un lado y otro del camino los peligros que me amenazan. Estas verdades, las tengo siempre en la boca, como sabeis, en el corazón, como Dios sabe, y en mis escritos, como todo el mundo puede ver; mi más sublime flo-

«sofia consiste en conocer à Jesucristo y conocerle «crucificado.» (1)

Esta divina filosofia, que daba tanta luz à su inteligencia y elocuencia à sus palabras, la practicaba en todos sus actos, pudiendo decir como San Pablo, «Hermanos míos, sed mis fieles imitadores, como yo lo soy de Jesucristo.»

Las almas generosas, que à su alrededor se agrupaban, seguían todas à porfía las huellas de su Maestro, olvidando las delicadezas del mundo, desprendiéndose de la esclavitud de los sentidos, practicando rigurosas austeridades é inmolándose, como hostias vivas destinadas al sacrificio. Bernardo las sostenía y alentaba con su palabra dulce à la vez que enérgica, prodigándoles los necesarios consejos para su aprovechamiento, y mezclaba tanta bondad y amor en sus correcciones que excitaban gratitud y arrepentimiento. Por otra parte, conociendo por experiencia la clase de tentaciones que continuamente asaltan à los que se dan à Dios, los precavía contra la vanagloria, y principalmente contra el desaliento, harto frecuente en los que, huyendo del mundo, no han gustado aun goces más puros.

«Todos los convertidos al Señor, decía, experimentamos y reconocemos la verdad de estas pa-

(1) Serm. LXIII. in Cant. cantic.

«labras de las Santas Escrituras: «Hijo mío, cuando
«entres al servicio de Dios, permanece firme en la
«justicia y en el temor de Dios, y prepara tu alma á
«la tentación.» (1)

«Lo primero que nos detiene en los comienzos
«de nuestra conversión, según la experiencia nos
«hace observar, es un temor grande á la austeridad
«de la vida que hemos abrazado, y á la cual no es-
«tamos acostumbrados. Ignoramos entonces que
«los sufrimientos de la vida presente no pueden
«compararse con la gloria que algún día Dios ma-
«nifestará en nosotros, y tememos sufrir males que
«son ciertos, por bienes que aun no lo son. Es,
«pues, necesario que todo aquel que entre en reli-
«gión vele y ore constantemente para resistir á la
«tentación, por temor de que el desaliento sobre-
«venga, lo que Dios no permita, y desista del bien
«comenzado; pero, aun después de haber vencido
«esta peligrosa prueba, aun tendremos que defen-
«dernos contra las alabanzas y tentaciones del amor
«propio, que exaltan la virtud. Esforzaos, herma-
«nos míos, á imitación del Salvador, en sobrepone-
«ros á estas pruebas.»

Estas eran las substanciales y enérgicas ins-
trucciones, que el discípulo de Jesucristo comuni-
caba á los que dirigía. Con solícito cuidado suavi-

(1) Fili, accedens ad servitutum Dei, sta in justitia et timore et
prepara animam tuam ad tentationem. (Eccl., II, I.

zaba la escabrosa senda de la salvación, apartando obstáculos y combatiendo los mil temores que principalmente surgen al emprender este camino: tales desvelos, verdaderamente evangélicos, dieron inmediato resultado. Entonces se vió el portentoso prodigio, que la fé cristiana únicamente puede realizar, sin que el mundo con toda su magia lo haya podido jamás imitar. ¡Prodigio admirable! que, á causa de la frecuencia con que se repite, pasa desapercibido á la vista del vulgo, como esas maravillas de la naturaleza, cuyo espectáculo se renueva todos los días bajo nuestras distraidas y, aun quizás, desdeñosas miradas. Hombres de distintas edades y de todas las condiciones sociales, estudiantes, señores, soldados, caballeros habituados á la guerra, jóvenes educados en la molicie, hombres del mundo, que hasta entonces no habían conocido más gloria que la del placer, pobres y ricos, sabios é ignorantes, poderosos y plebeyos, reuniéronse todos para atravesar una sola vida, seguir una misma regla y vivir estrechamente unidos, como dóciles ovejas, bajo el callado de un niño.

Vosotros, hombres de nuestros días, que soñais con la perfecta fraternidad é igualdad, lo que buscáis, lo que intentáis, lo que parcialmente descubris con tanta labor, lo que constantemente predicáis sin llegar jamás á la verdad, escrito está en el Evangelio, y mil veces realizado por la iglesia.

Considerad una comunidad cristiana en toda su perfección y juzgad si es posible hacer más.

Treinta hombres eran entonces y un alma tan solo formaban. «El interior de su morada, dice el «venerable Guillermo Sant Thierry, ofrecia el mismo aspecto que el apostol San Pablo recomienda á «la iglesia de Corinto.» El que entraba en esta casa sentíase como envuelto en una atmósfera de paz celestial, y tan profunda emoción le embargaba, que humildemente prosternado en tierra, daba gracias á Dios, asegurando que el Señor era el que verdaderamente reinaba allí; «y afiliándose «entonces á esta piadosa congregación permanecía «en su seno, ó bien se ausentaba publicando por «todas partes la felicidad de aquellos bienaven- «turados, al par que deploraba su propia desdicha.» (1)

Muy conmovedor debía ser ciertamente ver la reunión de aquellos hombres, de tan distintas gerarquías sociales, viviendo aun en medio del mundo, y con trajes del siglo, ofreciendo el espectáculo de una vida que nada tenia de humana, sacrificándose ante Dios, como sagrado holocausto.

Todos seguian diligentemente á Bernardo, practicando sus consejos evangélicos, ejercitándose en el ayuno, santas viglias, oración constante, medi-

(1) Guill., lib. I, cap. III. núm. 15 p. 1084.

tación sobre las eternas verdades y ayudándose unos á otros con la estimación recíproca de un tierno afecto. San Bernardo, apesar de ser uno de los más jóvenes, los fortalecía y alimentaba con su amor.

«Preciso es, decía, que el superior sea madre y «no maestro, amado y no temido.» Su palabra, expresión fecunda é inagotable de su amor, formaba la cadena que entrelazaba á todos entre sí ligándolos al mismo tiempo á su corazón. A su alrededor reinaba profundo silencio que, sin ser triste, vibraba, por el contrario, de angelical elocuencia.

Los verdaderos sabios, tienen entre si un lenguaje desconocido para los demás hombres; misteriosa y consustancial comunicación, viva, rápida, eléctrica, por medio de la cual las almas simpatizan, los espíritus hablan, los pensamientos se adivinan y revelan: lengua comprendida únicamente por el Rey de los Ángeles y por los que como ellos viven. Un nuevo sentido se les desarrolla; el sentido íntimo de la verdad, de lo bello, del bien; sentido que lo compone el ojo puro, el oído casto, el tacto sutil, el gusto espiritual, el olor divino. No es aquel órgano indómito, que, al bendecir á Dios, maldice al hombre formado á su imagen: no es aquella lengua, que se presta al mal como al bien, á la paz como á la discordia, es, lo repetimos, el lenguaje de los verdaderos discípulos de

la sabiduría, por quienes escrito está: *Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios.* (1)

Esta era la santa vida que llevaban los discípulos de Catillón, á los que bien puede aplicárseles estas hermosas palabras del Eclesiástico: «Los hijos de la sabiduría, forman la familia de los justos, nación que vive de justicia y amor.»

Las alabanzas y adulaciones, que, en un principio prodigaban á este pequeño rebaño, no tardaron en convertirse en menosprecios y censuras, hasta el punto de hacerse sospechosos al país; Bernardo, apenas habian transcurrido seis meses de su instalación en Catillón, se vió precisado á establecer definitivamente un orden de vida, en harmonía con el espíritu que animaba á sus contemporáneos.

En tan difíciles circunstancias Bernardo dió la mayor prueba de su humildad. Era costumbre muy admitida, y aun podemos decir dominante en aquella época, que los hombres llamados al servicio de Dios conservasen el espíritu de su propia vocación, con el fin de formar diversas instituciones. En tiempos de San Bernardo, varios de éstos, establecieron, con la aprobación de la Santa Sede, comunidades, cuyas reglas eran las que

(2) Matth., V. 9.

más se adaptaban á sus inclinaciones.

San Bruno, perseguido en Rems, se retiró el año 1086 y se fué á un bosque cerca de Grenoble, donde fundó, en unión de seis compañeros, la célebre Cartuja, destinada á almas contemplativas.

Otro fundador, paisano de Bruno y contemporáneo de Bernardo, el piadoso Norberto, fundó asimismo el año 1120 la orden de Canónigos regulares Premonstratense. Algunos años después San Norberto y San Juan Gualberto, acompañados de escaso número de discípulos, fundaron con fines especiales diversas congregaciones. En 1116 el bienaventurado Norberto de Abriselles fundó la orden de Fontevrault, ilustre por la influencia que adquirió. Ocho años después, San Esteban y algunos compañeros más, establecieron las bases de la célebre orden de Grandmont, y por último otro Norberto, el santo abad de Molesme, se retiró con sus más fervientes discípulos, año 1100, á los desiertos del Cister, para restituir su primitiva pureza á la antigua orden de San Benito.

Evidente es que Bernardo, rodeado de numerosos compañeros, y con reputación de santo, pudo formar existencia aparte en unión de los hijos que el Señor le había encomendado, siguiendo de este modo el ejemplo de los demás fundadores; pero, opuesto á toda clase de prerrogativas, prefirió pe-

netrar con sus discípulos en una de las órdenes existentes y de común acuerdo eligieron el nuevo y humilde instituto del Cister, donde las penitencias eran tan escesivas, que, aun entre religiosos, se hablaba de ellas con sorpresa y admiración.

La comunidad del Cister, como ya hemos dicho, había sido recientemente fundada por San Norberto, en las umbrías selvas del Beaune en Borgoña; muerto el primer fundador en la época á que nos referimos, dirigia á los religiosos Esteban Harding, gentil-hombre inglés.

Por una parte los estragos causados en esta casa por una epidemia, que diezmaaba el pais, y por otra el rigor de la disciplina, alejaban de aquel lugar á cuantos intentaban acercarse, haciendo presagiar su cercano fin á dicha congregación, por esta causa y por la carencia absoluta de recursos.

El digno Abad del instituto deploraba esta situación, como una madre que ve extinguirse toda esperanza de fecundidad. En aquella comunidad, falta de religiosos y de recursos, fué donde Bernardo resolvió darse á Dios, y comenzar con sus amigos el noviciado de la vida monástica.

Después de arreglar sus asuntos, como hombres que se preparan á dejar para siempre el mundo, decidieron trasladarse á Fontenai, la víspera de su ingreso en el Cister, para despedirse de su padre y recibir su última bendición.

No hay corazón humano, por enérgico que sea, que pueda resistir mucho tiempo la escena de dolor que en esta entrevista tuvo lugar. Tiempo hacía que Tecelín consideraba con profundo pesar el alejamiento de sus hijos, y, aunque esperaba de un momento á otro una separación inevitable, no había podido aún su corazón acostumbrarse á este inmenso sacrificio. Perder en un solo día cinco hijos, en cuyas excelentes cualidades fundaba toda su gloria y toda su dicha; verse privado en el ocaso de la vida de tantas esperanzas y alegrías, era golpe demasiado rudo para un padre doblegado bajo el peso de los años. Por largo tiempo permaneció accidentado. A su lado estaba Ombelina, derramando un torrente de lágrimas: inmenso cariño profesaba á todos sus hermanos, pero mayor predilección sentía por Bernardo. En aquellos solemnes momentos, sin embargo, le consideraba autor de la ruina de su casa, y, mezclando en sus ruegos sentimiento, amor, despecho y respeto, le suplicaba y apremiaba aplazase sus proyectos, considerase las canas de un anciano, el desamparo del menor de sus hermanos y por último, se compadeciese de una hermana, que tanto había amado.

Bernardo hacía heróicos esfuerzos por dominar su corazón en aquella dolorosa prueba. Solo Dios que residía en aquella alma amante, pudo darle fuerzas para consumir el sacrificio, y qué tuviesen

cumplimiento en ella las palabras de Jesucristo. «El que quiera seguirme, renuncie á sí mismo, abrace su cruz y venga en pos de mí. Todo aquel que abandone su casa, hermanos, padre, madre, mujer é hijos, recibirá el céntuplo en este mundo y poseerá la vida eterna.» (1)

Los hijos de Tecelín, conteniendo el dolor que los embargaba, recibieron la bendición del padre y se retiraron.

Precipitemos el curso de los acontecimientos. El anciano Tecelín al final de su vida, se reunió con sus hijos, muriendo, lleno de méritos, en los brazos de San Bernardo. ¡Y hé aquí como por un sacrificio momentáneo, consumado en el corto período de la existencia, gozan reunidos en el cielo por una eternidad!!

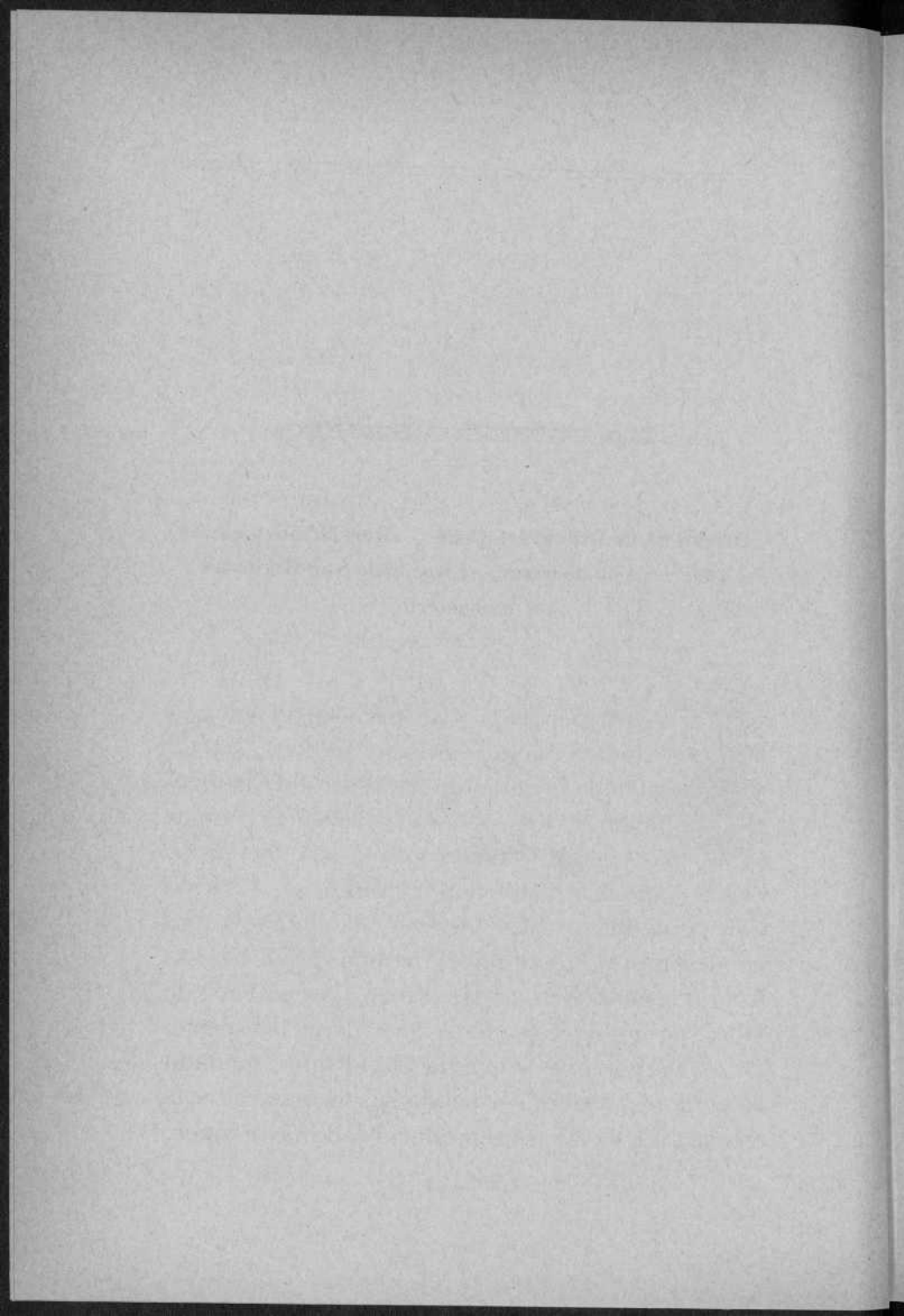
Al separarse Bernardo del lugar donde había causado tan violento dolor, pudo dominar el peligro de sucumbir á una ternura funesta quizás, pero muy propia de las almas grandes.

Aun esperaba otro golpe terrible á su padre, tan visiblemente dirigido por la mano de la Providencia que debió hacerle comprender el irrevocable destino de su familia. Al salir del castillo de Fontenai los hijos de Tecelín, apercibieron al más pequeño de los hermanos jugando con otros niños:

(1) Matth., XIX, 29.


Guido, el mayor de todos, al abrazarle le dijo: «Querido Nevardo, ese castillo y todas esas tierras, serán exclusivamente de tu propiedad;» á lo que contestó el niño con razón impropia de sus años: «¿Qué? ¿quereis para vosotros el cielo y me dejais la tierra? La partición no es legal.» (1) Desde aquel instante nadie pudo separarle de sus hermanos, los cuales con sus compañeros emprendieron el camino del Cister, y todos reunidos partieron á pié, bajo la dirección del hombre muy amado que los gobernaba. Era el año 1113.

(1) Guill. lib. I, cap. III, 4.^o 17.



CAPÍTULO SESTO.

Origen de la Orden del Cister.—Revelaciones que se refieren á su porvenir.—Llegada de San Bernardo al monasterio.

as órdenes religiosas, que en el terreno permanente de la iglesia se suceden, sujetas están en el curso de su desarrollo á las condiciones vitales de toda existencia humana. Débil é imperceptible semilla en su origen, aquellas instituciones crecen, se desarrollan y fructifican, para decrecer, debilitarse y morir después, pero, en aquel tiempo producen un fruto que contiene nuevo gérmen, y que, lleno de vida, se reproduce según el vigor de cada especie.

Así fué como la Orden de San Benito, fundada en el monte Casino, perdiendo sus formas caducas en cada nueva faz, se reproducía con mayor vigor,

sufriendo tantas metamorfosis cuantas eran las necesidades de los siglos que atravesaba.

Más de treinta y siete mil monasterios en sus distintas ramificaciones, reconocían á San Benito por su fundador; y desde los tiempos de Carlo-Magno, los monges del Occidente, casi todos, abrazaron su regla y disciplina. (1)

Una de las transformaciones más notables que sufrió la orden Benedictina fué la de Cluni, llamada así por su célebre monasterio, fundado el año 910 por Guillermo el Piadoso, Duque de Aquitania, en la diócesis de Macón. Doscientos años hacia que este monasterio venía siendo gobernado por los Santos Bernón, Odilón, Mayolo, Odón, Hugo y Pedro el Venerable, ilustres todos por su saber é inteligencia, siendo en la edad media esta congregación centro de sabiduría y piedad, como también refugio de las grandezas humanas. Principes, Cardenales y Soberanos, entre las diversas casas de Italia, Francia, España y Alemania, se contaban como simples religiosos; citándose entre ellos tres famosos Papas, que de Cluni salieron para gobernar el mundo católico, llamados San Gregorio VII, Urbano II y Gelasio.

Tanta prosperidad fué en aumento, y al morir el abad San Hugo, año 1109, Cluni había llegado

(1) Helyot, Hist. de la Orden de San Benito.

al periodo de su mayor apogeo; pero desde aquel tiempo empezó á decaer bajo el peso de sus excesivas riquezas, y, durante la corta administración del abad Pons, sucesor de San Hugo, los resortes todos de la vida religiosa se corrompieron, precipitando el edificio á su propia ruina; y aunque Pedro el Venerable intentó después restablecer la antigua disciplina, inútiles fueron sus esfuerzos, según testimonio del mismo San Bernardo. Muerto aquel, el destino de este instituto se pierde en la obscuridad de los tiempos.

La savia religiosa al extinguirse en el monasterio de Cluni, reconcentrábase no obstante en otro centro de la orden de San Benito, comunicando germen de vida á una nueva congregación. En el siglo VII varios monjes Benedictinos, aspirando á una vida más perfecta, fijaron su residencia en las solitarias selvas de Molesme, en los confines de la Borgoña, donde, construyendo pequeñas cabañas con ramas de árboles, dieron origen al instituto de Molesme, bajo la dirección de San Roberto; ignorando entonces aquellos religiosos que Dios, en sus altos juicios, los destinaba para plantel de otra orden más vasta y fecunda. En efecto: establecido ya este nuevo instituto, Roberto, inspirado por la divina gracia eligió á siete monjes de los más fervorosos, para trasladarlos, cual preciosas plantas, al desierto del Cister. Rober-

to, Alberico, Esteban, Odón, Juan Letaldo y Pedro (1) fueron los escogidos, uniéndose á éstos, algún tiempo después, catorce religiosos más, también de Molesme, con igual deseo de perfección. El año 1099 terminaron la construcción de una capilla de madera, que dedicaron á la Santísima Virgen, bajo la advocación de «Madre muy amada de Dios.»

Este fué el pequeño grano bendito por la Providencia, cuya fecundidad, por algún tiempo dudosa, llenó por fin al mundo de sabrosos frutos.

El Cister, en la diócesis de Chalons, distante algunas leguas de Dijón, era entonces un desierto inaccesible al hombre: Roberto y sus compañeros, sin embargo, se retiraron á lo más espeso del bosque, y, desmontándolo en parte de sus malezas, construyeron una capilla, alrededor de la cual pasaban la vida dedicados á la contemplación y al trabajo. No teniendo aún reglas ni constitución determinada practicaron por algún tiempo la de San Benito, hasta que obligado Roberto á volver á Molesme, su discípulo y sucesor Alberico dió al instituto nuevamente creado una organización fija, y la forma de vida de los antiguos padres del desierto.

Estas reglas obligaban á los religiosos del Cis-

(1) Anu. Cist., tom. I. cap. I, p. 6.

ter á la renuncia de sí mismo, mortificación de la naturaleza corrompida, desprendimiento de todo afecto carnal y terreno, con el fin único de libertar el alma de sus ligaduras, poniéndola en íntima comunicación con Dios, su principio y su fin.

Los hombres llamados á tanto espiritualismo, hallaban en la disciplina del Cister todo lo que eleva el alma á lo divino: trabajo continuo, silencio perpétuo, exacta obediencia, castidad angélica y una total abstención de cuanto pudiera excitar los sentidos; esta era la santa vida que aquellos monjes practicaban, elevándose en alas de la oración á la mansión de los justos.

Disciplina tan pura encontró sin embargo destructores. El hombre carnal no comprende las austeridades del hombre espiritual; juzga tan solo por el exterior de las cosas, calificando de necia locura las mortificaciones, que apagan la concupiscencia y purifican la naturaleza, y, sin distinguir lo que ésta era al salir de las manos del Criador y lo que después del pecado es, pregunta, con crasa ignorancia, si por ventura Dios crió al hombre con tan exquisita sensibilidad, para no gozar de ella; si dotándolo de un organismo tan perfecto, le prohibió hiciera uso de él; y si puede complacerse con el tormento de la humanidad: que equivale á preguntar ¿por qué el cristianismo tiene por base la cruz? ¿por qué Jesucristo se condenó á sufrir y morir?...

Los dolores y las lágrimas no son condiciones extrañas á la ley de la moral cristiana, forman por el contrario, la apoteosis de la ley. Esta vida que necesariamente tiene que pasar por la muerte para purificar el alma, transformarla y unirla á su Dios, trae consigo una serie de dolores, de absoluta necesidad para desprender al cuerpo de su propia naturaleza. ¡Feliz aquel que voluntariamente se presta á ello en la vida presente, sin esperar la última hora! «Todos los días muero» decía San Pablo; en efecto, la vida del verdadero cristiano es una preparación á la muerte, como esta es una condición de aquella.

Los religiosos del Cister, absortos en la contemplación de las eternas verdades, y con la mirada siempre fija en la divina patria, no admitían en sus ejercicios ascéticos, nada que pudiera suavizarles el sacrificio voluntario que diariamente se imponían: leamos lo que sobre esto escribe el analista cisterciense.

«Estos santos monjes, dice, vivían olvidados en su soledad. Extraordinarias eran las penitencias que practicaban; casi desnudos vivían, soportando el rigor de los grandes hielos del invierno y el calor abrasador del verano, (1) uniendo á un

(1) El hábito de los Benedictinos era color pardo ó negro. S. Alberico substituyó este color por el blanco-grís, después de haber tomado por patrona á la Santa Virgen (*nigrum habitum in grisenm commutantes.*)

Este era el color del hábito de S. Bernardo «conservándose aun el día de hoy la *cogulla* en el monasterio de S. Victor de París.» P. Lenain Vicario de la Abadía de la Trapa. (*Hist. del Cister*, vol. I. ch. XIV, p. 57.)

«rudo y continuado trabajo el cumplimiento de la disciplina más severa. El oficio divino, la lectura espiritual, las vigiliass, que se prolongaban casi durante toda la noche, la oración y demás ejercicios, se sucedían sin interrupción: dice el cronista, que no existía allí agitación, tumulto, confusión ni accidente alguno que turbara la paz de aquel recinto.»

Muerto San Alberico el año 1109, San Esteban, de nacionalidad inglesa, se puso al frente de la congregación.

Conmover es en extremo el relato que, de los funerales de aquel Santo, hacen los cronistas; y la oración fúnebre que San Esteban, pronunció con este motivo, revelan también los sentimientos de aquellos monjes: «¡Ay de mí! decía dirigiéndose á sus hermanos. Alberico ciertamente ha muerto á nuestra vista, pero no así á los ojos de Dios: y aunque muerto, vive para nosotros en el Señor; este es el privilegio de los santos, que cuando por la muerte van á Dios, llevan siempre consigo á sus amigos en el corazón, de suerte que podemos decir que, unidos como están á Dios con amor eterno é inmutable, nos llevan también consigo á su Santo seno.»

La austeridad que San Esteban impuso al Cister excitaba las murmuraciones de los monasterios vecinos. Entibiado el primitivo fervor en los religiosos de Cluni, veían con disgusto la regulari-

dad de una nueva orden que contrastaba con la molicie de sus costumbres. Acusaciones inventadas por la envidia propagáronse por todas partes contra San Esteban y sus hermanos, denunciándolos á la iglesia como hombres que introducían el cisma y la discordia entre las órdenes religiosas y llevaban más allá de la prudencia cristiana el rigor de las penitencias.

Admirable fué la paciencia del Santo Abad en estas difíciles circunstancias; persuadido de que su monasterio existiría á pesar de las contradicciones del mundo, si era obra de Dios, perseveró en su severa disciplina, contestando tan solo á los destructores con mayor celo en la observancia.

Nuevas pruebas experimentó su piedad. Ya lo hemos dicho; una enfermedad contagiosa había diezclado el país, haciendo aun mayores estragos en el Cister: los religiosos, exhaustos de fuerzas físicas por las excesivas penitencias, morían al ser invadidos; y desde el año 1112, un reducido número de monjes enfermos quedaban únicamente en el monasterio. «Además de las muchas aflicciones que pesan sobre mi, decía San Esteban, mi corazón sufre horriblemente al considerar el exiguo número de religiosos que hemos quedado, y que quizás estemos en la víspera del día, y esto me consterna más, en que nuestra congregación «desaparezca con el último de nosotros».

Esta mortandad habia impresionado tanto á la naciente comunidad, que los monjes empezaron á temer que sus austeridades fueran contrarias al espíritu de la prudencia cristiana, y que las acusaciones contra ellos lanzadas no estuviesen exentas de razón.

El Santo Abad dudaba también, y en su perplejidad, no sabiendo que resolver, recurrió á un medio extremo para conocer la voluntad Divina. El hecho que vamos á referir, por extraordinario que parezca, consta en datos auténticos.

Próximo estaba un hermano á dejar este mundo, cuando San Esteban, impulsado por un espíritu superior, le habló en presencia de toda la comunidad en la siguiente forma: «Hermano mio, bien veis el pesar que nos abrumba; convencidos estamos de que caminamos con fidelidad por la estrecha senda que trazó nuestro bienaventurado padre San Benito; pero ignoramos si nuestra vida es agradable á Dios, especialmente desde que los monjes del pais nos censuran, como hombres que han introducido la discordia y el escándalo. Mucho me entristece ver morir diariamente á nuestros hermanos, y, como Dios no envia á otros, temo que nuestro instituto desaparezca con nosotros. En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, por cuyo amor hemos adoptado esta vida de penitencia, os ordeno que cuando, vayais á Él, volvais en el tiempo y forma

que á Él agrade, y nos digais lo que sobre nuestra vida actual hemos de hacer.

Al oír estas palabras el moribundo, contestó sencillamente: «Reverendo padre, haré lo que me ordenais, si me ayudais con vuestras oraciones.»

Algunos días habian transcurrido desde la muerte de este religioso: el Santo Abad trabajaba con sus hermanos y dando la señal de descanso, como era costumbre, separóse algún tanto de los demás; sentado estaba y con la cabeza cubierta con el escapulario, con el fin de recogerse para orar, cuando de repente se le apareció el monje difunto rodeado de brillante aureola. El Santo varón le preguntó cómo se encontraba: «soy muy feliz, le contestó el religioso, y pido á Dios os haga tan dichoso como á mí: á vuestra solicitud y paternales lecciones debo el gozar de una felicidad, que el pensamiento humano no puede comprender, y por obedecer á vuestros mandatos, tan solo, he bajado á la tierra, para haceros saber los misericordiosos designios que Jesucristo tiene sobre vuestra congregación; oidlo bien: vuestra vida es agradable á Dios; desechad, pues, vuestra aflicción, ó mejor dicho, trocadla en alegría, pues dentro de poco Dios revelará su munificencia, enviándoos una multitud de personas, que saldrán de esta casa como enjambres de avejas, distribuyéndose por el mundo cual frutos de bendición, cuya semilla germina

aquí por la gracia de Nuestro Señor.» (1)

El difunto, continúa el historiador, despues de pronunciar estas palabras, pidió la bendición al padre y desapareció, dejando á San Esteban en profundo éxtasis de amor y gratitud.

Otro nuevo suceso, ocurrido por aquel tiempo, fué tambien, para ellos, presagio de los consuelos que Dios les reservaba. Un hermano vió en sueños una multitud de hombres, que, acercándose á la fuente del monasterio, lavaron sus ropas oyendo entonces una voz que decia: «esta fuente será llamada *Ennon*, nombre que lleva el lugar donde el Precursor de Jesucristo bautizó.»

Al Santo Abad le pareció muy significativa esta visión, y todos los dias esperaba la llegada de aquella multitud de personas, que habian de venir á purificar sus almas en las aguas de la penitencia. Rodeado de la comunidad estaba un dia San Esteban, pidiendo á Dios con gran fervor el cumplimiento de las sagradas promesas, cuando vieron acercarse un grupo compuesto de unos treinta hombres, que lentamente atravesaban el bosque, dirigiéndose á la puerta del monasterio: San Esteban, muy conmovido, salió á recibirlos, arrojándose Bernardo y sus compañeros á sus pies, pidiéndoles con humildad ser admitidos en la comunidad.

(1) Ann. Cist. vol. I, p. 64 y 65, n.º 2.—Hist. del Cister, vol. I, p. 102 y seguido. Hid. vol. IV, Remarq. p. 323.

SAN Esteban, en el colmo de la alegría, entonó un himno en acción de gracias, y al presenciar tanta felicidad, habriase dicho que aquellos monjes oían las palabras del Profeta cuando dice: «Alegraos vosotras las estériles que no concebíais: Cantad himnos de loa las que no erais madres, porque las abandonadas tienen más hijos que las que viven con marido.»



SEGUNDA ÉPOCA.

VIDA MONÁSTICA DE SAN BERNARDO DESDE SU ENTRADA EN LA ORDEN DEL CISTER HASTA SU INTERVENCIÓN EN LA VIDA POLÍTICA, CON MOTIVO DEL CISMA OCURRIDO EN ROMA.

1113 Á 1130.

CAPÍTULO PRIMERO.

Noviciado de San Bernardo.—Su profesión.—Prosperidad de la orden del Cister.—Origen de la orden del Claraval.



El año 1113 después de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, y quince de la fundación del Cister, Bernardo, con veinte y tres años de edad y treinta compañeros suyos, entraron á servir á Dios en este monasterio, gobernado á la sazón por el abad Esteban. Esta viña, bendita desde ese día por el Dios de los ejércitos, produjo abundantes frutos, extendiendo sus ramás más allá del mar.»

Próximo á desaparecer el Cister, como niño condenado á morir en la cuna, adquirió nueva vida con la llegada de Bernardo y su numerosa compañía. Todos menos uno entraron inmediatamente en el noviciado, aplazando San Esteban la entrada de éste por ser demasiado joven.

San Bernardo desde entonces se dedicó con especial empeño á practicar todo lo que después aconsejó. «Si empiezas, empieza bien.» «*Si incipis, perfecte incipe.*» (1) Al retirarse á la más pobre y humilde de las comunidades religiosas, deseaba tan solo vivir ignorado de los hombres y abrazado á la cruz de Cristo seguir las huellas de su divino Maestro.

Con la vista siempre fija en el fin que se había propuesto, y deseando constantemente alentar su fervor, preguntábase: «Bernardo, ¿á qué viniste? *Bernarde, ad quid vinisti?*» (2)

Así como Jesucristo empezó por practicar todo aquello que después predicó, (3) San Bernardo también se perfeccionaba en lo que tenía que aconsejar. Sus biógrafos admirados cuentan los esfuerzos que hacía por vencerse á si mismo, dominar su natural viveza y modificar la vehemencia de su carácter. Sometido á la más perfecta exactitud y

(1) Guill., IV, p. 1085, n.º 19.

(2) Ibid.

(3) Act., I. 1.

los más humildes ejercicios de la regla de San Benito, su virtud se desarrollaba con tanto vigor, que hasta el santo anciano, que dirigia esta escuela de profetas, (1) estaba admirado. Acostumbrado á vivir en profundo recogimiento, unido á Dios y siempre atento á la voz de su conciencia, su fervor era continuo, percibiendo en esta misteriosa fuente las gracias que brillaban en su exterior cual aureola celeste; haciendo decir á sus biógrafos que más parecía un espíritu que hombre mortal. Su actitud era la expresion sincera de las siguientes palabras, que con frecuencia repetia á los novicios: «Si deseáis entrar en esta casa, preciso es que dejes «fuera el cuerpo, puesto que las almas únicamente «tienen entrada aquí.» (2)

Mientras más saboreaba las delicias del divino amor, más esclavizaba sus sentidos, por temor de que la comunicación con las cosas exteriores, interrumpieran los goces de aquellos inefables consuelos. Su mortificación constante amortiguaba de tal manera su naturaleza, que, no viviendo más que para el espíritu, veía sin ver, oía sin oír, comía sin gustar y apenas conservaba sensación alguna por las cosas materiales. Se cuenta que más de una vez, por beber agua bebió aceite ú otro brevaje, y que al terminar su noviciado, no sabia si el techo

(1) Hist. del Cister, vol. III, C. X.

(2) Hist. del Cist., vol. III, C. X.

era plano ó abovedado, ignorando también si al extremo del oratorio donde rezaba todos los días había ventanas. (1) Lo necesario únicamente absorbía su imaginación por completo, concentrando su pensamiento y su conciencia cada día más depurada, no le permitía la menor imperfección, afligiéndose extraordinariamente el joven novicio cuando cometía la más ligera falta.

En memoria de su madre, se impuso la obligación de rezar todos los días los siete salmos penitenciales: ocurrió una vez, dice el autor del Exordio del Cister, (2) que siendo aun novicio, se recogió sin acordarse de cumplir su promesa; al siguiente día Esteban, su padre espiritual, advertido por inspiración divina le dijo: «Hermano Bernardo, ¿á quién encargásteis ayer de rezar los siete salmos?» Al oír estas palabras, admirado Bernardo que tuviese conocimiento de una devoción que todos ignoraban, prorrumpió en sollozos, y, arrojándose á los piés del venerable padre, confesó su falta pidiéndole perdón.

Otra vez, al recibir la visita de un pariente suyo, que vivía en el mundo, se complació en oír hablar de él. Apenas satisfecha esta pueril curiosidad, experimentó inmediata y amarga conse-

(1) Guill. IV, n.º 20, p. 1085 y Gandf. vita S. B. lib. III, cap. I.

(2) Dist. I. cap. XVII.

cuencia; sintió obscurecerse el horizonte de su alma, y por mucho tiempo dejó de sentir consuelos en la oración, gozo y alegría en sus ejercicios ascéticos; pero, reconociendo al fin su falta, arrodillóse al pié del altar, rogando á Dios le volviese su divina gracia.

Al terminar el año de su noviciado, Bernardo, que era de complexión delicada, enfermó, perdió el sueño, su estómago no podía soportar alimento alguno, experimentando grandes debilidades. Dice un biógrafo contemporáneo, que comía y dormía menos de lo que se necesita para conservar la vida. (1)

Además de la debilidad natural de su temperamento, el exeso de penitencia precipitó la ruina de su salud, deplorando él después no haber hecho uso de ellas con mayor moderación. Su estómago devolvía con acerbos dolores toda clase de alimentos, y su cuerpo, estenuado hacía ya algún tiempo, estaba tan demacrado que no parecía ser material; pero sus debilidades no le impidieron seguir la regla y evitar toda singularidad que le era odiosa, esforzándose en sustituir con fervor de espíritu su falta de fuerzas físicas. Sentía no poder compartir con sus hermanos las rudas labores á que se dedicaban, lamentándose delante de Dios

(1) Guill. S. Th., p. 1086.

de su incapacidad, que le inutilizaba para el trabajo manual del monasterio; sin embargo, á fuerza de celo y buena voluntad, conseguía cavar la tierra y cortar leña, que cargaba sobre sus hombros.

Los monjes admiraban su profundo recogimiento durante estos penosos trabajos; iba y venia, se prestaba á toda clase de servicios, desempeñándolos con solícito cuidado, por insignificantes que fueran, y sin alterar la paz de su alma, en medio de estas ocupaciones, alimentaba de continuo la llama de fuego vivo que ardia en su corazón, sosteniendo intima comunicación con el Dios del amor. Grato recuerdo conservó siempre sobre esta primera época de su vida monástica, por las muchas gracias que recibió y progresos que hizo en la virtud.

Dice el monje ya citado, que San Bernardo declara, que la inteligencia para comprender las santas escrituras Dios se la comunicó, por medio de la oración y la soledad en el campo; acostumbrando á decir con gracia que sus mejores maestros habían sido el haya y la encina. (1)

Ocupado en estos rudos pero apacibles trabajos, pasó el año del noviciado, llegando por fin el día tan deseado de la profesión.

(1) Guill. S. Th., cap. IV, n.º 23, p. 1087.

Era el mes de Abril del año 1114, cuando Bernardo y sus compañeros pronunciaron con santa emoción sus solemnes votos. Los cronistas concrétnanse á referir el acto sin añadir más, declarando que carecen de expresiones para hablar de él con exactitud. En efecto, preciso es conocer por experiencia las intimas alegrías del alma cuando realiza su irresistible vocación; preciso es gustar tan profunda é inefable dicha, para poder comprender las emociones que experimentaron aquellas almas elegidas, en tan memorable circunstancia.

Bernardo y sus compañeros se ofrecieron á Dios como holocaustos de amor divino, no deseando otra cosa más que inmolarsé cada día, para el servicio y gloria de su Criador.

El espíritu que les animaba era aquel mismo espíritu de sacrificio, que en todos los siglos ha elevado á millares de cristianos hasta la cima de la perfección evangélica, siguiendo las huellas de Jesucristo.

En esta iluminativa via se pierde de vista al siglo, se olvida, se desprecia todo lo que el mundo llama felicidad; se saborea con efusión goces mil veces más sabrosos que los terrenales; es el céntuplo, recibido ya en esta vida, y prometido á los que todo lo abandonan por Jesucristo; es una felicidad superior á toda otra, obligando á San Ber-

nardo á decir como San Pablo: «Lo que otras veces pasaba por mis ojos como bienes, hoy me parecen males; digo aun más, las cosas que me parecían ventajosas, me parecen pérdida y ruina, comparadas con el elevado conocimiento que he adquirido sobre Jesucristo Nuestro Señor, por cuyo amor prefiero perder todas las cosas, antes que dejar de poseerle en mi corazón; y no es que haya pervertido el gusto, sino que, olvidando lo que dejo en pos de mí, solo busco con empeño lo que me precede, esforzándome cada día más por conseguir lo que me propongo, á fin de alcanzar el premio al cual Dios me invita desde lo alto.»

El ejemplo de San Bernardo, mas aún que su palabra, llevaba al Cister muchos postulantes; los historiadores, admirados por tan extraordinario crecimiento, lo atribuyen á la emulación de las antiguas órdenes que, propagando calumnias sobre el nuevo monasterio, como le llamaban, le daban á conocer por todas partes, atrayendo multitud de curiosos, que, por efecto de la divina gracia, convertíanse y se hacían religiosos. (1)

Aumentando de día en día el número de éstos, Esteban se vió obligado á establecer una colonia. Los señores del país de Chalons ofrecieron al santo abad del Cister los convenientes y necesarios te-

(1) Ad Philip., III.

renos, para esta fundación; estos eran un bosque desmontado en parte, donde, después de haber construido una humilde capilla rodeada de pequeñas celdas, Esteban envió á doce monjes, bajo la dirección de Bertrand, hombre venerable por su piedad y muchos años; estableciéndose allí la primera casa que salió del Cister. San Esteban, á imitación de los antiguos patriarcas, le dió un nombre simbólico, llamándola «Fermitas», (1) queriendo dar á entender la fuerza y estabilidad que esta orden naciente había de adquirir.

Acabado de establecer el monasterio de La Ferté, vinieron á suplicar á San Esteban la fundación de otra colonia de monjes para la diócesis de Auxerre. Aunque el digno abad deseaba el aumento de su familia religiosa, no quiso, sin embargo, apresurarse á aceptar los terrenos que le ofrecían; temía el peligro que existe siempre en un desarrollo demasiado rápido y precoz; consultó con sus hermanos, examinó detenidamente la situación, y esperó tranquilo las indicaciones del cielo; pero, como al monasterio acudía cada día mayor número de novicios, se vió precisado á tomar una resolución.

Esteban nombró otros doce religiosos, dándoles por abad al célebre Hugo de Macón, el amigo más

(1) Fortaleza; Ferté.

antiguo de Bernardo. Por la elección que de él se hizo y por el prodigioso desarrollo que el monasterio tomó bajo su dirección, puede juzgarse el mérito de Hugo. Esta comunidad llegó á ser el seminario de Santos Pontífices, que tanta reputación dieron á la orden del Cister.

Sin embargo, la casa matriz, semejante á una colmena cuyo recinto era demasiado estrecho para contener la multitud de abejas que acudían, se vió tan llena de postulantes el año 1115, que San Esteban, después de aplazar la entrada á muchos de ellos, se creyó en la necesidad una vez más de adquirir un nuevo establecimiento, donde albergar aquellos enjambres de obreros evangélicos. Habíanle indicado un lugar inhabitado, en el país de Langres y siendo éste un desierto pantanoso, y casi inaccesible, no dudaron conseguir el permiso. Esteban, aunque no conocía en aquella diócesis á nadie que pudiera socorrer la fundación, comunicó su pensamiento á los hermanos. Unos juzgaron la empresa imposible por la falta de recursos; pero otros, entre ellos San Esteban, opinaron que el éxito de la obra debía abandonarse por completo á la voluntad de Dios.

Esta última opinión prevaleció. Los hermanos de Bernardo, su tío Gauldry, dos religiosos llamados Godofredo y Elbold, éste de edad muy avanzada, fueron designados para la nueva comunidad

y para completar el número, se nombró al monje Gautier y al joven Roberto primo de Bernardo. San Esteban puso al frente de tan preciosa colonia á aquel que había sido el angel tutelar de sus hermanos, y el espíritu consolador del Cister. Bernardo tenía á la sazón veinte y cinco años. (1)

Todos extrañaban que un joven con temperamento tan delicado y sin conocimiento en la dirección de los asuntos del exterior, fuese el encargado de esta difícil fundación; pero tan extraordinaria virtud brillaba en él, que San Esteban, más iniciado que los demás en los ocultos designios de la Providencia, sostuvo con firmeza esta elección, cuyas consecuencias fueron tan felices y gloriosas para la Iglesia.

Llegado el día de la partida, los religiosos designados, cuyo número recordaba el colegio apostólico, emprendieron la marcha bajo la dirección de Bernardo, el que, nombrado ya superior, representaba á Jesucristo, en medio de sus discípulos. El ceremonial que se usaba en aquellas circunstancias, era sencillo y conmovedor.

El abad de la casa matriz entregaba solemnemente una cruz al que debía ser revestido con la dignidad abacial; el nuevo abad, con la cruz al-

(1) Hist. del Cist., t. I, p. 196. Mabillon refiere que Bernardo no salió del Cister hasta la edad en que pudo recibir las órdenes sagradas. Los demás analistas están también conformes con esta indicación.

zada y seguido de los doce religiosos, despedíanse de sus hermanos, y salían, entonando con gravedad los salmos.

Al retirarse silenciosamente de la iglesia Bernardo y sus compañeros, dicen los cronistas del Cister, los hermanos lloraban, oyéndose tan solo en el espacio las voces de los que entonaban los sagrados himnos, esforzándose todos en contener los sollozos que el pudor religioso les obligaba á ahogar: difícil era conocer los que se marchaban, pues todos estaban conmovidos por tan dolorosa separación, hasta que, llegando á la puerta del monasterio, abrióse ésta para unos y cerróse para los demás

¿Quién dejará de admirar aquí la santa obediencia de estos verdaderos discípulos de Jesucristo? Con heroica abnegación sepáranse de amigos de la infancia, de compañeros fieles, con quienes habían vivido en el mundo y en el monasterio; dejan á un superior venerable, que amaban como á un padre, una santa casa elegida para asilo, una edificante comunidad objeto de sus tiernas afecciones, y, renunciando á los más legítimos consuelos del corazón, marchan sin mirar atrás, sin saber donde van y sin preveer cual será su destino.

Bernardo con vigor apostólico, fortalece á sus hermanos, camina delante como buen pastor, los guía, inspira y eleva por cima de toda previsión

humana, colmándolos de esperanzas. Por algún tiempo atravesaron incultos y montaraces bosques, sin sentir privación ni fatiga, y ciertamente que el estenuado viajero no desea con más empeño un albergue hospitalario, que estos hombres de Dios deseaban las austeridades del desierto.

Al fin llegaron á un valle pantanoso, antigua madriguera de ladrones, llamado en el país valle de los Ajenjos; pero el Santo Abad le dió el nombre de Claro Valle, para indicar que en adelante éste sería el ardiente hogar de la luz divina.

Estas almas generosas estableciéronse sin dificultad en un lugar abandonado por todo el mundo. Los pueblos vecinos, lejos de disputarles un sitio que tanto terror causaba, les ayudaron á desmontar el terreno y á edificar pequeñas celdas, felicitándose por la venida de estos hombres de Dios, cuyas edificantes vidas los movía á compunción; concluido el humilde oratorio, y con alguna forma de monasterio el resto de la construcción, el joven abad organizó y distribuyó sábiamente los distintos ejercicios y empleos de la comunidad. Confió el cargo de prior al monje Gautier, á quien San Esteban particularmente había designado para este importante oficio.

En práctica ya, con todo rigor, las reglas del Cister, Bernardo partió, acompañado de un religioso, á Chalons, para recibir la bendición abacial;

hé aquí cómo Guillermo de Saint Thierry hace la relación de este viaje.

«Encontrándose vacante la silla de Langres, cuando Bernardo debía ser ordenado, los hermanos, atraídos por la gran reputación del famoso doctor Guillermo de Champeaux, obispo de Chalons, resolvieron trasladarle allí, para que fuese consagrado por el venerable prelado; llegó á Chalons Sur-Marne acompañado del monje Elbold y era tal el contraste que formaban, Bernardo estenuado y con la imagen de la muerte en el semblante y el otro compañero robusto y en inmejorable estado de salud, que, mientras unos murmuraban y reían, otros, mejor advertidos por el espíritu de verdad, sentíanse poseídos del mayor respeto.

El obispo, sin preguntar cual de los dos era el abad, fijó la vista en Bernardo, recibéndolo como á igual suyo. Desde aquel día uniéronse con tan íntimo afecto, que con un alma vivían para Dios. Con frecuencia y grande intimidad, se visitaban considerando el Obispo al Claraval, como casa propia, mientras que en Chalons ofrecía de continuo, hospitalario retiro á los monjes de aquel monasterio.

La diócesis de Rems y la Francia entera, siguiendo el ejemplo de Guillermo de Champeaux, reverenciaban á este hombre de Dios como bajado del cielo. Con razón se decía que un prelado de

tanta autoridad debería reconocer en Bernardo muchas gracias y virtudes, cuando, siendo joven y desconocido, le profesaba especial estima y predilección.

Como ordinariamente sucede, los habitantes del país, que en un principio habían demostrado tanto interés hacia estos pobres religiosos, se acostumbraron á los actos de virtud que diariamente les veían practicar, y, al dejar de admirarlos, cesaron también de socorrerlos, llegando el Claraval á la más extrema miseria. Los monjes ocupados sin reposo en la edificación del monasterio, no podían ganarse el sustento con el trabajo de sus manos, y, como la fundación se había hecho después de la siembra, la tierra nada les producía; con mucho trabajo adquirieron una pequeña porción de cebada para hacer pan, el que unido á hojas de haya que cocían con agua y sal, constituía su único alimento.

El invierno con sus rigores vino á aumentar las penalidades de esta dolorosa situación, sufriendo el Claraval todo género de desdichas.

Un día, cuenta un cronista, llegó á faltarles la sal. Bernardo dijo á un hermano: «Guibert, hijo mío, ve al mercado y compra sal:» el hermano contestó: «Padre mío, ¿me dareis con qué pagarla?» «Tened confianza, le dice el hombre de Dios, yo no sé cuándo tendremos dinero, pero si sé que

arriba está el que tiene mi bolsa y mi tesoro.» Guibert sonriendo miró á Bernardo y le dijo: «Padre mio, con las manos vacías voy, mucho temo volver lo mismo. «Emprende el camino y empréndelo con confianza; te lo repito: Aquel que posee nuestro tesoro irá contigo y te proveerá de lo necesario.» El hermano recibió la bendición del reverendo Abad, aparejó el asno y se dirigió á un mercado inmediato al castillo llamado Risuellus. Guibert, añade el ingénuo cronista, fué demasiado incrédulo: (1) sin embargo, Dios le socorrió inesperadamente, encontrando muy cerca de la villa á un eclesiástico que le saludó y preguntó de dónde venía. Guibert le confió el objeto de su misión y el estado de penuria en que se hallaba su convento, lo que conmovió de tal modo al caritativo sacerdote, que inmediatamente le proveyó de abundantes viveres. Guibert satisfecho se apresuró á volver al monasterio, y arrojándose á los piés de Bernardo le contó todo lo ocurrido. Entonces el padre cariñosamente le dirigió estas palabras: «Ya te lo dije, hijo mio, nada es tan necesario al cristiano como la confianza en Dios; no la pierdas jamás, y todos los días serán buenos para ti.»

Sin embargo, estos socorros y algunos más que también se les habian presentado milagrosamente

(1) Plus quam oportet incredulus.

habianse consumido, y el Claraval volvió á caer en una completa indigencia. Los religiosos, víctimas del hambre, del frío y de privaciones intolerables, se entregaron al abatimiento, manifestando con alguna vehemencia el deseo de volver al Cister. Bernardo abrumado también con los sufrimientos morales y físicos de sus hijos, el corazón destrozado y el espíritu abatido, dejó de alimentar á sus hermanos con su palabra, viéndose entonces los religiosos privados del pan material, por su extrema pobreza, y del pan sagrado del alma por el silencio que guardaba el Santo Abad.

Este estado de cosas, que empezó al terminar el año 1115, prolongóse todo el invierno del siguiente, siendo imposible referir los infinitos sufrimientos que Bernardo padeció estos diez y siete meses, para impedir la disolución del Claraval, y que redundase en aprovechamiento espiritual de sus hermanos la terrible prueba que, en los altos desig-nios de Dios, debía afirmar para siempre su confianza, su fé, su valor y su total abandono en la divina providencia.

¡Hombres valerosos, verdaderos discipulos del evangelio! ¿Quién, sino aquel que bajó á la tierra para nacer en un pesebre y morir en la cruz, pudo inculcar en vuestros corazones amor á los sufrimientos? Solo un Dios de amor, que por nosotros se hizo hombre, padeció y murió, pudo haceros

abandonar vuestras tierras, castillos, amigos, familia y aun desprenderos hasta de vosotros mismos.

Un día Bernardo bañado en lágrimas, prostrado estaba sobre las gradas del altar con sus hermanos, pidiendo misericordia al divino Maestro, cuando de repente oyeron el ruido de una voz extraña que parecía bajar del cielo: Los hermanos admirados escucharon, oyendo con claridad estas palabras que repercutían en la Iglesia: «Levanta, Bernardo, tus ruegos fueron escuchados.»

CAPÍTULO SEGUNDO

Desarrollo de la Orden del Claraval.—Enfermedad
de San Bernardo.—Historia de Guillermo
Saint Thierry.

La fundación del Claraval puede compararse en sus comienzos al misterioso grano de que habla el Evangelio. En efecto, nada más débil, humilde ni pequeño que aquella celestial semilla arrojada sobre el campo de la Iglesia. Largo tiempo vejetó sin crecer, luchando con tempestuosas borrascas; pero el germen de vida que en sí contenía, hizo la obra de Dios indestructible, y, después de haber sido perseguida y abandonada, tomó de repente impetuoso vuelo.

Los prolongados y crueles tormentos de los religiosos del Claraval fueron al fin conocidos, escitando la compasión pública; de diversas partes

lleváronle cuantiosas limosnas, alarmando á Bernardo entonces más la escesiva abundancia, que hasta entonces había temido los males de la miseria.

Impresionados aun estaban estos monjes con la voz sobrehumana que habían oído en el lugar sagrado, cuando vieron llegar al monasterio dos hombres conduciendo abundante limosna. De la villa de Chalons llegaron carros cargados de provisiones, y el valle del Claraval, regado con el sudor de estos piadosos cenovitas, y fecundizado con su trabajo, empezó también á producir, socorriendo las necesidades más perentorias.

Bernardo, exento ya de cuidados temporales, y viendo florecer la paz y las virtudes angélicas en sus hijos, se ausentó del monasterio para predicar en Chalons. Irresistible influencia ejercian estas misiones; los pueblos todos de las cercanías corrian en tropel para oír la palabra del Santo Abad, y hombres ilustres de todas las condiciones sociales seguíanle en su vocación al desierto; multitud de sabios, oradores, nobles, grandes y filósofos pasaron de la escuela del mundo á la del Claraval, para practicar la moral divina.

Como hablaba por espíritu de Dios más que por boca de hombre, dice un escritor de la época, hacía fácil lo que parecía imposible; manifestándose la gracia divina tan especialmente en su pala-

bra, que los más empedernidos corazones convertíanse en humildes ovejas del rebaño del Señor, no volviendo ni una sola vez al monasterio sin tan preciados frutos. Tanta verdad y moral tan pura se desprendían de los sermones del Santo Abad, que incesantemente llegaban al Claraval multitud de almas, demandando la gloria de poder unirse á varones tan virtuosos y santos. Bernardo, estenuado y medio muerto, dió con sus virtudes y elocuentes palabras, por especial favor de la Providencia, tal torrente de luz á aquel lugar, que el círculo que comprendía su monasterio, antes país inculto y espeso matorral, mereció ser llamado desde entonces Claro-Valle: en efecto; resplandeciente luz, sus heróicas virtudes, comunicaban á toda la tierra.

Entre los muchos y nuevos discípulos que entraron en el monasterio, debemos hacer mención de los sabios Roger, Humberto, Reinaldo, Pedro el de Tolosa, el bienaventurado Odón, y varios canónigos de Chalons y Auxerre; también entró con gran sorpresa del mundo el célebre Esteban de Vitry, aunque éste, fué el único que no perseveró.

El alma de Bernardo se dilataba á medida que el número de sus hijos crecía, y, entregado todo á todos, su caridad no tenía límites, hasta que sucumbiendo al fin, al cansancio de las muchas vigili-
gias é incesantes trabajos, le acometió una gran

debilidad que le postró en cama.

Su enfermedad venia agravándose de un modo alarmante, y una fiebre continua, á la vez que sus rigurosas abstinencias, destruyeron por completo su salud; y, al terminar el año 1116, era tal su estado patológico que todos creyeron próximo su fin.

Al saber esta triste noticia el Obispo de Chalons, que deseaba vehementemente conservar la vida del Santo Abad, acudió presuroso al Claraval, y, persuadido de que el reposo y un régimen más suave restablecerian tan preciosa salud, pidió de rodillas al capitulo del Cister, que por espacio de un año pusieran á Bernardo bajo su inmediata dirección.

El capitulo, conmovido al ver tanta caridad en el piadoso prelado, así lo acordó, y, en virtud de esta delegación, Guillermo de Champeaux exigió que se eximiera á Bernardo de todo cargo espiritual y temporal, mandándole construir una habitación aislada fuera del recinto del claustro, y encomendando su salud á un médico, cuyas órdenes debian ser terminantemente ejecutadas. Por desdicha, este médico que gozaba de inmerecida reputación, no poseia ciencia ni conciencia, y ejerciendo pedante autoridad sobre Bernardo, le motivó mayores sufrimientos que los que le ocasionaban sus males físicos. Cerca de un año soportó Bernardo, sin proferir una queja, el brutal trato de aquel

empírico, hasta que, satisfecha la Providencia con tanta resignación, paulatinamente fué recobrando fuerzas, hasta entrar en el periodo de convalecencia. De este modo probó Dios que Él solo puede quitar y restituir la salud, según lo estime conveniente, sin intervención alguna de los hombres y aun á veces á pesar de su voluntad también.

El Abad Saint Thierry, uno de sus más fieles amigos, vino á visitar á Bernardo durante este retiro con objeto de observar sus costumbres intimas y privadas. En su diario escribe las impresiones que recibió en el Claraval, y de tanta edificación es el relato que hace de ellas, que vamos á transcribirlas aqui, cercenando muy poco para no privarle de su principal interés. (1)

«Por aquel tiempo empecé á ir al Claraval, dice Guillermo Saint Thierry, á visitar al Santo; otro abad me acompañaba, encontrándole ambos en una celda parecida á las chozas que ordinariamente destinan á los leprosos; por mandato del Obispo, exento estaba de todo cargo, disfrutando de completo reposo, y pasando la vida en el colmo de la alegría saboreaba celestiales delicias. Cuando entré en aquella tan humilde celda, y

(1) El B. Guillermo, abad de Saint-Thierry, era una de las personas más instruida de su siglo. como consta en las obras conservadas en la Biblioteca de los Padres, y estimación particular que San Bernardo le profesaba.

consideré lo que era y á quien albergaba, pongo á Dios por testigo que se apoderó de mi un sentimiento de respeto y veneración, como si entrara en lugar sagrado. Sentí tanto bienestar al acercarme á aquel hombre tan grande, y deseo tal de permanecer con él participando de su pobreza y sencillez, que si me hubieran dado á elegir, nada me habría sido tan grato como servirle y vivir siempre á su lado.

«En cuanto á él se refiere diré, que después de recibírnos con cariñosa solicitud, preguntámosle qué hacía y cómo vivía en su retiro: «Me encuentro muy bien, contestó con aquella agradable sonrisa que le era peculiar; perfectamente bien.» «Hombres de razón me obedecían anteriormente, mientras que ahora por justos designios de Dios, obedezco á uno que carece de ella.» Al hablar así, aludía al presuntuoso médico que se envanecía de haberlo curado, y á cuya dirección facultativa le habían sometido el Obispo, los Abades y sus hermanos. Comimos con él, y reflexionando estábamos que una vida tan necesaria debía ser cuidadosamente asistida, cuando vimos que por orden del facultativo le servían alimentos que una persona hambrienta y en buena salud habría rechazado. La mayor indignación se apoderó entonces de nosotros teniendo que hacer grandes esfuerzos para conservar la regla del silencio, y abstenernos de calificar al mé-

dico de sacrilego y homicida. En cuanto al hombre de Dios, vivía en una total indiferencia sobre estas cosas, sin poder ni aun distinguir el sabor de aquellas comidas, por tener el estómago destruido y privado por completo de sensibilidad el paladar.....

«En este estado encontré al digno servidor de Jesucristo, y esta era la vida que llevaba en aquella soledad; pero no estaba solo: Dios y los ángeles le acompañaban, prodigándole infinitos consuelos, y esto comprobado está con pruebas evidentes. (1)

«Rezando estaba una noche con fervor extraordinario, cuando se quedó ligeramente adormecido. Un conjunto de voces armoniosas, y un ruido semejante al producido por un tropel de gente, despertóle de repente; salió de su celda, y en un lugar inmediato, cubierto de abrojos y espinas, apercibió dos coros colocados en distintos lados, que alternaban en sus melodiosos cánticos deleitando al Santo. (2) Hasta muchos años después no

(1) Onod manifestis indiciis demonstratum est.

(2) Et vir sanctus delectabatur.—Gœrres, en su interesante obra sobre el Misticismo cristiano, cita las muchas veces que almas puras oyeron celestiales armonías. San José de Cupertino, entre otros, permaneció tres días en éxtasis, oyendo melodiosos sonidos, que parecían salir del cielo. Decía que la música de la tierra cuando es religiosa, sirve para elevar el alma; pero, que no pueden compararse los sonidos materiales que hieren el oído, con el sonido de la música divina que arrebató el alma. Nada puede expresar, decía, el gozo que embriaga a los Santos en este sublime concierto. (Via Gœrres, Christliche Mystics T. II, p. 91.

comprendió San Bernardo esta misteriosa visión. Transcurrido algún tiempo el monasterio se trasladó á aquel lugar, edificándose la capilla en el mismo sitio en que el Santo había oído aquellas angélicas voces.

«Allí permaneci algunos días, continúa el escritor, aunque me consideraba indigno de tal favor, y donde quiera que dirigia mis miradas la admiración se apoderaba de mí, como si me encontrase en otra tierra y bajo otro cielo, admirando á hombres de nuestros días que hacian la vida tan perfecta como nuestros primeros padres, los solitarios de Egipto.

«Desde que se bajaba de la montaña y se entraba en el Claraval veíase á Dios por todas partes, publicando con ostentación aquel silencioso valle la sencillez y humildad de los que en él habitaban. Al penetrar en aquellos lugares tan llenos de hombres, donde no había ninguno ocioso, se observaba en medio del día un silencio igual al de la media noche, interrumpido tan solo por el ruido del trabajo, y las plegarias que dirigían á Dios. La harmonía de este silencio en medio de tanta actividad, ofrecía un aspecto tan imponente, que los extraños, poseidos del mayor respeto, no se atrevían á proferir palabra ociosa.

«El desierto donde residian estos servidores de Dios era un bosque espeso y sombrío rodeado por

dos montañas, tan estrechamente unidas, que le daban el aspecto de una profunda gruta.... Aunque muchos eran todos participaban del mismo fervor, pues así como sucede en el mundo, que el hombre escandaloso y desarreglado arrastra tras sí una multitud inquieta, en la soledad existe el mismo contagio; un solo hombre comunica á los demás el recogimiento y el fervor del espíritu.

«Esta era la ilustre escuela de la sabiduría cristiana dirigida por el abad Bernardo; este el fervor y santa disciplina que practicaban *en su claro y querido valle*, dedicando al Señor un misterioso tabernáculo, conforme al modelo que Dios le había inspirado. Y ¡ojalá que, acostumbrado á ser tan prudente con los hombres, hubiese sido tan dulce y cuidadoso consigo mismo; pero, al terminar el plazo de obediencia prometido al Obispo de Châlons, como arco que se suelta y vuelve á su primitiva forma, como torrente libre del dique emprende su curso con doble impetuosidad, así el hombre de Dios volvió con nuevo ardor á sus trabajos y austeridades para indemnizarse de la treuga forzosa dada á sus penitencias.

Al empezar el año 1118 volvió Bernardo á sus funciones abaciales, colmando de alegría á sus hermanos. Su salud, sin embargo, no se había restablecido; y su cuerpo, lejos de haber recobrado fuerzas durante su larga reclusión, parecía aun

más estenuado que antes; pero su espíritu libre ya algún tanto de los lazos materiales, desenvolvíase con mayor vigor. No se comprendía cómo de un exterior tan frágil pudiera salir tanta energía, ni tan maravillosa actividad.

Al tomar posesión nuevamente de su cargo, el Claro-Valle se animó con su preponderante palabra y sus virtuosos ejemplos, comunicando á los religiosos ardiente celo por alcanzar la perfección espiritual.

«En el camino de la virtud necesariamente hay que subir ó bajar, les decia, si nos detenemos, llegaremos á caer; no es bueno el que no quiere ser mejor, porque al dejar de crecer en virtud se deja de ser virtuoso.»

Nuevos discípulos, pertenecientes en su mayoría á las más nobles familias de los pueblos vecinos, venían diariamente á unirse á los anteriores. Hombres que en el mundo ocupaban puestos elevados en la enseñanza y en el ejército, trocaban en el Claraval aquellos bienes pasajeros por los incomparables tesoros que encierran los sufrimientos evangélicos; al mismo tiempo que el número de religiosos aumentaba tan prodigiosamente, su regularidad y vida angélica ofrecía al mundo mayores ejemplos de edificación.

Trasladamos aquí tan solo algunos párrafos de una carta, que completarán la descripción del Cla-

raval, y darán á conocer en todo su valor esta santa obra, que San Bernardo comenzó en el desierto.

Esta carta, notablemente bella y conservada en los anales del Cister, fué escrita por el monje Pedro de Roya, el que, después de haber renunciado á las grandezas mundanas, gozó bajo la dirección de San Bernardo de las más puras delicias de la piedad.

«Aunque la casa del Claraval situada está en
«un valle, sus cimientos fundados están en la mon-
«taña Santa. Allí Dios se hace admirable, obrando
«maravillas para gloria suya; el hombre interior se
«renueva, mientras que el exterior se destruye; el
«soberbio se hace humilde, los ricos pobres, los
«ignorantes sabios y las tinieblas del pecado se di-
«sipan bajo la acción regeneradora de la gracia.
«Allí solo late un corazón, que da vida á multitud
«de hombres de distintos países y condiciones, y
«con la esperanza de una beatificación próxima,
«saborean ya en este mundo las primicias de la
«felicidad eterna. En su humilde actitud, reco-
«gimiento y constante oración déjase adivinar
«el fervor y la pureza de sus almas. Las pro-
«longadas páusas que hacen durante el oficio
«á media noche, el modo de recitar los salmos
«y meditar los libros sagrados y el profundo si-
«lencio que á su alrededor reina, de sobra in-

«dican los consuelos que experimentan.

«Pero, ¿quién dejará de admirarlos cuando tra-
«bajan en el campo?

«Al dirigirse la comunidad al trabajo, sencilla-
«mente caminan los unos tras los otros cargados
«con las armas, testimonio de su humildad, co-
«mo ejército formado en batalla, y estrechamen-
«te unidos, viven con una paz y caridad tan per-
«fecta, que es alegría de los ángeles y terror de los
«demonios.

«El espíritu Santo los alienta con su gracia, pues
«nunca demuestran fatiga ni cansancio por mu-
«chos que sean los trabajos.

«Entre ellos existen algunos, que en el mundo
«gozaban de gran respeto y consideración por su
«eminente saber, y esos mismos, se abaten hoy,
«como se ensalzaban ayer.

«Cuando los veo en el campo manejando el ras-
«trillo y la pala, ó bien en el bosque con el hacha en
«la mano, y considero lo que fueron y lo que ahora
«son, confieso que, si únicamente los juzgara con
«ojos materiales, me parecerían locos ó insensatos;
«pero considerándolos á través de nuestra santa fé,
«los admiro, como hombres cuyas vidas están ocul-
«tas en Jesucristo y viven tan sólo para Dios. Así
«es como únicamente pude distinguir entre ellos á
«un Godofredo de Peronne, un Guillermo de Saint
«Omer y tantos otros grandes hombres como conoci

«en el mundo, y que hoy no dejan huellas de lo que
«fueron. Anteriormente erguían con orgullo sus ca-
«bezas, siendo tan sólo, sepulcros vivos, mientras
«que al presente se humillan, siendo sagrados teso-
«ros de virtudes cristianas. (1)

Este era el esplendor del monasterio del Claraval en el año 1118.

Al finalizar el mismo año, Bernardo tuvo el consuelo de ver á su anciano padre, el que por especial favor de la Providencia se unió á sus hijos, compartiendo con ellos el destino. Tecelin tomó el hábito de religioso, y, sin distinguirse de los demás monjes, practicaba humildemente los ejercicios de la orden, terminando su carrera con la bienaventurada muerte del justo.

Pero esta alegría que el Señor concedió á Ber-

(1) Este relato nos recuerda las impresiones que experimentamos en una casa de S. Bernardo, monasterio Trapense en el monte de las Olivas, en Alsacia, donde tuvimos la suerte de hacer un retiro. La vida angelical que hacían los discípulos del Claraval, pareciera pura fantasía, si en nuestros días no pudiéramos comprobar la verdad; y de ella damos testimonio por lo que hemos visto, admirado y conocido, añadiendo la expresión de nuestra gratitud, y profunda veneración hacia el reverendo Abad y dignos religiosos del monasterio, que nos acogieron con suma bondad, dándonos ejemplo de virtudes, que jamás olvidaremos.

Entre las diversas reformas del Cister, la de la Trapa, es sin duda alguna la más parecida á la primitiva orden de S. Benito. Su fundador fué el célebre Abad de Rancé, muerto en olor de santidad el año 1700.

Es un espectáculo conmovedor que comunica grande emoción al visitante ver esa reunión de monjes, trabajar silenciosamente en el caníj-o, ó verlos inmóviles como estatuas, salmodiar los divinos salmos en las naves de su humilde iglesia.

Esas son las escuelas donde se aprende á ser católico.

nardo y á sus hermanos, fué seguida de un acontecimiento que los affigió extraordinariamente, el cual fué motivo para que diera á conocer en una notable carta los sentimientos de caridad y amor, que encerraba aquel magnánimo corazón. En el siguiente capítulo la damos á conocer.

CAPÍTULO TERCERO

Historia de Roberto.—Carta de San Bernardo.—Monasterios que salieron del Claraval.—Capítulo general de la Orden del Cister.



El joven Roberto, primo de S. Bernardo, (1) fué consagrado á Dios desde su infancia. Sus padres le habian prometido á la abadia de Cluni, pero él amaba tanto á San Bernardo, que, identificado con su alma, le siguió al Cister, mereciendo el favor de vivir en el monasterio, sin tomar el hábito ni ser considerado como novicio, á causa de sus pocos años.

Algún tiempo después de la fundación del Claraval, Roberto no teniendo á la sazón más que diez y seis años, pronunció los solemnes votos á ins-

(1) Era hijo de una señora de alta clase, llamada Diana, hermana de la B. Alisa, (v. ann. C. lib. II passim.)

tancias y ruegos suyos. Este joven monje, modelo de pureza y candor, florecía en el valle como lirio lleno de gracias y bendiciones; comparábanle los religiosos al niño del evangelio, que, tipo de perfección cristiana, Jesucristo presentó á los apóstoles.

La elección de Roberto á favor del monasterio del Cister, ofendió á los religiosos de Cluni, los cuales pretendían tener derechos adquiridos sobre él. Roberto era rico, y su herencia excitaba la codicia de aquellos monjes degenerados, que buscaban continuamente la ocasión de acumular riquezas. Con objeto de atraerlo, sorprendieron la confianza de la Santa Sede, consiguiendo un decreto por el cual se permitía á Roberto trasladarse del Claraval á Cluni. Abusando de este permiso, y aprovechando la ausencia de Bernardo, los emisarios del abad Pons convencieron al joven discípulo de que su padre espiritual le tiranizaba con un exceso de penitencia, consiguiendo al fin llevárselo.

¡Juzguemos del dolor de Bernardo! ¡Comprendamos su amargura cuando volvió al monasterio y no encontró al hijo muy amado de su corazón, al niño que le habían arrebatado!

Bernardo por algún tiempo conservó profundo silencio, reconviniéndose tan solo por no haber sido más indulgente con aquella alma tan joven,

que quizás habria necesitado haber sido tratada con más indulgencia y moderación.

A Dios tan solo se dirigía, pidiendo al hijo muy amado que habia engendrado para Jesucristo.

Un día que con Godofredo salió al campo, no pudiendo contener el exceso de ternura que se desbordaba en su alma, dijole que escribiera, dictándole la siguiente carta, expresión de exquisitos sentimientos á la vez que obra maestra de grande elocuencia. (1) Transcribimos aquí sus párrafos más principales.

«Demasiado esperé, hijo mio muy querido, que
«Dios se dignara mover tu corazón y el mío, inspi-
«rándote á tí la contrición de tu falta, y dándome á
«mi el consuelo de tu compunción; pero, como vana
«es mi esperanza, no puedo ocultar mi tristeza ni
«contener mi dolor; y, aunque me veo despreciado,
«llamo al que me desprecia, y pido misericordia al
«que debiera pedírmela. Aflicción extrema no racio-
«cina, no se avergüenza, no teme humillarse, no
«admite consejo, regla ni medida; las facultades de
«espíritu tan solo se ocupan en buscar medios, con
«que aliviar el mal que se sufre y recobrar el bien
«que se desea. Dirás que no has ofendido ni despre-

(1) Una leyenda refiere que mientras que el Santo al aire libre dictaba esta carta, cayó un fuerte aguacero, sin mojar el papel. Este incidente, á la vez que la sublimidad de su estilo, fué considerado milagro; transcurrido algún tiempo en aquel mismo lugar, se construyó una capilla.

«ciado à nadie; lo deseo y te lo concedo; mi intento
«no es discutir, sino terminar toda desavenencia.
«Sí, el mal debe imputarse à los perseguidores y no
«à los perseguidos. Olvido el pasado; no quiero re-
«cordar motivos ni circunstancias de lo que es ya un
«hecho, ni averiguar pretendo cuál de los dos es el
«ofendido; quiero tan solo hablar de lo que es cau-
«sa de mi dolor, de mi desdicha por verme privado
«de tí. Contigo la muerte sería vida; pero sin tí, la
«vida es muerte; y observa que no pregunto por
«qué te has marchado, sino por qué no has vuelto
«ya: Vuelve, y me harás feliz, y en señal de regocijo
«cantaré: *«Muerto era para mí y ya resucitó:» «Per-
«dido estaba y lo encontré.»* Reprocharme quiero tu
«salida; sí, fui demasiado rígido y severo, no con-
«templé lo que debía à un adolescente tímido y dé-
«bil; sin embargo, para justificarme podría alegar,
«que deber mio es reprimir los ímpetus de una ju-
«ventud demasiado fogosa, siguiendo los consejos
«de la Escritura, cuando dice: *«Castigad á vuestro
«hijo y salvareis su alma: El Señor corrige al que ama
«y castiga á los que recibe en el número de sus hijos:
«La corrección del enemigo es más saludable que el be-
«so del enemigo.»* No obstante, consiento una vez
«más en ser el culpable.....

«Considera, hijo mio, en la forma que te llamo!
«No es seguramente inspirándote el terror del esclava,
«vo, sino el amor del hijo, que se arroja en los bra-

«zos de su padre: no empleo amenazas, sino halagos y caricias, con objeto de atraerme tu alma y tranquilizar la mía. Quizás otros intentarían medios más severos, aterrándote con la enormidad de tu pecado y el temor de los juicios de Dios. Te reprocharían sin duda la horrible apostasía que has cometido, trocando el hábito burdo y usado, insipidas legumbres y austera pobreza, por traje fino, mesa delicada y fastuosa casa; pero, como sé que eres más accesible al amor que al temor, no creo oportuno apremiar al que por sí mismo se adelanta, aterrar al que tiembla, ni confundir al que confundido está ya.....

«Extraño es, en verdad, que un religioso recatado y modesto haya violado sus votos, abandonando el lugar de su profesión contra la voluntad de sus hermanos y superiores; pero más inaudito es que David sucumbiera con toda su santidad, Salomón con su sabiduría y en el poder de su fuerza Sansón. Aquel que supo seducir á nuestros primeros padres en el paraíso ¿qué extraño es que sedujera á un pobre joven inexperto, que vivía en las soledades del desierto? A decir verdad, éste no fué seducido, como los ancianos de Babilonia, por la belleza, subyugado por la avaricia, como Gieci, ni ciego de ambición, como Julián el apóstata. Sucumbió por seguir los brillantes resplandores de una falsa virtud, y los consejos de persona autorizada.

«Un lobo disfrazado acercóse un día á una oveja, que, ignorando el peligro, no huyó de él. ¿Puede Dios gozarse en tus sufrimientos? le dijo, ¿por ventura las santas escrituras ordenan que abreviemos nuestros días? ¡Ridícula regla la que manda cavar la tierra, cortar la leña y cargar estiercol! ¿Por qué no hemos de comer carne, si Dios la crió? ¿Por qué crió el cuerpo si no hemos de alimentarlo? ¿Cuál es el hombre que odia su propia carne? Estos sin duda fueron los especiosos razonamientos que sedujeron al religioso que, aturdido, dejóse conducir á Cluni. Allí le cortan el cabello, afeitan y despojan del hábito burdo y usado, sustituyéndole con otro de gran valor, y, admitiéndole sin dilación en la comunidad, le colocan por cima de los demás: todos le aplauden, adulan y felicitan, congratulándose de la victoria, cuyo botín tienen ya en su poder.

«¡Ay buen Jesús! Cuánto se hizo para perder esta pobre alma! y ¿cómo no ceder á tanta seducción? ¿Pudo por ventura escuchar entonces con libre albedrío la voz de su conciencia, conocer la verdad y permanecer humilde? ¡Pobre insensato! ¿Quién te ha hechizado, haciéndote sordo á mis palabras? ¿Por qué te preocupan las promesas hechas por tus padres, y de las que no eres responsable, olvidando votos pronunciados por ti, y teniendo que dar estrecha cuenta de ellos á Dios?

«En vano pretenden que estás desligado de esos
«votos por la dispensa de Roma: estás obligado á
«ellos por la palabra que á Dios has dado.

«Aquel, dice el evangelio, que pone la mano en
«el arado y vuelve la cara atrás, digno no es del
«reino de Dios.» Si de aquí salistes para hacer vida
«más pura y austera, repite con el Apostol, que ol-
«vidas lo que dejas atrás, por adelantar hacia el fin
«á que Dios nos destina; pero si así no es, aver-
«güenzate y tiembla, porque, ¿no es volver la cara
«atrás y ser prevaricador y apóstata, y sufre que
«sea tan duro, el haber renegado de tus antiguas
«reglas, por la mesa y los hábitos, ó quizás también
«por vivir ocioso, disipado y licencioso? No preten-
«do de ningún modo intimidarte; te hablo solo co-
«mo á hijo muy querido de mi corazón, pues, aun-
«que tengas muchos maestros, no tendrás más pa-
«dre que á mi.....

«Sí; yo fui el que te engendré en la religión con
«mis lecciones: yo el que te alimenté con leche, es-
«tando dispuesto á darte alimento más fuerte, si hu-
«bieras tenido mayor fortaleza. Pero ¡ay! me has
«abandonado, y ahora temo que todo aquello que
«con paciencia conquisté, con palabras fecundicé
«y sostuve con oraciones, se pierda y disipe...

«Deploro menos la nulidad de mis penas, que
«la desgracia del hijo que se pierde; me quejo, sin
«embargo, de que un extraño me arrebaté la gloria

«de lo que yo formé, y desolado, á semejanza de
«aquella mujer cuyo hijo le fué arrebatado mien-
«tras dormía, lamento el ultraje que me han hecho,
«arrancándote de mis brazos. Este es el mal que
«lloro y el bien que reclamo. Siendo tú mis propias
«entrañas ¿podría olvidarte? ¿Podría dejar de sentir
«los más acerbos dolores, cuando me arrebatan
«parte de mi propio ser? Adelante, soldado de Cris-
«to, despierta, sacude el polvo y vuelve al comba-
«te, haciendo olvidar con valor la vergüenza de tu
«derrota.

«Muchos de los que combaten perseveran hasta
«alcanzar la victoria, pero muy pocos son los que,
«después de haber retrocedido, vuelven á la pelea,
«y, puesto que la singularidad, es lo que da valor
«á las cosas ¿cuál sería mi alegría si aplaudir pu-
«diera rasgo de tanto heroísmo?

«¿Por qué temes lo que no es temible y no te
«alarmas por lo que debieras? ¿Esperas librarte hu-
«yendo? Pues tu casa está cercada, el enemigo la
«toma por asalto, penetrando en su interior, mien-
«tras que tú, tranquilo duermes, creyéndote más
«seguro solo y sin armas, que revestido de fuerte
«armadura y acompañado de tus amigos. Despier-
«ta, apresúrate, vuelve con los que has abandona-
«do y serás invencible.

«Jesucristo va á la cabeza del combate, gritan-
«donos «vencido he al mundo, tened confianza....»

«pues si Dios está con nosotros ¿quién estará en
«contra? Dichosa es la guerra que se hace por Jesús
«y con Jesús! Ni las heridas, ni las amenazas, ni
«la muerte misma, escepción hecha de la huida ver-
«gonzosa, puede en este caso arrebatarnos la vic-
«toria. ¡Feliz el que sucumbe con las armas en la
«mano; muere para ser coronado, pero desgracia-
«do el que huyendo renuncia al triunfo y la corona!
«Quiera Dios, hijo mío muy querido, preservarte de
«esta desdicha, haciéndote docil á mis palabras;
«pero, si así no fuera, aumentarías tu falta, siendo
«inevitable tu condenación.»

Tan vivas é inimitables exhortaciones no die-
ron, sin embargo, resultado inmediato. Quizás
no llegaron á poder de Roberto; pero sea de ello
lo que quiera, Bernardo las escribió al concluir el
año 1118, y hasta 1122 no tuvo el consuelo de ver
la vuelta de este hijo pródigo, que Pedro el Vene-
rable, sucesor de Pous, envió al Claraval, al tomar
posesión del gobierno del monasterio. Por una de
sus cartas sabemos que anhelaba cumplir este ac-
to de justicia, apresurándose tambien á enviar al
monasterio por la particular estimación que pro-
fesaba á San Bernardo, varios monjes, que desea-
ban hacer vida más perfecta. Roberto, después de
su vuelta, vivió sesenta y cinco años, llevando du-
rante todo este tiempo una vida ejemplar, según
testimonio de Juan el Ermitaño, autor contemporá-

neo, siendo después elegido para gobernar la abadía de Maison Dieu en la diócesis de Besançon.

El valle del Claraval era ya pequeño para contener tan crecido número de discípulos; necesario era abrir canales á aquellos caudalosos ríos, para con ellos regar el espacioso campo de la Iglesia, propagando por el mundo sus virtudes.

Del Claraval salieron el año 1118 dos casas, que reprodujeron el espíritu y la imagen de la casa matriz. La primera se estableció á petición de Guillermo de Champeaux, en la diócesis de Chalons, recibiendo el nombre de Trois Fontaine, y Bernardo, con el fin de seguir la costumbre establecida en las reglas cisterciense, envió doce hermanos, cuya dirección encomendó á Roger, hombre de mucha ciencia y piedad, generalmente estimado, y á quien Bernardo había convertido en su primer viaje á Chalons.

La segunda casa atravesó las mismas vicisitudes que la fundación del Claraval. Bernardo envió igual número de monjes, para que en la diócesis D'Autun buscasen un lugar conveniente para la fundación del monasterio. En Fontenai construyeron un santuario, ayudados por los habitantes del país, que dedicaron á la gloria de Jesús Crucificado. Godofredo, uno de los primeros compañeros de San Bernardo, fué el encargado de dirigir la colonia. Este imitador de tan perfecto mo-

delo, dice el cronista, estableció en Fontenai una vida tan igual á la del Claraval, que ninguna diferencia se notaba. El monasterio de Fontenai, semejante al del Claraval, mereció el siguiente calificativo de un gran Papa. «Maravilla del mundo es.»

Guillermo de Champeaux, que había ayudado poderosamente á Bernardo en todas sus empresas, fundó también por sí solo en Paris la célebre abadía de canónigos regulares de San Victor, donde por espacio de algún tiempo se enseñó con gran elocuencia las ciencias sagradas.

Al final del año 1118 el prelado, cargado de días y méritos, pasó á gozar del Señor. Al siguiente año el venerable abad del Cister, San Esteban, convocó en su monasterio á los doce abades de la Orden: Esta asamblea designada en la historia eclesiástica con el nombre de Primer Capitulo General de la Orden del Cister, se reunió con el fin de dar una forma definitiva á los diversos institutos, redactando la Carta de Caridad, célebre después porque fijó las costumbres de los monasterios todos del Cister, trasmitiéndolas intactas á la posteridad.

Estos Capítulos se instituyeron con el fin de estrechar más los lazos de unión y caridad entre las diversas casas de una misma Orden, y fueron tan bien acogidos y adquirieron tanta autoridad,

que aun las más antiguas órdenes siguieron este ejemplo.

Obispos, reyes, emperadores y aun soberanos pontifices, reclamaron la protección de aquellos hijos de Dios, que con justo motivo eran considerados como columnas fuertes de la Iglesia.

Bernardo contaba entonces veinte y ocho á veinte y nueve años: su sabiduría le daba la autoridad de un anciano, y su palabra preponderante brillaba con tanta luz en aquella asamblea de sabios, que desde entonces se le escuchó y consultó como al oráculo del Cister. Su aspiración no se limitaba tan solo á dar gran incremento á su orden, pretendía tambien restituir á la Iglesia el antiguo espíritu monástico, restablecer la santidad de los primeros tiempos, restaurar el edificio social, purificar las costumbres y renovar el mundo entero por la piedad cristiana, formando para conseguirlo, hombres capaces de comunicarse con el espíritu de Dios; este era su intento y el objeto constante de sus más fervientes y santos desvelos.

Tantos trabajos, sin reposo alguno, volvieron á debilitar su delicada salud, y por segunda vez le obligaron á separarse de su querida comunidad, suspendiendo por algún tiempo sus funciones abaciales. Esta interrupción fué para él doloroso sacrificio; veía sus designios, sus trabajos, sus aspi-

raciones paralizadas, obligándole de repente á permanecer en la inacción.

Sin embargo, hasta en la misma enfermedad la Providencia le destinó para un nuevo orden de cosas. Desde el interior de la celda, donde yacia el santo monje, pronto iba á desarrollarse un centro de actividad, cuya esfera, dilatándose de día en día á semejanza de la Iglesia, habia de estenderse por todos los confines del mundo.

CAPÍTULO CUARTO.

Nueva enfermedad de San Bernardo.—Ventajas que sacó de su retiro.

Las enfermedades ordinariamente son para las almas vulgares causa de abatimiento, que entibian ó relajan el sentimiento religioso; lo contrario ocurre con las almas fuertes: estas practican heroicamente la virtud de la paciencia, y dominando las exigencias de la naturaleza, imitan la dulzura y resignación de Aquel que supo sufrir y morir por nosotros.

Nuevamente vióse obligado San Bernardo á separarse de sus hermanos y abstenerse de todo trabajo material, sometiéndose con ejemplar virtud á la situación en que Dios le había colocado.

Considerándose ya inútil para el monasterio, renunció más que nunca á sí mismo, y, llevando

la cruz con santa resignación, preparábase tranquilo á la muerte, en cuyos pensamientos se deleitaba con la esperanza de mejor vida. Todos los días ofrecía á Dios su cuerpo como hostia viva, santa y agradable, como recomienda el apostol, pero mientras más la muerte luchaba con aquel hombre extraordinario arrebatándole su propia vida, el espíritu de Dios aumentaba las fuerzas sobrehumanas de su alma.

Un día, sin embargo, los sufrimientos llegaron á ser tan excesivos, que, no pudiendo soportarlos, encargó á dos hermanos fueran á la iglesia á pedir á Dios algún alivio. Los hermanos compadecidos así lo hicieron, y mientras pedían con abundantes lágrimas y gran fervor de espíritu el restablecimiento de su salud, San Bernardo tuvo una visión que por algún tiempo le hizo permanecer en profundo éxtasis:

La Virgen María acompañada de San Lorenzo y San Benito, bajo cuya advocación había consagrado los dos altares laterales de la iglesia, se presentaron al enfermo. La serenidad de sus semblantes, dice Guillermo de Saint Thierry, era expresión sincera de la paz que en el cielo se disfruta, manifestándose al santo con tanta claridad, que éste no dudó de la verdad. La Virgen Santísima y los Bienaventurados tocaron al paciente, con cuyo contacto :ióse inmediatamente libre del mal que

le aquejaba y la saliva que de continuo arrojaba, de repente se contuvo.

Anteriormente Bernardo había tenido un sueño. Habíase visto trasladado á orillas del mar con objeto de embarcarse; pero inútiles eran los esfuerzos de la barquilla para arribar á la orilla, teniendo que alejarse al fin sin recoger al enfermo. Este sueño, confirmado después por la visión que acabamos de referir, significó al Santo, que el tiempo de salir de este mundo no había llegado aun para él. Sin embargo, la debilidad extrema de su constitución no le permitía entonces volver á tomar la dirección del monasterio, resignándose á vivir en su estrecha celda, colmando de luz divina su inteligencia por medio de la meditación y oración continua.

En ese tiempo compuso un tratado sobre los distintos grados de la humildad, trabajo que le proporcionó grandes penas y amarguras.

En esta su primera obra, San Bernardo presenta la ciencia en una forma olvidada ya en aquellos tiempos; demuestra con gran riqueza de datos que su base principal estriba en las prácticas y virtudes de la vida ascética, cuya opinión se halla justificada con las mismas palabras de Jesucristo.

En la humildad funda sus disertaciones, considerándola de absoluta necesidad para adquirir la verdadera ciencia; y, para demostrar con claridad

sus asertos, la divide en tres distintos grados: el conocimiento de sí mismo, el conocimiento del prójimo y el conocimiento de la verdad, que es Dios.

Expuesta así su doctrina, explica las reciprocas relaciones que guardan entre sí estos distintos grados de humildad, poniendo en contraposición el orgullo, que presenta y divide también en la misma forma, deduciendo con poderosa lógica de todos estos razonamientos la conveniencia de practicar las doce reglas que San Benito impone á su instituto.

Después de esta obra escrita para los monjes, compuso otra, que es una recopilación de las cuatro homilias vulgarmente conocidas con el nombre «*Super misus est*» llamándolas Bernardo, *Alabanzas de María*.

La humildad conviértese en grandeza, el poder en misericordia, los privilegios en munificencia por aquella que es *Madre del Santo de los Santos y Rey de los reyes*. Estos eran los inagotables pensamientos de su constante meditación y santos consuelos. Este opúsculo, producto de un alma amante y tierna, únicamente fué comprendido por los hombres de corazón: los sabios que solo se ocupan de filosofía, no lo entendieron, y la *historia del Cister* refiere las contradicciones y violentos ataques de que fué objeto: hombres que se convierten en severos

jueces de obras ajenas, y sabios de todas clases censuraron este tratado llamado «*Gradibus humilitatis.*» En efecto: entre ellos distinguíase el sabio Hugo de San Victor, justamente célebre por la elevación de sus ideas y vasta erudición; pero este con proceder contrario á los criticos ignorantes, dirigióse á Bernardo pidiéndole explicaciones sobre algunos párrafos que no había comprendido. El santo que hasta entonces había conservado absoluto silencio, únicamente contestó á Hugo en una carta, testimonio de humildad, que se retractaba de algunos trozos de su opúsculo, por no haber copiado literalmente el texto de las Santas Escrituras, declarando también que al hablar de los ángeles había usado expresiones que no están escritas en los libros de los Padres; sin embargo, añade, aunque la explicación dada á los textos sagrados, no sea la literal, no por eso dejan deser lícitos, siempre qué no sean contrarios á su verdadero y exacto sentido y á los dogmas de la fé.

«El santo no tan solo callaba á los rudos ataques que le dirigian, sino que también intercedia en favor de aquellos que le atacaban, escribiendo con este motivo una carta al piadoso Herberto, abad del Capitulo de San Esteban, cuyos fragmentos más principales dicen así:

«Si el hermano Juan, religioso de vuestra comunidad, mal aconsejado escribe en contra mía

«de un modo inconveniente y poco caritativo, más
«daño se hace á sí mismo que á mi; y obrando de
«tal suerte, da á conocer la ligereza de su juicio
«más bien que la frivolidad que me atribuye. Aun-
«que trata de hacerme daño, no le devolveré mal
«por mal, y considerando mi deber antes que su
«falta, os pido humildemente le perdoneis, pues en
«la ocasión presente se ha dejado arrastrar por un
«falso celo, más bien que por mala voluntad. Al
«perdonarle, os recomiendo que le digais que no
«escriba ni discuta sobre lo que está muy por en-
«cima de su inteligencia, porque evidente es que
«el escrito á que me refiero carece del juicio claro y
«práctico que debiera tener.»

A pesar de estas controversias, con las cuales sus enemigos pretendían desprestigiarlo, su nombre adquiría mayor fama cada día, y sus escritos mayor autoridad. El vulgo deseaba conocer al hombre cuyos escritos piadosos y elocuentes escitaban murmuraciones tan inconsideradas, por cuyo motivo una multitud de visitas se sucedían en el Clavaival. Todos, al verle, admiraban al humilde monje que, tan joven aun, había poblado el desierto de ángeles, más bien que de hombres, venerándole como á un santo modelo de religiosos, gloria del sacerdocio y exterminio de la heregia.

Enfermo constantemente vivía en aquella humilde celda, que el obispo de Chalons, le había

mandado construir, y allí, ocupado tan solo de las eternas verdades, haciase accesible á todo el que venia á consultarle, sin distinción de clases, acogéndolos con afecto y amabilidad.

Todos los días recibía nuevos huéspedes ó cartas reclamando estensas respuestas, y aunque algunas veces se lamentaba de tanto trabajo, inmediatamente se reconvenía, diciéndose que el amor divino no puede ni debe estar ocioso; que sacrificar su reposo al bien de los demás es seguir el ejemplo de Jesucristo, y que la caridad, que es ley de Dios, debe ser preferida á las leyes de San Benito.

Una total abnegación y extraordinaria capacidad para desenvolver los más complicados asuntos llevaban á su celda multitud de personas de elevada posición, que le tomaban por árbitro en sus contiendas. Príncipes, prelados, y aun reyes también, acudían á este oráculo de Dios, cuya fama empezaba á extenderse por el mundo como la aurora cuando aparece por la mañana. Toda causa justa, útil y equitativa encontraba apoyo en él excitando su celo y provocando ilimitada abnegación, y, cuando se encargaba en particular de algún asunto, por insignificante que fuera, lo desempeñaba con la mayor actividad. Muy principalmente daba la preferencia á los pecadores, á quienes recibía con sumo interés, exhortándolos, co-

mo San Pabló, en tiempo favorable y adverso con caridad y ardiente celo; siendo su voluntad inflexible y firme como una roca, cuando tropezaba con alguna arbitrariedad ó necesitaba defender los derechos de la inocencia y la justicia. Asi lo confiesa él mismo en una de sus cartas. «Condición de «mi alma es la ternura, decía; pero cuando los «hombres abusan y el bálsamo de la caridad se «derrama inútilmente sobre sus cabezas, remedios «más enérgicos deben aplicarse; si los adversarios «de la verdad y la justicia son obstinados, más de- «bemos serlo nosotros, porque nada hay que no «ceda ante fuerza mayor; y asi lo prometió Dios al «profeta Ezequiel, cuando le dijo: «Mayor firmeza «os daré, que á vuestros enemigos.»

Esta energia, inseparable siempre de una dulzura evangélica, produjeron ópimos frutos. Dos ejemplos solamente citaremos.

El Conde de Champagne Thibault, principe justo y virtuoso, habíase dejado, sin embargo, seducir por falsos consejos, mandando confiscar los bienes de uno de sus vasallos, y, sin querer escuchar su defensa, lo desterró, reduciéndolo á tan grande miseria, que su mujer é hijos se vieron precisados á mendigar; este desgraciado llamado Humberto, en vano recurrió á todos los medios imaginables para desagruar al principe, suplicando entonces la intervenció del Santo Abad.

Muy interesado éste en su favor, rogó á dos prelados se dirigieran al Conde, pero no habiendo conseguido el objeto que se proponían, escribió él mismo en los siguientes términos:

«Mucho os agradezco el interés que habeis tomado durante mi enfermedad, porque el amor á Dios es sin duda la causa; y sorpresa grande sería para mí, si, amando á Dios como le amais y á mí por Él, me rehusárais la gracia que pretendo.

«En verdad que si solicitase de vos plata, oro ó cualquier otro favor, no me lo negaríais, porque muchas veces me lo habeis prodigado. ¿Por qué, pues, habríais de rehusarme ahora la gracia que deseo, y que redunda en provecho vuestro más que en el mio? ¿Ignorais que Dios ha dicho *«Tiempo vendrá en que juzgue á la justicia misma.»* *«Con el rasero que midiereis medidos seréis vosotros?»* *«¿Crecis, por ventura, que es más fácil á un príncipe de la tierra arrebatar los bienes de sus súbditos que á Dios despojar de la soberanía á los príncipes?»*

Satisfactorio é inmediato resultado produjo esta carta: el Conde de Champagne estudió por sí mismo el asunto, ordenando fuese rehabilitado Humberto en sus derechos; pero algunos consejeros interesados en sostener el primer acuerdo, opusieron á la ejecución de la segunda sentencia, obligando á Bernardo á escribir otra vez al Conde en estos términos: «¿Quién es el consejero infiel que

«intenta así desviaros de la justicia? Quien quiera
«que sea es un falso amigo é interesado cortesano,
«que sacrifica vuestra gloria á su conveniencia
«propia.

«Por la misericordia de Dios, os ruego, que el
«impio no prevalezca contra la aflicción del pobre,
«y que inmediatamente devolvais á la mujer é hijos
«del desgraciado Humberto los bienes que le han
«sido confiscados.»

Terminado este asunto satisfactoriamente, el
Abad del Claraval volvió á reclamar justicia del
Conde de Champagne.

«Pocos dias hace, escribe, tuvo lugar un duelo
«en presencia del prefecto de Bar; el vencido, por
«orden vuestra, fué sentenciado á perder la vista; y
«como si no fueran bastantes desdichas su derrota
«y el haberse quedado ciego, vuestros oficiales se
«han apoderado de sus tierras. En vuestra justicia
«y caridad está, el concederle medios con que sus-
«tentar esa miserable vida, pues la falta de los pa-
«dres no debe imputarse á los hijos, ni mucho me-
«nos por su causa despojarlos de legítimos patri-
«monios.»

El lenguaje que usaba en favor de los oprimidos
era tan justo, lleno de santa osadía y profunda dul-
zura, que se le escuchaba siempre como hombre
inspirado por Dios. El joven monje conservaba de
sus primeros tiempos tan buena educación, distin-

guidos modales y exquisita delicadeza en su proceder, que estas condiciones, unidas á las extraordinarias dotes de su inteligencia, cautivaban espontáneamente las almas. Sus miradas, movimientos y palabras todas imprimían tanta gracia y dignidad en su persona, que obraba multitud de conversiones.

Un antiguo escritor refiere que constantemente prodigaba consuelos al desgraciado, socorros al pobre, ayuda á los necesitados y remedio á todas clases de males.

Tantas virtudes y eminentes cualidades consagradas á la Iglesia, no pudieron permanecer mucho tiempo ocultas. Estendióse su fama por el universo, y en la época presente su nombre aparece como astro luminoso en el horizonte de su siglo.

En su correspondencia constan las relaciones que existían entre él y los más notables personajes de su época en distintas naciones. Multitud de ilustres extranjeros llegaban al Claraval, á imitación de la Tierra Santa, impulsados por un sentimiento de piedad ó curiosidad, contemplando en el seno de la Francia las antiguas maravillas del desierto.

Además de estos ejemplos de edificación, hablábase de muchos milagros que el servidor de Dios había obrado, citándose el ejemplo de un niño que, con el brazo paralizado y la mano seca,

le habian presentado en deplorable estado; el santo hizo sobre él la señal de la cruz, oró breve rato y le devolvió á su madre completamente sano. Otra cura no menos extraordinaria fué la de un rico llamado Humberto, el que, después se hizo religioso, y fué nombrado abad del monasterio de Igny en la diócesis de Rems. Este señor á quien Bernardo profesaba extraordinario afecto, hallábase enfermo de epilepsia, tan gravemente, que hasta siete ataques le acometian al dia; el santo rogó por el que tanto amaba, y en el mismo instante quedó libre del mal, que todos consideraban incurable.

También se refiere, que, estando en Laón el dia que consagraron la iglesia del nuevo monasterio, esta se vió de repente invadida por una multitud de moscas, que con su agitación y murmullo turbaban el fervor del oficio divino, y no disponiendo de medios humanos que pudiera librarlos de aquella plaga de insectos, Bernardo gritó «Excommunico eas.» Al dia siguiente las encontraron todas muertas, y el número era tan fabuloso, que ennegrecian el suelo, teniendo que extraerlas de allí con palas, añadiendo un cronista, que este milagro de la «maldición de las moscas de Foigny» se hizo tan célebre, que ha llegado á la posteridad convertido en proverbio.

Al dirigirse varios caballeros á un torneo, pa-

saron por el Claraval pidiendo hospitalidad: ocurría esto al terminar la cuaresma, y el santo Abad, al cumplir con los deberes hospitalarios, no les ocultaba la pena que le causaba ver á jóvenes que profesaban la religión Católica ocuparse de asuntos tan frívolos, durante el tiempo que la Iglesia gime y ordena vigiliias y penitencias. «Solo una «tregua os pido: aplazad vuestro viaje hasta después de la cuaresma,» les dijo: pero impacientes los jóvenes por asistir al torneo, no tuvieron valor para demorar la fiesta. «Puesto que no queréis «oirme, Dios me concederá lo que vosotros me negáis,» é inmediatamente les dió de beber, bendiciendo antes las copas y diciéndoles: «Bebed por «la salud de vuestras almas.» Hiciéronlo así, emprendiendo inmediatamente después el camino.

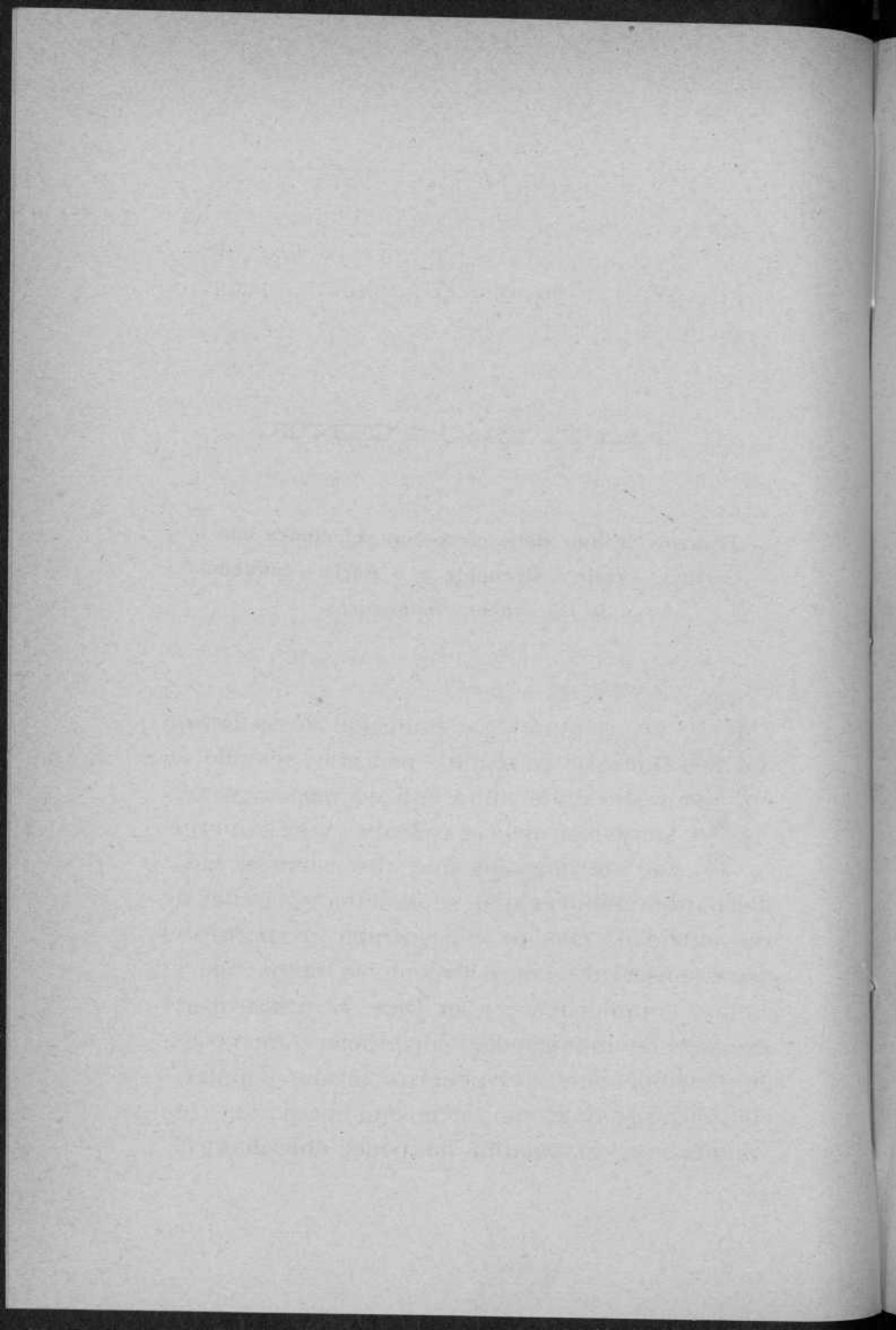
Muy poco habían andado cuando sintieron agitarse sus conciencias, y no pudiendo contener tanta emoción, comunicáronselas unos á otros. Lo que habían visto y oído en el Claraval impreso estaba en sus almas, y derramando lágrimas de ternura y compunción, comparaban la nulidad de su existencia con la vida seria y penitente de aquellos verdaderos cristianos.

De común acuerdo, todos volvieron atrás, é inflamados en santos deseos se despojaron de sus armaduras y ricos trajes, arrojándose á los piés de Bernardo para consagrarse á Dios, dedicando

el resto de sus días á servir á Jesucristo.

Algunos, añade el cronista, militan en el día de hoy en el campo de la Iglesia; pero otros, despojados ya del cuerpo mortal, reinan con Jesucristo en el Cielo. (1)

(1) Guill. Cap. XI. número 55, p. 1099.



CAPÍTULO QUINTO

Trabajos de San Bernardo.—Sus relaciones con la Cartuja.—Viaje á Grenoble y á París.—Influencia de las órdenes monásticas.



Dulce y humilde á imitación de su Divino Maestro; tranquilo, paciente, sencillo en medio de la atmósfera de respeto y consideración que le rodeaba, y de la multitud de negocios que absorbían su vida, Bernardo, mientras más se dilataba el círculo de su actividad, más se concentraba en sí mismo para conservar viva y ardiente la llama que le unía y comunicaba con su Dios. El amor, á semejanza de un hogar lleno de gracias y mercedes, le precabía contra los peligros de una popularidad siempre creciente, al mismo tiempo que comunicaba á su palabra un poder sobrenatural.

Como fecundos olivos, sus discípulos poblaban el valle de Claraval, sazonzando sus frutos en austera santidad.

A pesar de haber dado mayor extensión al edificio, aún era pequeño para albergar á los setecientos novicios (1) que se reunían entonces allí siendo preciso que los profesos permaneciesen fuera de la iglesia durante el oficio. Tan prodigiosas bendiciones necesariamente tuvieron que ser conocidas por el mundo. De todas partes reclamaban religiosos formados en la escuela de San Bernardo, y las más apartadas provincias se consideraban felices, cuando conseguían uno de estos hombres ricos en virtudes, y dotado de aquella gracia de atracción, que hacía descender á la tierra los dones del cielo.

En París, Chalons, Mayensa, Liege y demás poblaciones francesas, así como en Flandes, Alemania, Italia y hasta la Guyena, poseían casas procedentes del Claraval; y desde el año 1122 San Bernardo recorría aquellas distintas comarcas, formando colonias, y uniéndolas entre sí con cristiana fraternidad. No pueden leerse con indiferencia los sábios consejos y santas instrucciones, que por escrito y de viva voz prodigaba á los nuevos abades.

(1) Gaudf. vist. S. Bern. lib. V. número 20.

«Los que pretenden inspirar á sus subordinados terror, más bien que amor, atiendan á las palabras del Salmista: *«Instruïos jueces de la tierra!»* (1) aprended que debéis ser madres y no maestros de los que están bajo vuestra dirección. «Estudiad el modo de ser amados y no temidos, y si alguna vez castigáis, que vuestro rigor sea paternal; pero de ningún modo cruel ni arbitrario: mostraos madres acariciando, y padres corrigiendo: renunciad á la dureza y diferid cuanto podáis el castigo. ¿Por qué habéis de hacer pesando el yugo de los que dirigís? ¿Por qué el pequeño mordido por la serpiente huye del médico en vez de recurrir á él con confianza de hijo? *«Hermanos míos, dice el Apostol, si alguno se encuentra manchado por la culpa, vosotros, que sois padres, levantadle con amor, y reflexionad sobre vuestra propia flaqueza; y si por culpa vuestra el impío muere en la iniquidad, responsable sereis vosotros de su alma.»* (2)

Lejos de debilitar su salud con tanta actividad, un vigor sobrenatural le sostenía; era el alma y el centro de la Orden del Cister; y usando de la expresión de uno de sus contemporáneos, diremos que, así como las corrientes de los caudalosos rios vuelven al mar, de donde proceden, del mismo

(1) Ps. II.

(2) Cant. cant. serm. XXIII.—Ad. Ga. I VL.—Ezech., III.

modo todos los sucesos favorables y adversos que ocurrían á sus hijos volvían á él sucesivamente.

A pesar de los continuos trabajos, viajes y vasta correspondencia que sostenía con las distintas casas de la Orden, prelados que reclamaban sus consejos, sábios que exponían sus dificultades y multitud de personas que le revelaban sus conciencias; aún tenía tiempo para escribir obras, que enviaba á sus amigos con objeto de alentarlos en la piedad.

En estos escritos, ingénua expresión de las íntimas aspiraciones de su alma, debe estudiarse el temple de su espíritu. Citaremos aquí la carta que escribió (1122) á los religiosos de la Cartuja cerca de Grenoble. En ella admiramos una serenidad extraordinaria en medio de sus penosísimos trabajos, á la vez que una sublime elevación en su vida contemplativa. La mucha extensión de esta carta nos obliga á dar solo un ligero compendio.

«El hermano Bernardo del Claraval desea salud eterna á sus reverendos padres y queridos amigos, Giugnes prior de la Cartuja y demás santos religiosos de su comunidad.

«Vuestra carta me ha causado tanta mayor alegría, cuanto que hace tiempo deseaba recibir noticias tuyas. Ardiente fuego, á semejanza del rayo de divina llama que Jesucristo comunicó á los

«hombres, prendia en mi alma á medida que adelantaba en su lectura.

«¡Qué abrasadora debe ser la caridad que consume vuestros corazones, cuando tan viva llama despide!

«¡Benditos seais del Señor, por vuestra bondad en haber sido los primeros en dirigiros á mí: ¡já más me habría atrevido á hacerlo, por grande que fuera mi desco, temiendo turbar el santo reposo que os rodea, interrumpir vuestras secretas comunicaciones con Dios, y distraer en fin con inútiles palabras oídos atentos siempre á la voz del cielo..... Pero la caridad, mas osada que yo, es la madre de afectuosa amistad, y cuando llama no debemos temer su importunidad. ¡Cuán grande es mi contento por haber visitado vuestras montañas, y cuan ventajoso ha sido este viaje para mí! Si, recordaré siempre como una de mis mayores alegrías esa agradable visita, haciendo memoria eterna del día en que fui partícipe de vuestra amistad.»

El abad del Claraval, despues de este cariñoso preámbulo, habla elocuentemente sobre los distintos grados del amor divino.

«*Dios es amor*, dice San Juan (1). «El amor es la ley que ha creado, ordenado y gobernado,

(1) Joan., IV, 16.

«el universo entero; nada existe sin leyes, ni aún
«aquella de la cual me ocupo, que siendo increada
«como es, recibe de ella misma su inspiración.

«El esclavo y mercenario obedecen á una ley,
«que difiere en mucho de la que es divina; aquel no
«ama á Dios, y este ama otra cosa mas que á Dios:
«el uno y el otro crean para si una ley que les es
«propia sin poderla, no obstante eximir del orden
«comun é inmutable establecido por Dios; preten-
«den imitar al Criador siguiendo sus leyes; pero en
«el interior no reconocen otra regla de conducta
«mas que su propio capricho. Pesado é insoporta-
«ble es, sin embargo, ese yugo, porque es conse-
«cuencia de la ley divina, que todo aquel que re-
«husa someterse á ella conviértese en tirano de si
«propio. El que sacuda el yugo del amor divino,
«necesariamente caerá bajo el peso abrumador
«del amor á si mismo.»

«Sin embargo, como somos carnales y nacidos
«de la concupiscencia, inevitable es que por nues-
«tra carne comience nuestro amor. Pero dirigido
«este con orden, y purificado con la gracia, se
«eleva atravesando por distintos grados, hasta al-
«canzar la perfección...

«El hombre primeramente empieza por amar-
«se, porque es carnal y fuera de si nada le agrada;
«pero, viendo su pequeñez, acude á Dios y le bus-
«ca en la fé como medio de satisfacer sus necesi-

»dades, entonces ya se ocupa de Él constantemente en sus pensamientos, meditaciones, lecturas y comunicación íntima, si me es permitido hablar así, y conociéndolo mejor, aprende á amarle más; y hé aquí el tercer grado, dentro del cual se ama á Dios, no por lo que al individuo se refiere, sino exclusivamente por lo que á Él concierne. El cuarto grado llegará cuando el alma fiel sea introducida en la mansión celestial, y, embriagada en castas delicias, viva en inefable contemplación y unida á su Dios.» (1)

Para conservar Bernardo las relaciones íntimas de fraternidad y estima que le unían con los religiosos Cartujos, no consideraba bastante una sencilla comunicación epistolar. Este instituto se había fundado algunos años antes que el del Cister, llevando una vida análoga y luchando ambos en la soledad con grandes persecuciones y sufrimientos. San Bernardo, por esta causa, muy principalmente, profesaba particular afecto á los discípulos de San Bruno, así fué, que el año 1123, no pudiendo resistir á las reiteradas invitaciones que le hacían, aprovechó un viaje que los intereses de su Orden exigían, para trasladarse á Grenoble, donde el obispo de Hugues que gobernaba aquella dió-

(1) Op. S. Bern. Epist. XI.—Esta carta fué dirigida á Guignes quinto abad de la Orden de la Cartuja el que murió año 1137, cincuenta y tres años después de la fundación de la órden.

cesis le recibió como á enviado del cielo. Este prelado, venerable por su mucha santidad y extremada vejez, se arrodilló delante del abad del Clavaval, que tenía á la sazón treinta y dos años, «y estos dos hijos de la luz, dice el cronista, no formaron desde entonces mas que un solo corazón, siendo el amor á Jesucristo el indisoluble lazo que los unió estrechamente durante toda la vida. Los dos experimentaron en sus almas el mismo sentimiento que la reina de Sabá, cuando admiraba la sabiduría de Salomón: ambos quedaron sorprendidos al encontrarse con más santidad de lo que la fama publicaba.» (1)

El servidor de Dios acompañado de algunos monjes subió al fin aquellas encrespadas montañas, hasta llegar á la cima donde los cartujos habian implantado la cruz. Su visita dejó tan profunda impresión, que á pesar del tiempo trascurrido, permanece vivo su recuerdo, sin que los siglos hayan podido borrar sus huellas. (2)

Con motivo de esta memorable visita, las cró-

(1) Guill., lib. III, cap. I. Hist. Cister, vol. III, ch. VII p. 251.

(2) Con motivo de un viage que tuvimos la suerte de hacer á la gran Cartuja, cerca de Grenoble, podemos comprobar este hecho; imposible es pasar allí algunos días sin oír hablar de San Bernardo y los detalles que se refieren á su visita, diríase que estos piadosos solitarios, que acogen al viagero con tanta caridad como afabilidad son los mismos que recibieron á San Bernardo en el siglo XII. Hombres y cosas existen en la iglesia que jamás cambian; parece que pertenecen á la ley inmutable de la eternidad.

nicas refieren una interesante anécdota. Un monje cartujo, y se dice que fué el prior, se escandalizó al ver la lujosa cabalgadura que montaba San Bernardo. En efecto, este llegó sobre un caballo ricamente enjaezado, y no pudiendo comprender que un religioso, que profesaba la mayor pobreza monástica y, era tan santo, se presentase con tanto lujo, sin disimular tan penosa impresión, se la comunicó á un monje que acompañaba á San Bernardo; enterado el Santo Abad del Claraval, quiso inmediatamente ver la cabalgadura, confesando ingénuamente que, sin mirarla, la había aceptado tal como se la habían ofrecido los monjes de Cluni.

Esta sencilla esplicación que demuestra hasta el extremo que el servidor de Jesucristo mortificaba sus sentidos, agradó mucho á los monjes, y fué motivo para ellos de grande edificación.

En la misma época, á principios del año 1123, Bernardo hizo su primer viaje á París con objeto de ventilar algunos asuntos de su Orden. Recien llegado á la capital del reino, donde su nombre gozaba ya de gran reputación, fué invitado á una de las academias de teología; aceptó la invitación y, debiendo hablar ante una numerosa concurrencia, se preparó cuidadosamente, pronunciando una erudita disertación sobre varios puntos de controversia filosófica; pero permaneciendo fría é

indiferente al terminar su discurso, aquella docta asamblea, Bernardo confundido se retiró á su celda lamentando la decepción.

Al día siguiente presentose en el mismo lugar; pero esta vez cuenta el analista que el Espiritu Santo habló por su boca, y que el discurso que pronunció causó tanta sensación, que muchos eclesiásticos vivamente impresionados, se pusieron bajo su dirección, siguiéndole al Claraval.

Bernardo, despues de haber alcanzado abundante fruto, volvió al monasterio tomando inmediatamente su dirección, dedicándose con el ejemplo más aún que con la palabra á instruir á sus hermanos y perfeccionarlos en virtud. No por dedicarse á ellos con gran celo descuidaba las necesidades del país. Una gran sequedad seguida de espantosa escasez, desolaba la Borgoña como á toda la Francia, y los pueblos, siempre crueles cuando el hambre azota, se agitaban profiriendo amenazas. En esta aflictiva situación Dios renovó en el Claraval los prodigios que otras veces había obrado en Egipto, convirtiendo el monasterio en abundante granero de toda la Borgoña: leemos que San Bernardo acogió hasta tres mil pobres que señaló con un signo particular (*accepit sub signaculo*), comprometiéndose á mantenerlos todo el tiempo que duró la calamidad; otros conventos imitaron este ejemplo, facilitando de este modo ex-

traordinarios recursos á la provincia. (1)

Este era el uso que en los monasterios se hacía de las riquezas acumuladas por un asiduo trabajo. La Religión, que se da toda á todos, administraba la fortuna pública de los pueblos, devolviendo en usufructo lo que recogía en capitales; recibiendo lo supérfluo del rico para atender á las necesidades del pobre y debido á esas instituciones monásticas el pauperismo no era en aquellos piadosos tiempos lo que es en nuestros días.

Además, estos beneficios, no eran sino una parte accesoria, por decirlo así, de los bienes que á la sociedad reportaba. Innumerables eran las ventajas que estos centros de religión proporcionaban al país, trabajando tierras incultas, organizando obras piadosas, dando impulso á la agricultura, á las artes, á la ciencia, á las letras y á todo el organismo social, extendiendo un espíritu civilizador sobre los pueblos que alrededor de los conventos se aglomeraban, y despidiendo bendiciones y prosperidad por todo el país. Las órdenes religiosas, especialmente la de San Benito, no tan solo han contribuido á moralizar las costumbres de los pueblos, sino que, propagando el cristianismo, han servido de modelo también para la organización de los estados modernos; sus reglas, sus gerar-

(1) Joan. Erenit., vit. Bern, lib. II, número 6 apud Mabillon.

quias, su disciplina y perfecto régimen interior han suministrado á diversas constituciones tipos, fundados todos, en las leyes de la Iglesia. Las sociedades, como los individuos, pueden aplicarse esta palabra del Evangelio: «Buscad primero el reino de Dios y el resto se os dará por añadidura.»

Entre los muchos servicios que prestaban á la humanidad recordamos uno, que se refiere á una cuestión muy discutida en nuestros días, recordando tambien un rasgo de la vida de San Bernardo.

Los monasterios tan dignos de nuestra admiración ejercían influencia muy directa sobre el sistema penitenciario. Convencidos estaban sobre la verdadera misión de las casas de corrección, donde debe encerrarse á los criminales no tan solo para impedir el daño que causan á la sociedad, sino muy principalmente para someterlos á la acción regeneradora de nuestra religión, única que puede corregir las costumbres transformando el corazón; esto explica la facilidad con que se concedía á los religiosos el perdón de un condenado, imponiéndole tan solo la condición, de que habian de residir en los conventos bajo la inmediata responsabilidad de los monjes. San Bernardo muy especialmente se interesaba por estas obras de misericordia, consiguiendo admirables resultados. Dirigiase un dia á casa del conde de

Chambord, encontrando en su camino un malhechor que llevaban al suplicio. Bernardo compadecido se precipitó entre la multitud, y cogiendo el cordel que sugetaba al criminal, dijo: «Confíadme este hombre, quiero ahorcarlo por mis propias manos,» y sin soltar la cuerda lo condujo al palacio del Conde. Al verle el príncipe, sorprendido exclamó: «pero, Padre, qué haceis? No sabeis que ese hombre es un infame que ha merecido mil veces el infierno? Pretendeis salvar á un demonio? No, Príncipe, no vengo á suplicar la impunidad; este hombre iba á expiar sus crímenes con una muerte pronta, y yo pido para él los tormentos de la cruz y un suplicio que dure el resto de sus días.» El Príncipe no contestó y entonces Bernardo quitándose su túnica vistió con ella al condenado, llevándosele al monasterio donde el lobo se convirtió en mansa oveja, dice el cronista: Llamose Constantino por su perseverancia en practicar las severas penitencias de la orden durante los treinta años que vivió en ella, terminando sus dias en el Claraval y siendo su muerte la de un justo. Transformaciones como esta no eran extrañas en aquellos tiempos. Las órdenes religiosas que han civilizado al mundo, componen su organismo de tan diversos y heterogéneos elementos que encierran en su seno lo más selecto y abyecto, como lo mas puro é innoble que constituyen

las sociedades humanas. Los conventos eran sagrados asilos y ciudadelas de refugio donde se retiraban aquellos que el mundo rechazaba.

Todos reunidos envolvíanse en las tinieblas de la muerte para resucitar á una nueva vida dando cumplimiento á las palabras del Profeta. «El lobo y el cordero habitarán reunidos. El leopardo reposará al lado del ciervo, el becerro, el leon y la oveja vivirán juntos, y todos serán conducidos por un pequeñuelo.»

CAPÍTULO SESTO.

Celo de San Bernardo por regenerar las costumbres
del clero y reformar el espíritu religioso.



En toda institución humana el mal reside inmediato al bien: el uno contribuye á la manifestación del otro, de tal modo, que el bien se purifica despojándose del mal, como el mal se acumula cuando el bien se separa; así como en las funciones digestivas las sustancias más puras se asimilan en nuestro interior para la conservación de las fuerzas vitales, abandonando á la tierra la parte grosera é inútil que de ella tomaron, así también la obra del cristianismo en sus vías de purificación separa los diversos elementos que entran en su formación interna, y mientras que las almas santificadas se elevan al cielo, el mundo se apodera de las formas

muertas, ó sea de la parte material que llamamos cuerpo.

De aquí provienen las vicisitudes que atraviesan las órdenes religiosas; las alternativas de gloria y decadencia que sufre la Iglesia y la necesidad también de reformar la faz de las instituciones monásticas y sociales.

No obstante los poderosos esfuerzos que desde San Gregorio VII los soberanos pontífices venían haciendo para regenerar la Iglesia, aún no habían podido remediar abusos tan inveterados. El clero perdía la estimación en la sociedad por su excesiva codicia: las ambiciones, las turbulencias, las riquezas acumuladas de antiguo, habían entibiado en las casas de religión su primitivo fervor y espiritual brillantez.

Ya lo hemos dicho; la opulenta orden de Cluni, cuyas ramas estendíanse por todo el mundo, ofrecía en el siglo XII esta lamentable decadencia; y siendo esta orden como semillero de dignidades eclesiásticas, los monjes frecuentemente llevaban un lujo excesivo hasta los tronos episcopales. Este pernicioso abuso provocaba murmullos en el pueblo y lamentaciones en los hombres de recta conciencia; pero toda tentativa de reforma se estrellaba ante la resistencia de los que no querían seguirla, resultando de aquí un funestísimo alarde de pasiones venales, que disputaban el triunfo

á las verdaderas virtudes, haciéndolas motivo de burla y sarcasmo.

Con espíritu de blandura á veces, y otras empuñando el látigo de implacable severidad, San Bernardo perseguía, amenazaba, conjuraba con el fin de restablecer la antigua disciplina, consiguiendo éxito lisonjero y conversiones importantes, que prometían grandes y trascendentales reformas. Su epístola á los religiosos del convento de Santa Maria de los Alpes demuestra el estímulo que presentaba á los que admitían reformas tan reclamadas por la necesidad de los tiempos. Por otra parte enseña tan profundas lecciones, que conviene conozcan por igual los cristianos del mundo como los que viven en la soledad del cláustro.

«Al reverendo y venerable padre Guerin, abad
«del monasterio de Santa Maria de los Alpes, y á
«todos los religiosos de ese monasterio, el hermano
«Bernardo los saluda afectuosamente, y se felicita
«por los progresos cada dia mayores que hacen
«en el camino de la perfección.

«En vos, venerable padre, se dá cumplimien-
«to á un oráculo que he leído y meditado en las
«Santas Escrituras. Cuando el hombre cree haber
«llegado á las postrimerias de sus trabajos no ha-
«ce mas que empezar. (1) En verdad que vuestra

(1) Eccli, XVIII.

«avanzada edad y continuos trabajos exigen reposo y tranquilidad; pero no sucede así: semejante á un soldado de Cristo, nuevamente afiliado al estandarte de la Cruz, os disponéis para nuevas campañas, buscando enemigos á quienes abatir, y aunque abrumado os veis por el peso de los años, provocais á vuestro adversario, tantas veces vencido, para que vuelva al campo de batalla.

«En efecto, con proceder contrario al de vuestros antecesores, renunciáis á los beneficios anejos á vuestro cargo, destruis las sinagogas de Sathanás, aludo á esas celdas donde tres ó cuatro monjes se retiran para vivir en particular sin mas regla ni disciplina que su propia voluntad. Prohibis también la entrada en vuestro monasterio á las mujeres, y haceis renacer con ardiente celo los santos ejercicios de la vida monástica. ¿Qué dirá el primer padre de los pecadores? rechinará de dientes, se encolerizará, se desesperará....

«En cuanto á vos, reverendo padre, con el corazón lleno de celestial consuelo cantareis para gloria de Dios.» Señor, los que os temen me considerarán y colmarán de alegría; pues ellos sabrán que en vano no esperé en vuestras promesas.» (1).

(1) Ps. CXVIII.

«¿Quién temerá que el anciano que tan valien-
«tamente ha triunfado sobre sí mismo pueda ser
«vencido por el demonio? Su intrépido valor do-
«minará las flaquezas de la edad. Falto de vigor
«su cuerpo, rijidos y débiles sus miembros, sin
«calor su sangre quizás, su alma se abrasará en
«inmortal llama y su espíritu superabundante
«de juventud realizará los generosos pensamien-
«tos que á su mente surjan; nada de esto causa-
«rá extrañeza. ¿Por qué pues escatimar los medios
«cuando se trata de edificar un espléndido palacio
«en la eternidad? Digamos con el Apóstol: «Sabe-
«mos que si esta casa que habitamos fabricada de
«tierra y polvo llega á destruirse, Dios nos dará
«otra en el cielo, que no será construida por mano
«de hombre, y que durará eternamente.» (1)

«Pero alguien quizás dirá: Si ese hombre muere
«antes de terminar su obra ¿cual será su suerte,
«puesto que aún le quedan muchas cosas por ha-
«cer? Hé aqui nuestra respuesta sin temor de equi-
«vocarnos.» «Consumido de virtud en poco tiem-
«po, llenó el curso de larga vida. (2) ¡Oh! ¡Cuan
«terminantes son estos pensamientos! En efecto; el
«que consigue entrar en la mansión feliz de la
«eternidad ¿no es verdad que aún viviendo poco
«recorrió todos los siglos habidos y por haber? La
«duración de su felicidad no podrá medirse por la

(1) II Cor., V.

(2) Sap., IV.

«brevedad de su vida ni por el curso rápido y circunscripto de algunos años; sino por su ardiente y constante deseo en las buenas obras y firmes propósitos en adelantar por el camino de la virtud. Por esto una vida corta alcanza lo que la brevedad del tiempo no permite realizar y (1) como siempre habría obrado el bien, si su vida se hubiese prolongado, aquella buena voluntad sustituye al tiempo que le faltó. Hé aquí por qué leemos en los libros sagrados. «*La caridad jamás se estingue*» y en otra parte: «*La constancia y la paciencia del pobre nunca se verá frustrada.* (2) *El temor al Señor santo es, y subsistirá siempre por los siglos de los siglos.* (3)

«El hombre justo á imitación de San Pablo, jamás llega al término de sus aspiraciones; nunca dice basta. Por el contrario, una sed de justicia le devora, hasta el extremo que, si eternamente viviera, eternamente se esforzaria cuanto posible le fuera para hacerse mas santo, marchando con todo la energia de su voluntad por el camino de la virtud. En nada se parece al mercenario que se afilia al servicio de su señor por tiempo limitado; sirve á Dios todos los dias de su vida, repitiendo sin cesar: «*No olvidaré jamás vuestros mandatos lle-*

(1) II Cor., XII.

(2) Ps., IX.

(3) Ps., XVIII.

«nos de justicia, porque á ellos debo, Señor, la vida.
«Dirigi mi corazón eternamente al cumplimiento de
«vuestros (1) justos preceptos por la recompensa que
«á ellos otorgais. Ya lo veis; no se trata de un tiem-
«po limitado, sino que el justo desea siempre prac-
«ticar el bién; añadiendo el salmista; *la justicia*
«reside en la eternidad. (2)

«Y en verdad, ¿sería justo que la brevedad del
«tiempo menoscabara el mérito de una virtud cons-
«tantemente practicada? ¿Evita por ventura la bre-
«vedad del tiempo que al réprobo se le condene
«por su obstinación en el mal? El pecado que en
«el tiempo se comete, con suplicio eterno se casti-
«ga, por la perseverancia de la voluntad en obrar
«el mal, resultando de aquí que la mala disposi-
«ción del corazón hace eterno lo que únicamente
«debiera ser temporal y pasajero por la acción: y
«aún digo mas: afirmo que esos hombres quisie-
«ran eternamente vivir para siempre pecar, pu-
«diéndoseles aplicar en sentido contrario las pa-
«labras ya citadas. «Viviendo poco llenaron el cur-
«so de larga vida.» (3) «Inmutables en el deseo
«de pecar ¿no merecen eterno castigo?

«Deduzcamos de estas verdades, que la perfec-
«ción consiste en el deseo de poseerla. Pero si el

(1) Ps., XVIII.

(2) Ps. CXI.

(3) Sap., IV.

«deseo de la perfección es la posesión anticipada
«de ella, no tener ese deseo es renunciar á la per-
«fección. Y ¿quién después de leer esto se atreverá
«á decir: «Llegué al término de mis aspiraciones,
«no quiero ser mejor?; pero ¿no quereis progresar
«en la virtud? ¿quereis entonces retroceder? Ni lo
«uno ni lo otro, se dirá; deseo tan solo permane-
«cer cual soy, no siento deseos de ser mejor y
«esto á la verdad, equivale á un imposible por-
«que si sois sinceros decidme: ¿Qué cosa existe en
«el mundo que sea inmutable? Y no es principal-
«mente por lo que al hombre se refiere que escrito
«está: *«Como sombra desaparece, jamás está en el*
«*mismo estado.* (1)

«Cuando el Criador del hombre, autor del uni-
«verso apareció en la tierra y conversó con los hom-
«bres ¿se le vió por ventura permanecer en el mismo
«estado? La Santa Escritura refiere que iba de un la-
«do á otro, practicando el bien por todas partes, sa-
«nando á los que vivían bajo la férula del demonio;
«(2) y notad que dice, iba de un lado á otro, no sin
«hacer el bien, no con indiferencia y lentitud, sino
«con ardiente celo y santa abnegación, cumpliendo
«con exactitud las siguientes palabras: *«Camina por*
«*su senda con ardor para adelantar como gigante.* (3)

(1) Job., IV.

(2) Act., X.

(3) Ps. XVIII.

«Si deseamos marchar con Jesucristo y llegar don-
«de el Señor llegó, necesitamos avanzar mucho,
«porque ¿de qué nos serviría caminar con Jesús,
«si no llegamos con Él? San Pablo con este motivo
«nos exhorta diciéndonos: «Corred de tal suerte
«que alcanceis la corona, porque la corona tras la
«cual corremos incorruptible és. (1)

«¡Oh! Cristianos! No pongais á vuestra carre-
«ra espiritual otros límites, que los que Jesucristo
«estableció á la suya en la tierra. «Obediente fué, di-
«ce el apóstol hasta la muerte. (2) Cualquiera que
«sea el camino que emprendais durante vuestra
«vida, si no llegais al término, no obtendreis el
«premio: Si os deteneis mientras que Jesucristo
«continúa, en vez de acercaros á Él, os alejareis;
«y temamos entonces la amenaza de David cuan-
«do dice: *Perecerán, Señor, los que se alejan de*
«*Vos.*» (3)

«Por lo tanto, si correr tras el bien es practi-
«car la perfección, renunciar á ella es dejar de
«adelantar en el bien; y no querer adelantar es
«retroceder, es volver la cara atrás.....

«Jacob vió una escala y sobre ella una multi-
«tud de ángeles, pero ninguno de estos espíritus
«celestes detenía su carrera; muy por el contra-

(1) Cor., IX.

(2) Philipp., II.

(3) Gen., XXXIII.

«rio, todos estaban continuamente en movimien-
«to bajando unos mientras otros subían.

«Hé aquí una enseñanza para nuestra vida
«mortal. En efecto, donde no existe el medio la ga-
«nancia ó la pérdida está en adelantar ó retroce-
«der, subir ó bajar. Así como nuestros cuerpos
«gradualmente aumentan ó disminuyen, del mis-
«mo modo, preciso es, que el alma crezca ó dis-
«minuya en virtud. No obstante, existe una muy
«esencial diferencia entre las causas que produ-
«cen el aumento ó disminución de nuestros cuer-
«pos, y las que constituyen las dos diversas fases
«de nuestro espíritu; porque generalmente obser-
«vamos, que cuando el cuerpo se halla robusto,
«grueso y bien nutrido, el espíritu enflaquece, se
«debilita y está perezoso: y esto es lo que el após-
«tol quiere dar á entender con estas bellas pala-
«bras: *«Cuando me encuentro debil, fuerte estoy: me
«complaceré en mis enfermedades y flaquezas, para que
«el poder de Dios resida en mi.»* (1) ¿Y para qué de-
«tenernos más en comprobar hechos que todos
«los días están á nuestro alcance?»

«¿No sois vos mismo, reverendo Padre, prueba
«fehaciente de esta verdad? Mientras el hombre
«material se destruye, el hombre espiritual se re-
«nueva y perfecciona más y más: y ¿no proviene

(1) II Cor., XII, 9.

«de ese espíritu que todos los días se fortalece en
«vos, ese santo ardor que mostrais por la reforma
«de vuestro monasterio? Así es como el cristiano
«abundará en buenas obras, y será comparado
«con el árbol á orillas de las aguas y cargado de
«óptimos frutos. ¡Oh! Cuan excelentes son sus pri-
«micias. El árbol que produce esos frutos, recta
«voluntad és. Si; á ella se debe el valor que habeis
«mostrado para emprender la reforma de vuestro
«monasterio y el restablecimiento de sus antiguas
«reglas. Manantial que no es puro no podrá se-
«guramente arrojar aguas cristalinas: del mismo
«modo un corazón impuro no producirá obras
«buenas.....

«Hijos dichosos, seguid á vuestro padre con
«amor; sed sus fieles imitadores, como él lo es de
«Jesucristo. Decidle: «corremos tras el olor de vues-
«tros perfumes» (1) porque son los perfumes de Je-
«sús. ¡Con cuanta delicia, vosotros los que tan cerca
«estais de Él, aspirais el aroma vivificador que ese
«hombre de Dios exhala! Pero, que digo ¿ese aro-
«ma no ha penetrado ya hasta el cielo? Los espiri-
«tus celestes, mezclándolo á su propio incienso ¿no
«cantan ya con transportes de alegría. «Qué nube
«es esa que sube del desierto, como vapor aromá-
«tico de mirra y bálsamo odorífico? «Vuestras plan-

(1) Can., I.

«tas formarán un delicioso jardín adornado de flores y toda especie de frutos.» (1) «¡Ah! Él envidioso únicamente cerrará los oídos á estos cánticos de alegría: y en verdad que muy árido debe ser el corazón que no aspira á un olor tan suave y agradable..... al añadir estas últimas palabras declaro que no pretendo aludir á nadie.» (2)

San Bernardo con estas exhortaciones tan penetrantes iniciaba la virtud en los corazones, animando á los que empezaban á practicarla.

Su vehemente solicitud abrazaba todos los puntos de la piedad cristiana. La pureza de costumbres, la exactitud en la disciplina, y la práctica de virtudes evangélicas, era sin duda alguna lo que mas le interesaba; pero no por esto descuidaba la majestad del templo, el respeto debido á la casa de Dios, la solemnidad de las ceremonias, ni cuanto se refiere al servicio del Señor. El culto á sus ojos significaba un lenguaje: las diversas partes que lo constituyen, el canto, las ceremonias sagradas, el orden litúrgico lo mismo que el concurso de las artes, símbolos son de la verdad revelada, y viva expresión del dogma y los misterios de la religión.

En mas de una ocasión veremos á este gran Santo revelarse contra imprudentes innovacio-

(1) Cant., III et IV.

(2) Epist. CCLIII.

nes, que ahogaban el espíritu bajo la forma, y otras por abusos contrarios relegar esas mismas formas externas, con el pretesto de elevar el espíritu.

Por esto, sin prohibir la música en los templos, no quería que excitase demasiado los sentidos, ni que la melodía del canto estuviese en contradicción con la armonía de la oración. Muy explícitamente habla sobre esto. «Deseo, escribe á los religiosos del monasterio de Montier, que las palabras de nuestros himnos inciten á amar la verdad, la justicia, la humildad, la mortificación el fervor... pero en lo que concierne á la música, debe acompañar al canto de un modo dulce á la vez que grave, de manera que sus modulaciones no cautiven el oído, mas que para iniciar la piedad en el corazón. La música entonces presta alas á las palabras cantadas, comunica paz al espíritu y se confunde con la oración, sin menoscabar su significado. Porque se privan de grandes beneficios; mayores de lo que suponen, cuando el ruido harmónico del canto absorbe el sentido de las palabras, dejándose llevar más por la variedad de los sonidos, que por la verdad que encierran aquellos tonos.» (1)

El santo Abad del Claraval, impelido por un

(1) Epist. CCCXCI.

ardiente celo que recibia de Dios, acudia á todas partes con cariñosa solicitud ó con severa justicia, según las necesidades lo reclamaban. Parecía que con la mayor exactitud realizaba la misión dada por San Pablo á su discípulo Timoteo. «Apremiad á los hombres en tiempo favorable y adverso; reprended, suplicad, amenazad, sin que jamás os causeis de tolerarlos é instruirlos.» (1)

Este celo apostólico lo manifestaba más ostensiblemente respecto á los monjes de Cluni. Esta congregación visiblemente en decadencia, y para la cual la santidad de los monjes del Claraval era una perpétua acusación, hacia sorda guerra á Bernardo y los suyos, propagando las más extrañas calumnias contra ellos.

Pedro el Venerable, nuevo abad de Cluni, desaprobaba ciertamente esta conducta; pero ni con ser amigo de Bernardo pudo evitar una ruptura pública. Una circunstancia particular la hizo al fin estallar, obligando al abad del Claraval á descubrir á la faz de la Iglesia los desórdenes del monasterio de Cluni; y lo hizo con valor tan audaz que sorprendió el mundo, porque hasta entonces nadie habia osado atacar de frente una orden, cuyo poder era generalmente temido.

La desobediencia de dos monjes, que abando-


(1) II Tim., IV, 2.

naron el Claraval para entrar en Cluni, dió motivo á esta órden para hacer pública su actitud hostil. Acusaron á los religiosos del Claraval de que se conducian como fariseos y no como verdaderos cristianos; que hacian impracticables las reglas de San Benito y que trataban con altanería á los religiosos de otros conventos. El Abad del Claraval, apremiado por Guillermo de Saint Thierry, se decidió á hacer pública esta cuestión, escribiendo una muy lucida y enérgica justificación, dirigida á Guillermo con el nombre de «Apología.» (1)

(1) Apologia ad quemdam amicum nostrum.

CAPÍTULO SÉPTIMO

San Bernardo censura los desórdenes de Cluni.—Conversión de Ombelina.—Muerte de Gauldri.

n el opúsculo, que el santo abad del Claval dirige á los monjes de Cluni, manifiesta con tanta sinceridad las costumbres de su siglo, que consideramos interesante copiar los párrafos más principales. Empieza por excusar á sus religiosos de las calumnias que contra ellos fulminaban.

«De qué nos serviría, dice, ser austeros en «nuestro modo de vivir, sencillos en el vestir, mortificados con ayunos, trabajos y vigias, si con «vanidad farisáica menospreciamos á los demás? «á no ser que todas esas obras las practicásemos «exclusivamente por agradar á los hombres, en

«cuyo caso la recompensa tan solo en este mundo
«la recibiríamos.

«Si únicamente esperásemos de Jesucristo la
«vida actual, dice San Pablo, ¿no seríamos los más
«insensatos de los hombres? y ¿no es esperar de
«Jesucristo la vida presente nada mas, buscar en
«su santo servicio una gloria exclusivamente tem-
«poral?

«Insensatos ciertamente seríamos si, mortifi-
«cando nuestros cuerpos para no ser como los
«demás hombres, acumulásemos méritos para mé-
«recer mayor castigo. Y ¿no sería mas lógico ca-
«minar hácia el infierno por otra senda más fácil
«y suave que esta que atravesamos, llena de es-
«pinas y mortificaciones? Desgraciados, si, mil
«veces desgraciados los pobres con soberbia, los
«que llevando la cruz de Cristo, no le siguen; los
«que, sufriendo por Jesús, no son humildes como
«Él!... La humildad desaparece con la caridad,
«juzgando mal á sus hermanos, murmurando del
«prójimo y rebajando el mérito de los demás con
«el fin de elevar el suyo propio.» (1)

A continuación indica los vicios que domina-
ban en los conventos ya degenerados, y el relaja-
miento á que habia llegado la antigua disci-
plina. (2)

(1) Apol., cap. I.

(2) Idem, cap. VII.

«Tamaños abusos ¿cómo han podido introducirse en los monasterios? Cómo consentir entre religiosos tan lamentable intemperancia en el comer, tanto lujo en el vestir, envolturas de camas, carruajes, caballos y aún en la construcción de los edificios? Y, ¡cosa increíble! Mientras más se multiplican y refinan los excesos, más se proclama la prosperidad de la orden. La economía se interpreta de avaricia, la sobriedad de rusticidad, el silencio de melancolía, llamando por el contrario á la prostitución sabiduría, al exceso liberalidad, á los pasatiempos ociosos cortesía y gozo, y alegría al sarcasmo y la burla.... Los gastos supérfluos permitense con el nombre de caridad; pero esta caridad, que es falsa, destruye la verdadera, como la sabiduría humana pretende destruir la que es divina... En efecto; no puede calificarse de prudente la sabiduría que aconseja amar la materia y abandonar el espíritu; la que todo lo dá al cuerpo y nada al alma.... No, repito; no es sabiduría ni prudencia, sino imprudencia suma, la que alimenta las pasiones de sensualidad y concupiscencia, sin ocuparse jamás de adquirir la virtud...» (1)

Después de referir estos detalles, el Santo pasa á examinar otros no menos curiosos:

(1) Apol., cap. XI.

«Cómo habian de imaginarse los hombres de
«otros tiempos, que en los días más hermosos de
«la primavera monástica habría de prostituirse el
«fervor religioso? ¡Cuánta diferencia con la época
«de San Antonio! Recíprocamente visitábanse en-
«tonces con verdadero espíritu de caridad, reci-
«biendo mutuamente con tanta avidez el alimento
«del alma, que, olvidando las necesidades del
«cuerpo pasaban días enteros sin comer; y aque-
«llo sí que, en verdad, era observar las reglas,
«dando la preferencia al espíritu... pero hoy pocos
«la buscan, pocos reconocen en las Santas Escri-
«turas su verdadero alimento: con risas y chistes
«censurables se amenizan las conversaciones (1)
«y las comidas se prolongan con la profusión de
«manjares que se suceden: para indemnizarse en
«algún tanto de la abstinencia de carnes, sirven-
«se grandes pescados colocados en doble fila; (2)
«satisfecho el gusto con los primeros, se presen-
«tan otros nuevos, que hacen olvidar los ante-
«riores, consistiendo la habilidad de los cocine-
«ros en condimentarlos de tal manera y con tan
«diversas salsas, según la especie, que unos no
«impiden comer de otros; ocurriendo con frecuen-
«cia, que, después de haber devorado cuatro ó

(1) Nihil de Scripturis, nihil de salute animarum; sed nugæ et risus, verba proferuntur in ventum.

(2) *Grandia piscium corpora duplicatur.*

«cinco platos, el estómago se llena, sin que la saciedad disminuya el apetito .. (1) Los guisados «siempre nuevos seducen al paladar hasta el extremo, que se empieza siempre á comer como si «se estuviera en ayunas, olvidando la sobriedad ante la variación. ¿Quién puede enumerar los diversos condimentos de los huevos? Se vuelven y revuelven, se diluyen, endurecen, pican, frien, rellenan, asan...»

«¿Y qué diré sobre el vino? En cuanto somos monjes, debilidades de estómago nos acometen, «é inmediatamente acudimos al consejo del Apóstol, olvidando que únicamente permite una exigua cantidad; los días festivos no se contentan «con el vino común, y sirven otros mas exquisitos, dando siempre la preferencia á los extranjeros, cuya mezcla con licor y otras composiciones «los hacen mas agradables al paladar.»

Con no menos energía San Bernardo censura la afectación en el vestir, continuando en estos términos. (2)

«Abandonamos los bienes permanentes y verdaderos del reino de Dios, que residen dentro «de nosotros mismos, disipando el espíritu en cosas exteriores, y buscando en ellas entretenimientos y sombras de consuelo; pero hé aquí co-

(1) Nec tictas minuat appetitum.

(2) Apol., cap. X.

«mo, obrando así, no solamente se pierde el es-
«piritu de nuestra antigua piedad, sino también
«sus formas; porque nuestros hábitos, en vez de
«ser testimonios de humildad, son modelos de lu-
«jo, y vanidad, siendo ya difícil que nuestras pro-
«vincias fabriquen telas suficientemente ricas pa-
«ra aderezarnos á nuestro gusto. El soldado y el
«monje usan las mismas telas; aquel para hacer-
«se un traje de campaña y este un hábito para el
«cláustro. Los más ilustres personajes y aún los
«reyes, no se desdeñarían de usar las telas que
«los religiosos llevan.

«Direis que la religión no está en el traje sino
«en el corazón, y direis bien... pero lo que apa-
«rece en el exterior procede, según el evangelio,
«del interior. Cuando el corazón es vano, la vani-
«dad se deja ver en sus actos, y la delicadeza del
«traje demuestra siempre debilidad de espíritu.
«Ciertamente que no nos preocuparía tanto el
«adorno del cuerpo, si nos ocupásemos más de
«aderezar el alma con virtudes permanentes.
«Lo más lamentable del caso es ver que las Es-
«crituras están llenas de amenazas contra los pas-
«tores, únicos responsables de las ovejas. Es ver,
«repito, cómo los superiores permiten tan dolo-
«rosos escándalos. ¿Consistirá, por ventura tan
«culpable condescendencia, y permitidme hablar
«con tanta franqueza, en que nadie se atreva á

«reprender lo que debe corregir en sí mismo? Sí,
«lo diré muy alto, aunque me acusen de presun-
«tuoso. ¿Por qué la luz de la gracia se oscurece?
«¿Por qué el mundo vive más desazonado? Porque
«aquellos, cuyas vidas debieran ser modelo de
«virtud, son ejemplos de ostentación mundana, y
«ciegos ellos mismos, quieren conducir á otros
«ciegos. Pero callaré, mencionando tan solo, que
«imposible es conocer la humilde condición, pre-
«cisa en los monjes, á través del fausto y lujo que
«los rodea y del numeroso cortejo de lacayos y
«brillante séquito que los sigue: yo mismo he vis-
«to uno de esos abades, acompañado de mas de
«sesenta caballos, pareciendo mas bien un sobe-
«rano que un pastor de almas!»

El Santo, sin excusar ninguno de los muchos abusos que en su tiempo deshonoraban á algunos monasterios, indica el remedio para corregirlos, terminando así:

«Sé, muy bién que censurando el desorden
«censuro á los que le cometen. Sin embargo, pue-
«de darse el caso, por voluntad de Dios, de que
«aquellos mismos á quienes temo ofender no se
«consideren ofendidos, y que mi ruda franque-
«za no les moleste. Pero para que esto ocurra
«preciso és dejen de ser lo que fueron hasta
«aquí..... Sí, muchas son las cosas que necesitan
«corrección y reforma; para todos igualmente ha-

«blo, para vosotros como para mis amigos, y ciertamente que al obrar así, no obedezco á un «sentimiento de mala voluntad, sino únicamente «al deseo de conducirlos al bién. No es por tanto «una detractación, sino una atracción » «*Hæc non «est detractio sed attractio.*» (1)

Las murmuraciones que provocó este escrito, fácilmente pueden comprenderse. Atacar á aquellos monjes tan directamente era como atacar al mundo entero, y preciso era que San Bernardo tuviese un perfecto conocimiento de su misión, para arrostrar el peligro, sin temor de herir susceptibilidades. En efecto; esta vigorosa iniciativa produjo un resultado inesperado: comprendióse al fin que la misión de Bernardo era restituir á su primitiva pureza la vida monástica, y purificar á la Iglesia de las manchas que la mancillaban.

Los abades de Cluni reuniéronse en asamblea general, como consta en los Anales de Orderico, con el fin de convenir en los medios que habian de corregir tantos males. Grandes reformas se adoptaron, y numerosas conversiones siguieron á estos actos inspirados por el espíritu de Dios.

Existian además en el monasterio de Cluni numerosas almas piadosas, que aprobaban los esfuerzos de San Bernardo, y participando de sus

(1) Apol., cap. XII.

ñismas ideas, asociábanse ostensiblemente á sus exhortaciones. El ilustre abad Pedro el Venerable, que dirigia la órden en aquella época, era uno de los que lamentándose del incremento excesivo del mal, no se oponía al celo del Santo abad. Durante el curso de estas desavenencias entre las casas de Cluni y Claraval, sus jefes, digno el uno del otro por la nobleza de sus corazones, mostráronse siempre unidos por estrecha amistad, complaciéndose en hacer constar este rasgo de edificante virtud y verdadero espíritu cristiano: mientras más vivas eran las recriminaciones, esforzábanse ambos más en suavizar las asperezas, y para que se comprenda el grande afecto que mutuamente se profesaban estos dos hombres, extractamos aquí algunos párrafos de una carta escrita por Pedro el Venerable.

«Si posible fuera, querido Bernardo, y Dios así lo permitiese, elegiría el vivir sometido siempre á vos como obligación ineludible, antes que mandar al universo entero; pues que, ¿no debemos postergar los bienes todos de la tierra á la dicha inmensa de vivir en vuestra compañía? No solamente los hombres, sino también los ángeles se considerarían dichosos si así lo consiguieran. Nunca recibí carta que me fuera tan grata como esta que acabais de enviarme: al leerla os apoderásteis por entero de mi corazón, y aunque mucha era la

simpatía que por vos sentia, esta se ha aumentado extraordinariamente, al leer vuestra carta, comunicándome sus pájinas, las centellas de fuego que vuestro corazón despidе...» (1)

Estos sucesos ocurrían el año 1124.

Antes de continuar, consignaremos aquí dos hechos que se refieren á la vida íntima de San Bernardo.

No se habrá olvidado que su hermana Ombelina se dejaba arrastrar por la corriente impetuosa del siglo, sin abandonar sus placeres y vanidades. Con gran lujo y fausto esta ilustre dama dirigióse un día á visitar á su hermano, atraída por su reputación de santo, y deteniéndose en la puerta del monasterio, suplicó hablar con Él; pero este, que detestaba el lujo que desplegaba en todo su atavío, se negó á verla, así como los demás hermanos. Entonces Ombelina llena del más profundo dolor exclamó: «Si, lo sé, soy una miserable pecadora; pero reflexionad que Jesucristo murió por mí y por los de mi condición; si el hermano desdeña la carne, que el servidor de Dios no abandone mi alma. Decidle que venga, que ordene, que mande y obedeceré. .» (2) Al oír estas conmovedoras frases, la puerta del monasterio se abrió,

(1) Petr. Clun., epist. XX. Voz. Mabillon, ann., lib. I.XVIII, p. 931.

(2) Veniat, præcipiat; quidquid præceperit facere parata sum. Guill., cap. VII, número 3o.

presentándose Bernardo seguido de sus hermanos. Por largo tiempo conversó con Ombelina reconciliándola con Dios, é imponiéndole por regla de conducta la misma que su madre tan fielmente había observado durante toda su vida.

Ombelina, enagenada con la mayor de las alegrías, volvió á su casa transformada por el poder de la divina gracia, y cuando se vió libre de los legítimos lazos que la sujetaban al mundo, tomó el velo de religiosa, muriendo en olor de santidad. (1)

Esta conversión, según aseguran los historiadores, hizo mucha sensación entre las damas de su siglo, sirviendo á muchas de ellas de edificante ejemplo.

La inmensa alegría de Bernardo por este fáusto acontecimiento fué atenuada en algún tanto por la muerte de Gaudry, tío suyo y primer hermano que murió aquel año en el Claraval.

Las circunstancias de esta muerte ofrecen particularidades tan interesantes, que vamos á dejar hablar á un compañero suyo.

«Después que Gaudry vivió algunos años en el Claraval con gran fervor de espíritu y ardiente celo por alcanzar la perfección cristiana, pasó de

(1) Vit. 2.* 5. Bern., auctore alano (cap. VII, p. 1261) Ombelina, según refieren algunos autores, estuvo casada con el hermano de la Duquesa de Lorena: murió el 21 de Agosto 1141.

esta vida á otra mejor. Una hora antes de espirar repentinamente le acometi6 el mal: su cuerpo estremeci6se, agitándose horriblemente por espacio de algunos minutos, entrando después en santa calma y espirando con semblante sereno y tranquilo.

El Señor no quiso que el santo Abad, apenado con este suceso, ignorase el motivo. Gauldry se le apareció mientras dormía, preguntándole el Santo cómo se encontraba, y al decir éste que era feliz Bernardo volvió á interrogarle sobre el motivo que habia producido aquella extraña agitación antes de su muerte, contestándole Gauldry que en aquellos instantes dos demonios habian luchado por precipitarlo en una profunda sima, pero que habiendo acudido en su socorro el apóstol San Pedro quedó libre desde aquel momento de toda molestia. (1)

Las apariciones de los monjes después de muertos no eran extrañas en aquella época, y el historiador del Cister refiere varias, sobre las cuales hablaremos en los capítulos que preceden. (2)

(1) Guill., lib. III, número 2.

(2) Hist. del tist., vol. III, ch. XIII, et passim.

CAPÍTULO OCTAVO.

Notable conversión de Suger, Abad de San Dionisio.—
Enrique, Arzobispo de Sems, Estanislao, Obispo de París.
Últimas relaciones de este con el Rey Luis el Craso.

La verdad, como la luz, hiere á primera vista, excitando un movimiento de repulsión; pero manifestada en toda su plenitud, nada puede extinguir su brillantéz ni evitar su triunfo.

La Apologia de San Bernardo, si bien provocó en todas partes violenta reacción, también despertó mas de una conciencia, depositando en muchas almas rectas fecunda simiente que, despues del primer periodo de fermentación, produjo admirables frutos de santidad.

Una de las conversiones obtenidas por este escrito, cuya celebridad proporcionó á la Iglesia

grandes alabanzas, fué la de Suger, Abad de San Dionisio y ministro de Luis el Craso. Suger gozaba del favor real comunicando á su abadía el fáusto y riquezas que el rey le prodigaba. Su monasterio, con escándalo de la Religión, era, según frase de un historiador «casa de recreo mas bién que de oración.» (1) No lo he visto por mis ojos, decia San Bernardo, pero he oido decir que soldados, pretendientes é intrigantes invadían de continuo el cláustro, que en todo el recinto repercutia constantemente el eco atronador de los asuntos mundanales, y que hasta las mugeres tenían franca la entrada; y yo pregunto. ¿Cómo ocuparse de cosas santas con estos desarreglós? (2)

Por concesiones hechas al espíritu del mundo, paulatinamente estos desórdenes fueron introduciéndose en el monasterio, y durante el gobierno de Suger, llegó á convertirse en alegre mansión, donde el rey y sus cortesanos pasaban largas y divertidas temporadas.

Los monjes de San Dionisio estaban ya tan acostumbrados á este género de vida, que únicamente conservaban las formas exteriores de su primitiva vocación.

Rodeado de tanto prestigio, Suger, sin embargo, no vivía ni feliz ni tranquilo, y aunque aturdi-

(1) Hist. del Cist., vol. III, ch IX, p. 244.

(2) S. Bern., epist. LXXVIII, ad Sug.

da su conciencia con los placeres y negocios públicos, no era obstinadamente refractario á la voz de la verdad, y conservaba aún el sentimiento de la dignidad cristiana. Habiendo oído hablar de la famosa Apología con diversidad de criterio, quiso juzgarla por sí mismo, y conmovido profundamente con su lectura, abrió los ojos á la luz como el que despierta de profundo sueño, y avergonzado de su conducta, resolvió reformar inmediatamente el monasterio, reformándose antes á sí mismo. (1) Testigos de este cambio los monjes que habian seguido su ejemplo, se reanimaron con su palabra, y reformada la casa, tomó el nuevo aspecto que tanta admiración causó al mundo por su conversión.

Comprendiendo Bernardo la edificación que este poderoso ejemplo habia de reportar á otra multitud de congregaciones en Francia, no pudo contener la alegría, y escribió inmediatamente á Suger, felicitándole, y comparando su vicoria á la que obtiene un general en campaña.

«Cuando un valiente capitán dice, advierte que
«sus soldados retroceden, y que el hierro enemigo
«los está destrozando, aunque él pueda evadir el
«peligro, prefiere morir con ellos antes que sobre-
«vivir á su deshonra, y por eso, inmóvil en lo mas

(1) Mabil, ann, lib. LXXV, número 90.

«rudo de la pelea, combate ardientemente, afron-
«tando el peligro; con la voz y el gesto enardece
«á los suyos, rechaza á los que atacan, acomete á
«unos, defiende á otros, y si no puede salvar á to-
«dos, quiere dar su vida por cada uno. Pero mien-
«tras se esfuerza en contener los progresos del
«vencedor, mientras que levanta al caído y detie-
«ne á los que huyen, con frecuencia acontece que
«su valor produce, contra todo lo previsto, un
«triunfo inesperado. A su vez hace retroceder al
«enemigo, triunfa cuando estos eran ya vencedo-
«res, y sus soldados, cuya derrota era segura, re-
«posan alegres en el seno de la victoria...

«Si, este cambio extraordinario, obra es del
«Todopoderoso! El cielo se regocija por la conver-
«sión de un solo pecador: ¿cuánto más se regocija-
«rá por la conversión de una comunidad, y una
«comunidad como la vuestra?... El Salvador se in-
«digna contra aquellos que convierten la casa de
«Dios en caverna de ladrones, bendice al hombre
«que ofrece á Dios su propia morada, y convierte
«la escuela de Satanás, en templo de Jesucristo...»

No solamente en el claústro resonaba la pala-
bra enérgica de Bernardo; conmovía también al
clero secular, atrayendo al verdadero camino apos-
tólico á muchos prelados dominados por el espi-
ritu del mundo.

Enrique, Arzobispo de Sems, fué el primero

que reveló su conciencia y escribió al Abad del Claraval pidiéndole instrucciones, resuelto á concluir con un orden de vida tan impropia de un prelado, aunque tan generalizada en el mundo. «¿Quién soy yo, exclama, para instruir á un Obispo? Ni quién para resistirle? Igual motivo me inclina á responder que á callar, peligro existe en ambas determinaciones, pero lo considero mayor en el desobedecer.» (1)

Resolvió entonces enviar al Arzobispo un tratado completo en forma de carta sobre las obligaciones de los obispos; tratado muy notable, que encierra enseñanzas y dá á conocer costumbres del mayor interés.

La carta empieza haciendo un paralelo entre los buenos pastores y los que no lo són. De la ambición y la codicia dice, resulta la simonia, seducción muy peligrosa, contra las cuales debe estar prevenida la Iglesia. Despues de este exordio dirijese al Arzobispo y le dice: «En cuanto á vos, Pontífice del muy Alto, ¿á quién tratais de agradar? ¿á Dios ó al mundo? Si al mundo, ¿por qué sois sacerdote? Si á Dios ¿por qué sois mundano? No puede servirse á dos señores á la vez. «Querer ser amigo del mundo, es querer ser enemigo de Dios.—Si agrado al hombre, dice el Após-

(1) S. Bern. ad sug., epist. XLII.

«tol, no serviré seguramente á Jesucristo. Si el
«sacerdote es el pastor y el pueblo el rebaño ¿se-
«rá justo no establecer diferencias entre los dos?
«Si el pastor imita á la oveja, caminando encor-
«vado y con la vista en tierra, buscando solamen-
«te la satisfacci6n de los deleites, mientras que su
«alma sedienta languidece, ¿en qué se distingui-
«rán? ¿Conviene que un pastor satisfaga sus apeti-
«tos como animal sin raz6n, revolcándose en el
«cieno y apegado á la tierra, en vez de vivir la vi-
«da del espíritu y saborear las delicias del cielo?
«Los pobres dicen; Vuestros caballos caminan car-
«gados de piedras preciosas, mientras que nosotros
«caminamos descalzos; vuestras mulas van rica-
«mente enjaezadas con largas bandas, hebillas,
«cadenas y campanillas deslumbradoras de oro, y
«al prójimo se le niegan ropas con que cubrir su
«desnudez. Decidme, Pontífice, ¿de qué sirve el
«oro en los arneses de vuestros caballos?... Aun-
«que yo callara, la miseria de los pobres cla-
«maría.»

El santo monje lamenta el culpable abuso que hacia el clero de los bienes, y sin respetos humanos señala la causa en los que ambicionan los primeros puestos. «Porque únicamente pretenden honores sin cargas, es por lo que se avergüenzan de ser simplemente clérigos. Todos aspiran á los mas eminentes puestos. Hombres jóvenes imber-

«bes, adolescentes, que no tienen otro mérito que
«su nacimiento, se les eleva á las mayores digni-
«dades eclesiásticas; evitan la férula, pero quieren
«mandar; se sustraen á la disciplina, pero ocupan
«puestos de honor, y les halaga más no tener maes-
«tros, que ser maestros de ellos mismos...

¡Ambición desmesurada, avaricia insaciable!

«Obtenido los primeros puestos, ya sea por el
«talento, el dinero ó las prerogativas de la carne,
«(que jamás conseguirán el reino de Dios) la am-
«bición no queda satisfecha, y arde aún en deseos
«de aumentar los beneficios y conseguir pues-
«tos mas honrosos. Se consigue llegar á Decano,
«Provisor, Arcediano, ú otros cargos análogos;
«aún se desea más, y se intriga para acumular
«puestos que muy luego voluntariamente se re-
«nuncian, si se obtiene un obispado. Pero aún no
«es bastante.... de Obispo se desea llegar á Arzo-
«bispo...»

Censura también á esas mismas dignidades,
que mendigando honores, van á Roma, después
de acumular riquezas, pretendiendo deslumbrar
al mundo con el falso brillo de las glorias munda-
nales. Compara esas efímeras grandezas á las ver-
daderas que son necesarias á un Pontífice. «¡Gloria
«oculta que no fascina, aunque está llena de mages-
«tad, que no agrada al gusto, pero que se saborea
«bién, que no enorgullece, aún con ser muy subli-

«me! Castidad, caridad sincera, humildad de co-
«razón, sencillez, fè viva y firme, ternura y vigi-
«lancia; hé aqui los ornamentos que dan prestigio
«à la gloria del Sacerdote; de modo, continúa San
«Bernardo, que un Pastor en el desempeño de su
«misión, no debe tener otra aspiración que la glo-
«ria de Dios y el bién de sus hermanos; obrando
«asi realizará la significación verdadera del nom-
«bre Pontifice, que quiere decir *Puente*, via de co-
«municación entre el cielo y la tierra; presentan-
«do à Dios los ruegos de su pueblo, y al pueblo
«las gracias y dones de Dios...» (1)

La conversión del Arzobispo de Sems y la del Abad Suger aumentaron prodigiosamente la reputación de San Bernardo, que muy en breve, tuvo que sustraerse à los homenajes y à la veneración que le tributaban por todas partes. La villa de Chalóns y después la de Langres, cuyas diócesis estaban vacantes, le reclamaron por Obispo, intentando vencer repetidas veces su resolución de no aceptar dignidad alguna.

Posteriormente fué proclamado Arzobispo de Rems por elección del clero y aclamación de los fieles; importantísimo cargo que él nunca quiso aceptar, y por no acceder à las unánimes y continuas súplicas de aquella noble diócesis, tuvo que

(1) Opusc. de Off. episc., número 25, cap. VII.

recurrir á la autoridad de Roma. (1)

Una misión de otro género y más en armonía con su extraordinaria vocación le proporcionó nuevo alimento á su celo.

El Obispo de Paris, Estanislao de Senlis, hombre de corazón y amigo particular del Rey, se habia extraordinariamente impresionado con las exhortaciones de San Bernardo. Los ejemplos de Suger y del Arzobispo de Sens habian igualmente conmovido su alma, y la gracia divina, triunfando al fin de sus vacilaciones, le hizo sacudir las cadenas que le sujetaban á la córte, para no ocuparse más que de apacentar su rebaño. Tan inesperada retirada ofendió al Rey Luis VI que amaba á Estanislao; pero de carácter irascible el príncipe no pudo soportar el cambio, trocando repentinamente en ódio la buena amistad que hasta entonces habia profesado á su prelado. Algunos clérigos, disgustados también con el Obispo por haber restablecido una disciplina mas severa, contribuyeron á la animosidad del Rey, consiguiendo con intrigas y falsos informes que su Obispo fuese entregado á la justicia civil, la que le despojó de sus bienes. Hasta entonces el Prelado habia soportado todas las vejaciones con paciencia inalterable, pero creyó no deber abandonar los

(1) Gaudf., Vit. S. Bern., lib. III, cap. III.

bienes de su iglesia á la arbitrariedad del poder real. Despues de apelar inútilmente á las amenazas puso un entredicho en la persona del Rey, retirándose á Sems con su metropolitano. Desde allí los dos prelados pasaron al Cister donde estaba reunido el gran capitulo de la Orden, y ante esta venerable asamblea hicieron presente sus quejas, pidiendo ayuda y protección contra las usurpaciones del Rey de Francia.

El Capitulo, despues de examinar detenidamente la causa del Obispo de París, reconoció la justicia que le asistia, y resolvió enviar una carta al Rey firmada por todos los abades de la Orden, y que fuese entregada por el Abad del Claraval y el de Pontigny, encargando á Bernardo la redacción de este documento cuyo texto es el siguiente:

«El Rey de los ángeles y los hombres os ha dado un reino en la tierra, y os promete otro en el cielo, si reinais aquí con equidad. Esto deseamos y pedimos para vos. ¿Por qué, pues resistis á nuestros ruegos, cuando en otro tiempo los solicitabais con piadoso empeño? ¿Con qué títulos levantaremos nuestras manos al Esposo de la Iglesia, cuando vos la contristais sin causa alguna y con tanta temeridad? La Iglesia se vé atacada por el que antes era su defensor. ¿Sabeis á quien estais ultrajando? No es á la persona del Obispo de París, sino al Soberano de cielos y tierra, al

«Dios de justicia que quita y dá la vida; aquel que
«terminantemente declara que el que desprecia á
«sus ministros á Él mismo desprecia. Os aconse-
«jamos y conjuramos por las relaciones de santa
«caridad que con nosotros habeis tenido á bien
«establecer, (relacionés que en esta ocasión vio-
«lais) que inmediatamente cese este gran escándalo.
«Si tenemos la desdicha de no ser obedecidos,
«si menospreciáis los consejos de vuestros herma-
«nos, que todos los días ofrecen votos á Dios por
«vos, vuestros hijos y vuestro reino, sabed que
«nuestra flaqueza, impotente como es, no aban-
«donará los intereses de la Iglesia, ni de su minis-
«tro, el venerable Obispo de París, nuestro padre
«y amigo, que implora la protección de humildes
«religiosos contra un rey poderoso, rogándonos al
«mismo tiempo por el derecho de fraternidad que
«entre nosotros existe, acudamos al Papa; pero
«antes de hacerlo, hemos creído conveniente ad-
«vertiros y apelar á vuestra excelencia.

«Si Dios os inspira que sigais nuestros conse-
«jos y acepteis nuestra intervención, reconcilián-
«doos con vuestro Obispo, ó mejor dicho, con Dios
«mismo, dispuestos estamos á toda clase de sacri-
«ficios, y nos trasladaremos donde más os plazca,
«si antes conseguimos el objeto deseado. Pero si
«por el contrario, nuestros ruegos no fuesen aco-
«gidos, sabremos, sin embargo, ayudar á nuestro

«hermano, y hacernos útiles al Pontífice del Señor.» (1)

La santidad de estos religiosos debió influir en el ánimo del Rey, dice un historiador, cuando no se irritó con el contenido de este escrito; lejos de incomodarse, cedió á la energía de su estilo, y temiendo además que la excomunión con la cual le amenazaban fuese confirmada por el Papa, resolvió de un modo favorable el asunto.

El Rey ofreció restituir á Estanislao el patrimonio embargado, pero la promesa no llegó á realizarse y habiendo sido levantado el entredicho, el Obispo de París volvió á ser el blanco de los injustos resentimientos del Rey. Creyendo éste que nada tenía que reprocharse en un asunto que el Papa no había condenado, no dió cumplimiento á sus promesas, desatendiendo las súplicas de los abades del Cister. San Bernardo y Hugues de Pontigny notificaron al Papa este estado de cosas, denunciando que el honor de la Iglesia había sido violado en el pontificado de Honorio. (2) «La autoridad del Soberano Pontífice, le dicen, se vé desconocida, cuando la humildad ó mejor dicho, la energía del Episcopado, creía haber abatido ya la soberbia del Rey. Vuestro Breve es causa, no solamente de

(1) Epist. XLV in Op. S. Bernard apud Mab.

(2) Tristes videmus tristes et loqunur: honorem Ecclesie, Honorii tempore, non minime læsum.

«que retengan lo que han embargado, sino, lo que
«es aún más osado, de que sigan apoderándose de
«lo que resta. (1)

Funesta fué su obstinación. Inutilmente San Bernardo habiale exhortado á la paz en varias ocasiones. «Habeis despreciado al Dios de justicia, «despreciando las súplicas de sus ministros, le dijo un dia con todo el valor de un profeta. Pues «bien, preparaos al castigo que se acerca; vuestro «hijo el primogénito, os será arrebatado; morirá «de muerte repentina.»

Este pronóstico no tardó en cumplirse; Felipe, presunto heredero de Luis VI, que había recibido ya la unción real, y era objeto del más acendrado y justo amor de su padre y toda la Francia, murió desdichadamente el año 1131. El desgraciado padre quedó consternado, y hasta entonces no restituyó la paz á la iglesia de Paris.

Hé aquí como Suger refiere este funesto acontecimiento, en la vida de Luis el Craso. El jóven príncipe que tenía á la sazón diez y seis años, paseaba á caballo por el barrio de la villa de Paris, calle de Martroy Saint Jean. Repentinamente un cerdo se interpone á la rápida carrera del corcel, y este derriba contra un guardacantón el noble gi-

(1) Hoc denique lineris vestris jactum est ut male ablata pesus tencantur, et reliqua passim in dies rapiantur, etc. Epist. S. B. XLVI et. XLVII.

nete, ahogándole con el peso de su propio cuerpo. Todos se apresuraron á levantar al jóven príncipe, que estaba ya casi sin vida, trasladándole á una casa inmediata; pero á la caída de la tarde entregó su alma á Dios. (1)

Precisamente, aquel mismo día habiase reunido el ejército para una expedición, pero al saber los soldados la noticia, como los demás habitantes de la ciudad, prorumpieron todos en sollozos y lamentos, demostrando así el inmenso dolor que los embargaba. En cuanto á la desesperación del padre, la madre y sus amigos, difícil sería expresarla.

(1) *Erat autem Philippus jan unius in regem, magnæ omnino spei adolescens, et patri (quod es abundanti est dicere) omnino carissimus... non post multum temporis, miserabiliter satis obitum filii sin Philippi ipse et tota Francia deploravit. (Fragmenta es 3.º vit S. Bern., auctore Gandfrido, número 5 p. 1202.)*

CAPÍTULO NOVENO

La Duquesa de Lorena.—Beatriz.—Ermengarda, Condesa de Bretaña.—Sofía.—El Príncipe Enrique de Francia.—
Amadeo, Príncipe de Alemania.



a Cristiandad, como el antiguo pueblo de Dios, expuesta está á peligrosas crisis, durante las cuales, los reyes y los pueblos, y aun los mismos ministros del Señor, aparecen cubiertos de vicios, como en negra envoltura, según expresión del Profeta.

Los infieles servidores dieron entrada en el Santuario á todo género de pasiones. La fortuna era el idolo del Siglo: los principes le sacrificaban honra y justicia, y los pueblos, acostumbrados al servilismo, murmuraban contra ellos siguiendo su ejemplo. Tamaños males al extenderse tuvieron inevitablemente que producir los escándalos de que habla el apóstol.

Cuando la iniquidad llega al colmo, virtudes se desarrollan en almas justas, y la gracia de Dios que jamás se extingue, prepara anticipadamente los instrumentos que han de combatir el mal y oponer el remedio.

El espíritu monástico, regenerado ya en la órden del Cister, despertó el espíritu sacerdotal. Los miembros más eminentes del clero secular á su vez avivaron la sagrada llama que oponían á la heregia, y de la boca de los sacerdotes salieron palabras regeneradoras, que comunicaron nuevo espíritu á la sociedad civil.

Peró doble acción se necesita. Los pueblos no se rinden, si á la palabra no se une la autoridad del ejemplo, y el impulso que el espíritu monástico ejerció sobre el sacerdocio, lo trasmitió tambien á los órganos que dirigian los destinos del estado.

A la muger principalmente, le es dado acrecentar la influencia de la religión, y propagar en la sociedad sus inextinguibles beneficios. Ya lo hemos dicho; la muger cristiana en manos de Dios es el misterioso instrumento que prepara y suavisa los caminos de la civilización. Lleva en sí el gérmen del porvenir moral de los pueblos; es la que modera los elementos de la vida social, y si al hogar doméstico se le privara de esta intervención, ninguna sociedad podría existir.

Notemos la marcha de esta obra providencial:

un humilde monje transformado por el Espíritu Santo renueva el espíritu monástico, y esta regeneración, imperceptible en su punto de partida, se extiende por el mundo, sublevando en contra las pasiones que pretende abatir. Los centinelas de las avanzadas despiertan; los jefes están en sus puestos, pero las masas no están aún dispuestas; se necesita que el impulso divino pase de los pontífices á los reyes y de los reyes á los pueblos.

Mugeres de probada santidad eran las intermedias entre el cielo y la tierra ofreciendo á la Iglesia raudales de gracias, y al mundo modelos de extraordinaria virtud.

Adelaida, Duquesa de Lorena, fué una de las conquistas del Abad del Claraval; esta ilustre dama, según tradición de Guillermo Saint Thierry, habia visto en sueños al Servidor de Dios, sometiéndose á su dirección despues de haber cambiado de vida, puesto que anteriormente el amor al mundo ocupaba por entero su corazón. Pocos documentos existen sobre la correspondencia con su director, pero las cartas que nos restan demuestran la solicitud de éste en inspirarle celo por la justicia, y amor á la paz.

«Me conmueve, le escribe, el afecto que profesais á los servidores de Dios; cuando se observa la «mas pequeña llama de amor divino en un corazón mortal, donde anteriormente reinaban las pa-

«siones y el amor á la vanidad, puede ciertamente
«considerarse que no es virtud humana la que allí
«existe, sino un don del cielo. Os ruego, añade al
«terminar, saludeis al Duque vuestro esposo en mi
«nombre, y á los dos exhorto por amor á Dios, ce-
«dais el castillo, motivo de los preparativos de gue-
«rra que en la actualidad haceis, si reconocéis que
«vuestras pretensiones están mal fundadas. Acor-
«daos que escrito está. ¿Qué importa al hombre
«ganar el universo si pierde su alma?»

Otra noble muger, sobre la cual dá pocas noti-
cias el historiador, parece haber contribuido como
la Duquesa de Lorena á los designios y obras del
Servidor de Dios. La siguiente carta lo hace constar
asi: «Deseais saber, escribe San Bernardo á la
«piadosa Beatriz, cual es el estado de mi salud, el
«resultado de mi viaje y la nueva fundación que
«acabo de hacer. Para responderos en pocas pala-
«bras, os diré que nuestros religiosos han pasado
«de un árido desierto á un retiro agradable provis-
«to de lo necesario; los he dejado contentos, y en
«cuanto á lo que á mi persona concierne, añadiré
«que llegué aquí en buena salud, pero á mi vuelta
«calenturas intermitentes pusieron en grave peli-
«gro mi vida. Dios me ha vuelto la salud en pocos
«días, y en la presente hora me encuentro mejor
«que antes de emprender mi viaje.»

Las exhortaciones que prodigaba á las almas

no habían entrado en el camino de salvación, se manifiestan en sus cartas.

«Si, escribe á una persona de posición elevada
«y cuyo nombre se ignora, la verdadera alegría so-
«lo existe en Dios, cuyo origen no se extingue ja-
«más, y toda gloria, comparada con ésta, no es si-
«no miseria. Invoco vuestro mismo testimonio, ¿Hu-
«biera sido posible que una muger jóven, rica, gra-
«ciosa y noble como vos, elevándose por cima de
«su sexo y edad, pudiera despreciar los halagos de
«los sentidos y la vanidad, si fuerzas invisibles no
«la sostuvieran, y goces más dulces no la alejasen
«de las cosas de este mundo?»

Entre las almas piadosas con quienes sostenía frecuente y ferviente correspondencia, por la que mostraba singular predilección era por Ermen-garda Condesa de Bretaña. Las cartas que le dirige prueban la unión de sus almas, y en ellas se admira la expresión dulce y suave de la ternura pastoral que animaba el corazón del santo monje, bajo aquel exterior austero

Ermengarda, muger de extraordinario mérito, por largo tiempo había vivido en la atmósfera ti-bia y vulgar, donde el espíritu del mundo y el es-píritu de piedad se aunan, tolerándose mutuamen-te, y cediendo de sus propios derechos, para agrar-dar en lo posible á la gracia y á la naturaleza.

Pero un alma fuerte no puede por largo tiempo

respirar tan nauseabundos miasmas. Ermengarda, sentía deseos y aspiraciones que el mundo no podía satisfacer. Anteriormente se había dirigido ya al Cardenal de Vendome, siguiendo sus consejos, pero necesitaba un santo que la guiase por las sendas sublimes de la santidad. Dios le envió á Bernardo; era el hombre elegido entre mil, de quien habla la Escritura, el que debía elevarla por cima de este mundo, y guiarla por la estrecha senda que conduce á la Patria Celestial.

Hé aquí el extracto de dos cartas, únicas que se han conservado; ellas nos hacen comprender la unión casta y vivificadora que el Espíritu Santo se complace en formar entre almas ya santificadas.

«Bernardo, Abad del Claraval, saluda á su hija
«muy amada en Jesucristo, Ermengarda, antes de
«ahora Condesa de Bretaña, al presente humilde
«sierva de Dios, asegurándole su más puro y cris-
«tiano afecto. ¡Ojalá pudiera yo haceros tan visi-
«ble mi espíritu, como visible os será este papel! y
«haceros leer en mi corazón los sentimientos de
«amor y celo, que el Señor me inspira por vues-
«tra alma.»

«Ciertamente que no encontraríais lengua ni plu-
«ma que pudieran expresarlos. Aunque ausente,
«cerca de vos estoy en espíritu; no puedo mostra-
«ros mi corazón, imposible manifestároslo por en-
«tero, pero sin embargo de vos depende el com-

«prenderlo; entrad en el vuestro y hallareis el mio; «atribuidle tanto amor como sentis por mí, y una «verdadera modestia no os permitirá ciertamen- «te suponer que me amais más de lo que yo os «amo; considerad que asi como Dios hace que me «ameis y os dejeis dirigir por mis consejos, asi «también me da igual ardor para corresponder á «vuestro afecto, y cariñoso interés por servirós. «Comprended, pues, como me sujetasteis á vues- «tro lado en el momento de mi partida; en cuan- «to á mí, puedo deciros en verdad, que al separar- «me, no me separé de vos, y que os encuentro en «todas partes donde estoy. Hé aquí lo que única- «mente puedo escribiros en pocas palabras, en- «contrándome aún de camino. Espero poder hacer- «do más extensamente, cuando tenga más tiempo «y Dios me facilite los medios.»

En una segunda carta se expresa con no menos dulzura y armonioso lenguaje, sobre la delectación del espíritu.

«Mi corazón, escribe San Bernardo, goza del col- «mo de la alegría, al saber cual es la vuestra. Soy fe- «liz cuando vos lo sois, y vuestra tranquilidad cons- «tituye la mia. Esa paz que disfrutais no proviene de «la carne. Habeis renunciado á la pompa mundana «por vivir en la humildad; á los beneficios de ilus- «tre cuna por una vida obscura y escondida; á las «riquezas por la pobreza; abandonando tambien

«los encantos de vuestra pátria, y los consuelos de
«un hermano y un hijo. Después de esto ¿no es co-
«sa visible que la alegría que experimentais en
«vuestra alma es un don exclusivamente del Espi-
«ritu Santo? Tiempo hace que el temor de Dios, os
«hizo concebir el deseo de vuestra salvación; pe-
«ro en estos últimos tiempos lo habeis engendra-
«do en vuestro corazón, y el amor ha desterrado
«al temor.

«Cuanto me alegraría poder comunicarme con
«vos de palabra sobre este asunto, en vez de hacer-
«lo por escrito. A la verdad que me irritó contra
«mis ocupaciones que me impiden ir á veros con
«frecuencia, y me regocijo de las circunstancias
«que me prometen esta dicha. Rara vez ocurre,
«pero por la misma razón la estimo más, y anti-
«cipadamente gozo, esperando la ocasión que me
«ofrezca el dulce y deseado consuelo de una entre-
«vista.»

Leemos que la condesa Ermengarda, dichosa
hija espiritual de San Bernardo, se hizo célebre en
el mundo por sus obras piadosas y cuantiosas li-
mosnas. Contribuyó poderosamente á extender la
Orden del Cister, é hizo construir un vasto monas-
terio en sus propios dominios, donde su santo di-
rector gustaba descansar de las fatigas de su ca-
rreira apostólica.

Muchas otras mugeres distinguidas en todas las

clases de la sociedad siguieron los consejos de Bernardo, abrazando la perfección cristiana. Algunas de ellas, ligadas al mundo por legítimos lazos, edificaban con su piedad, proyectando á su alrededor celestial luz. Otras mas felices, libres de todo compromiso, abandonaban al mundo para dedicarse á Dios, arrastrando tras sí muchas almas.

En el número de estas citaremos á una virgen llamada Sofia, á causa del particular interés que Bernardo le profesaba. No se conocen los detalles de su vida, y se ignoran tambien los motivos de sus relaciones con el Abad del Claraval. Las maravillas de la gracia, en su mayor número, se realizan en el misterio, permaneciendo ignoradas de los hombres. La historia no registra mas que hechos brillantes; pero las humildes virtudes que enriquecen el campo de la Iglesia, se esconden de la investigadora mirada, y no se revelan más que por el perfume que despiden.

La carta, dirigida á Sofia encierra tan útiles enseñanzas que no debemos privar de ellas á nuestros lectores, trasladando aquí algunos párrafos.

«Habeis elegido la mejor parte, hija mia, distinguiéndoos de las personas de vuestra condición, por el deseo de la verdadera gloria y un generoso desprecio hacia la que no lo es, haciéndoos «mas ilustre aún por esta distinción, que por la nobleza de vuestra cuna. Si las hijas del mundo, re-

«cargadas de adornos, como si fueran edificios ó palacios, os persiguen con sus burlas y sarcasmos, «respondedles; Mi reino no es de este mundo; mi «tiempo no ha llegado aún; mi gloria está oculta con «Jesucristo en Dios, y cuando Jesucristo aparezca «en el esplendor de su gloria, yo apareceré con Él.

«Las preseas, los adornos, las púrpuras, podrán «contener en sí bellezas, pero no la dan; puesto que «la belleza que adquirimos con los vestidos, y que «abandonamos al despojarnos de ellos, belleza es «del traje, pero no de la persona. Dejad, pues, que «otras jóvenes usurpen una hermosura que no les «es propia. Bien demuestran con esto que no poseen «la belleza interior y verdadera, cuando se adornan con tanto esmero para agradar á los insensatos. En cuanto á vos, hija mia, juzgad indigna toda «hermosura que proviene de piel de animales ó debajo de gusanos. La verdadera belleza reside en sí «misma, y no depende de materias extrañas. El «pudor, la modestia, el silencio, la humildad, tales «son los adornos de la virgen cristiana. Una reserva pudorosa y casta ¡cuánta gracia no derrama sobre el semblante! y el encanto que despide ¡cuánto más estimado es que las perlas y piedras preciosas! Respecto á vos, hija mia, vuestro tesoro no «es de los que, anejos al cuerpo, se marchitan y corrompen con él, sino de los que se alimentan del «alma, y participan de su inmortalidad.

El ejemplo de estas almas y la influencia de sus grandes virtudes propagaron el espíritu de piedad, como bálsamo evangélico, sobre todas las clases de la sociedad; los tronos y las chozas experimentaron estos saludables efectos.

Un hijo del rey Luis el Craso, el príncipe Enrique, vino al Claraval á visitar á San Bernardo. Mientras hablaba con el hombre de Dios, sintió repentinamente tan grandes deseos de permanecer con él, que despidió el brillante séquito que le acompañaba, declarando, con gran extrañeza de la córte, que no pensaba abandonar el monasterio. Bernardo, antes de admitirle en el Noviciado, le sometió á largas y humildes pruebas, dedicándole á oficio de la cocina y á los trabajos más rudos de la casa; pero el príncipe perseveró en todos los ejercicios y se hizo uno de los monjes más fervorosos. Con repugnancia suma aceptó algún tiempo después el Obispado de Bauvais, y mas tarde ascendió á la importante diócesis de Rêms, donde prestó grandes servicios á la Iglesia.

A estas memorables conquistas tenemos aún que añadir la de Amadeo, jóven príncipe de Alemania y próximo pariente del emperador. Muerto este, Amadeo, desimpresionado de las grandezas fugitivas del mundo, despojose de las insignias reales para entrar en el Claraval, donde permaneció toda su vida, admirado de los demás por

sus modestas y sencillas virtudes.

Imposible citar todos los rasgos de abnegación, humildad y caridad magnánima con que estos monjes se estimulaban unos á otros, bajo el irresistible ascendiente del Santo Abad del Clara-val. Obligado éste á hacer frecuentes viajes para asuntos de la órden, iba arrojando tras sí celestial simiente, cuyos frutos se recogian abundantemente en los graneros del Clara-val.

Si hiciéramos mención aqui de todos los actos de piedad que allí se practicaban, dice el historiador, correríamos el riesgo de no ser creidos por los que no tienen conocimiento de las cosas santas.

Sin embargo, si la piedad renacia en el mundo y germinaba bajo los piés del hombre de Dios, fácil será imaginarse los frutos que produciría en el Clara-val, y el maravilloso espectáculo que este monasterio ofrecia al mundo. Bernardo, como radiante luz, iluminaba esta soledad vivificadora, fecundizándola con su palabra, con su centelleante mirada, con su amor y con su presencia. Necesitaríamos un libro especial para trazar á grandes rasgos la historia de esta numerosa congregación de verdaderos cristianos, que llegaron á la cima de la más sublime perfección. Concretémosnos, pués, á algunos sencillos hechos que se refieren de los hermanos legos del Clara-val; no por ser éstos más oscuros y escondidos son los menos edificantes,

complaciéndonos por ello en darlos á conocer.

Existía en el Claraval (refiere el apologista de la orden) un hermano lego, de tanta virtud y especial obediencia, aprendida en la escuela del Espiritu Santo, que todos aseguraban, que jamás le habían visto ceder á la impaciencia ó mal humor, por grande que fuera la injuria, viéndosele por el contrario rogar á Dios por los que le affigian, y rezar un padre nuestro á lo menos, por aquellos que justa ó injustamente le atribuian la culpa.

Habiendo sido enviado un dia para asuntos de la casa, se vió obligado á atravesar un bosque aislado, y cuando caminaba tranquilo, fué acometido por una compañía de bandidos, que le quitaron el caballo que montaba y despojaron de cuanto llevaba. Cuando aquellos se alejaron se arrodilló, pidiendo á Dios les perdonase su pecado, y uno de ellos, queriendo saber lo que hacía el pobre hermano, despues de haber quedado en tan lamentable estado, se acercó, y observando que estaba de rodillas rezando, se volvió á sus compañeros y golpeándose el pecho les dijo: Somos unos miserables; merecemos la muerte porque hemos tratado mal á un santo hombre, á un monje del Claraval. Los bandidos, al oír esto, se arrepintieron, y volviendo donde estaba el religioso, le pidieron perdón y restituyeron lo que le habían robado.

Otro lego, hombre sencillo y pronto en obede-

cer, tenía el cargo de guardar los bueyes en una granja del Claraval. El mismo cronista refiere que este religioso vió un día á Jesucristo que le ayudaba á trabajar. Desde aquel instante, excitado por un vehemente deseo de morir y unirse á «aquel que camina con las almas sencillas,» enfermó, y al séptimo día, estando en la agonía, fué Bernardo á visitarle y despedirse de él como de hijo muy querido, que se ausenta para ir á su Pátria Celestial. El hermano recibió con humildad la bendición paternal, y con gran júbilo entregó su alma á Dios, en presencia de San Bernardo, el que aseguró que el Señor había verdaderamente caminado con él; *Ambulavit cum eo.*

Entre estos humildes hermanos, otro hubo que en vida y en muerte fué muy celebrado por San Bernardo. Era este un religioso, que por espacio de mucho tiempo había sufrido intensos dolores con una paciencia inalterable. Una úlcera venia devorando sus carnes y había penetrado ya en los huesos, sin que profiriese una queja observando con precisa exactitud la regla del silencio: pero ya en la agonía, una fuerza sobrehumana le reanima, y el enfermo con voz sonora y como embriagado con celestial néctar, entona un cántico triunfal, muriendo así purificado por el dolor. Dejó de cantar cuando cesó de vivir, terminando en la Jerusalem Celestial el cántico de alegría

que habia empezado aqui en la tierra.

¡Dios mio, exclama el Profeta, cuantos consuelos reservais á los que ponen en vos sus esperanzas! Si; el alma cristiana que es fiel á Dios disfruta ya en esta vida una felicidad superior á todo lo conocido. Esta felicidad va en aumento sin cesar, y se manifiesta con frecuencia en los inefabables éxtasis que el alma disfruta, aún en los momentos mismos en que sale de este mundo. Las palabras de Jesucristo tienen infalible realización. «Aquel que por Mí abandona á su padre, su madre, su casa ó sus bienes recibirá el céntuplo en esta vida y poseerá la eterna.» Numerosos son los testimonios que en todos los siglos y paises donde se reunen los discipulos de Jesucristo confirman estas divinas promesas. Todos, con el gran Apóstol, proclaman que en medio de las tribulaciones inevitables de esta vida, supera la alegría. Que los pobres y desheredados de los bienes de la tierra lo poseen todo, y que en el momento mismo de su muerte no dejan de saborear las delicias de un inmortal amor.

¡Ojalá que una felicidad tan perfecta y verdadera estimule á los hijos de los hombres! Ciertamente que el testimonio unánime de tantos cristianos, en perfecta armonía con el testimonio de las Santas Escrituras no puede ser una vana ilusión.

¿Por qué, pues, no adoptar una vida llena de paz y que se desvanece en una alegría sobrehumana que nó terminará jamás?

Unicamente, dice San Bernardo, los que han gustado las primicias de esta felicidad, pueden tener alguna idea de ella; y el profeta Isaias añade: «El ojo no vió, el oído no oyó, el corazón del hombre no comprendió jamás, lo que Dios prepara á los que le aman.»

CAPÍTULO DÉCIMO.

Guillermo de Saint Thierry refiere su estancia en el Claraval.—Tratado de San Bernardo sobre la gracia y el libre albedrío.—El Santo es llamado al concilio de Troya.



causa del excesivo trabajo, San Bernardo volvió á enfermar, viéndose obligado á retirarse otra vez á su humilde celda. En tan triste situación escribió á Guillermo Saint Thierry, su amigo más querido é íntimo confidente, para que fuese á visitarle.

Guillermo, á pesar de estar enfermo también, accedió inmediatamente al deseo de su amigo; los dos necesitaban comunicarse sus pensamientos, sufrir reunidos; parecía que ambos citábanse para morir en un mismo día.

El piadoso abad de Saint Thierry ha dejado escritas las impresiones que recibió durante su es-

tancia allí, y á su sinceridad únicamente debemos el conocer los sentimientos de estos dos grandes hombres.

«Encontrábame enfermo y falto de fuerzas en nuestra casa de Rems, escribe el B. Guillermo, cuando Bernardo me envió á su hermano Gerardo, de feliz memoria, para decirme acudiera al Claraval, donde sanaría si tal era la voluntad de Dios. Recibí este llamamiento como especial gracia de la providencia, que me otorgaba el morir cerca de él ó vivir algún tiempo á su lado, y á decir verdad, ignoro cual de estas dos cosas habria preferido; pero ello es lo cierto, que me puse en camino aunque con mucho trabajo, y al llegar experimenté el resultado de su promesa, pues en el acto me vi libre de la dolorosa enfermedad que hacia tiempo me aquejaba, las fuerzas sin embargo paulatinamente me volvieron, pero ¡cuan ventajosa fué esta situación para mí! Bernardo, enfermo, aun dedicábame algún tiempo, que los dos entreteníamos hablando sobre las medicinas que dan fuerza al alma y evitan sus enfermedades.

A instancias y ruegos míos me explicó entonces el sentido moral y práctico del Cántico de los Cánticos, reservándose, no obstante, el hablarme de los profundos misterios que encierran esos libros sagrados, explicaciones que yo escribia con objeto de no olvidarlas.

Las luces que recibía del cielo y había adquirido con la práctica de los estudios, me las comunicaba con suma bondad y entera libertad, esforzándose en hacerme comprender muchas cosas que yo ignoraba, y que solo pueden conocerse cuando se posee en alto grado el amor divino. (1)

El sábado anterior al domingo de la septuagésima me encontraba tan aliviado, que, habiendo podido levantarme y andar solo por la casa, dispuse marcharme aquel mismo día; pero al saber el Santo mi resolución, me prohibió pensara en ello hasta el domingo de quincuagésima. Con tanta menor pena me sometí á este mandato, cuanto que esa era mi voluntad, y mi salud así también lo necesitaba.

Habiendo comido carne durante todo aquel tiempo, por orden especial de Bernardo, no quise obedecerle un día: separámonos, pues, por la noche sin decirnos una palabra, él para irse á la oración

(1) El libro del Cántico de los Cánticos solo puede ser comprendido por aquellos que tengan alguna experiencia del misterio de amor. San Bernardo en las siguientes palabras dá la clave sobre este libro: «Los afectos y palabras que encierra el Cántico de los Cánticos deben ser principalmente meditados. El lo dice todo; y si alguien quiere comprender lo que decimos preciso es que ame. En vano él que no ama se acercará para escuchar ó leer, porque este entretejimiento de fuego no será jamás comprendido por un corazón de hielo... Este dulce coloquio dice en otra parte exige oídos puros y cuando mediteis sobre los dos amantes de que trata no os representeis al hombre y la muger, sino al verbo y al alma é más bién á Jesucristo y su Iglesia. La Iglesia no se compone de una sola alma sino de la reunión de muchas.

y yo á la cama; pero en el momento de acostarme la violencia del mal me acometió con tan crueles dolores, que los sufrimientos excedieron á mi paciencia, desesperando llegar al día siguiente, y con la pena de no volver á ver quizás al servidor de Dios.

Después de haber pasado toda la noche en indecibles angustias, muy de mañana le envié á decir viniera á verme. Con semblante grave, y no con aquella expresión dulce y caritativa con que acostumbraba á recibirme, llegó inmediatamente diciéndome: «y bién ¿qué comereis hoy?» y yo, que ya sabía que mi desobediencia únicamente era la causa de la agravación del mal, le contesté: «comeré lo que querais » «Descansad, pues no morireis aún.» Al instante mismo desaparecieron mis dolores, quedándome tan solo una laxitud y cansancio que me impidieron por aquel día levantarme; pero al siguiente me encontraba totalmente restablecido, y pocos días despues volví á mi monasterio con la bendición y buena memoria del santo Abad.»

San Bernardo aprovechaba los cortos instantes que sus muchos sufrimientos le permitian para escribir un tratado sobre la influencia de la gracia y el libre albedrio.

Estando un día conversando con sus hermanos sobre los maravillosos efectos de la gracia, di-

jo con marcada expresión de gratitud que á ella únicamente debía su inclinación al bién, siendo como es principio y fin de toda obra perfecta. Al oír esto un monje allí presente le contestó: pues si la gracia lo hace todo ¿en que está el mérito? respondiéndole Bernardo á imitación de San Pablo. «Dios nos salvó por su misericordia y no por nuestras obras de justicia.» *Non ex operibus justitiæ que fecimus nos sed secundum suam misericordiam salvos nos fecit.* Pues por ventura ¿pretendeis ser los autores de vuestros méritos y salvaros por vuestro propio poder? cuando no podemos ni aún invocar el nombre de Jesús sin la gracia del Espíritu Santo. Olvidado habeis sin duda las palabras de Aquel cuando dijo: *Nada podeis hacer sin mi,* «añadiendo en otro lugar:» *No depende del que quiere y se apresura sino de Dios, que es el que hace misericordia.* ¿Deseais ahora saber lo que hace la voluntad? Con brevedad os contestaré: «*Pues labra su felicidad.*»

El santo doctor, reflexionando sobre esto, juzgó conveniente tratar más despacio y con mayor madurez de juicio una cuestión tan delicada, resolviendo escribir sobre este motivo una santa obra, cuyo resumen vamos á dar á conocer.

Semejante á San Agustin, empieza por exponer la doctrina de que toda acción buena supone la cooperación de la voluntad á la gracia, y que

la salvación no puede alcanzarse sin la ayuda recíproca de ambas cosas: la gracia dá y la voluntad recibe, admite, consiente y coopera consiguiendo de este modo el individuo su salvación. «*Consentire enim salvari est.*» La voluntad, pues, ó el consentimiento libre y no forzado puede únicamente labrar la felicidad ó la desdicha del hombre, según preste más ó menos su voluntad al bien ó al mal, por cuya razón con muy buen sentido este consentimiento se llama «*libre albedrío*» tanto por la libertad que al hombre acompaña, *ob voluntatis inamissibilem libertatem*, cuanto por la deliberación que antecede á sus actos; siendo por lo tanto libre en el obrar por la voluntad y juez de sí mismo por la razón.

En efecto, prosigue San Bernardo, ¿sería justo hacer responsable de lo bueno ó lo malo al que no es libre de su voluntad y puede excusarse con fuerza mayor? Verdad indiscutible es que la necesidad carece de libertad y por consiguiente de mérito: toda acción que no va acompañada de la voluntad, está exenta de mérito y pecado, y por esto también las acciones de los niños, dementes y personas que duermen, no son consideradas buenas ni malas, porque realizadas cuando no disfrutaban del pleno uso de sus facultades, carecen de luz para comprender y de libertad para obrar.

Definido así el libre albedrío en sus distintas

faces, San Bernardo lo analiza con relación á la gracia, demostrando que el acto de obrar solo puede ejercerse por la voluntad libre; pero que necesita de la gracia para inclinarla; y no quiero decir, añade, que por la libertad adquirimos un absoluto querer hacia el bien ó el mal, sino únicamente un vago deseo; puesto que querer el bien, es un don y querer el mal un defecto; pero en ese simple querer existe la disposición de la voluntad en elegir lo bueno ó lo malo; así pues por nosotros queremos pero por la gracia queremos el bien.

La gracia, dice después, es la que excita el libre albedrío inspirándole los buenos pensamientos; perfecciona sus afectos y los fortalece para que termine el bien comenzado, y no desfallezca.

En todas estas operaciones la gracia previene á la voluntad primero y después la acompaña, concurriendo ambas de consuno para la obra que en su principio tan solo comenzó la gracia: de modo que, obrando simultáneamente y no la una después de la otra, ambas forman al mismo tiempo un solo acto por entero....

Esta doctrina es pura teología católica. La gracia dimana del amor de Dios para ayudar y salvar al hombre; pero difícil es en muchos casos determinar las íntimas y recíprocas relaciones que guardan entre sí la voluntad y la gracia: el dogma, sin

embargo, establece que esta nunca puede ser imperativa ni insuficiente: y no es imperativa, porque si obligara al individuo anularía su libertad, ni tampoco insuficiente porque se adapta siempre á la necesidad y capacidad del individuo. La gracia tiene por objeto dar libertad á la fuerza moral del hombre.

San Bernardo deduce de las siguientes premisas su doctrina de justificación diciendo: Hombre, no pudistes crearte cuando no existias; pecador, no puedes justificarte; muerto, no puedes por tí mismo resucitar. Solo aquel que ignora la justicia de Dios, queriendo establecer la suya propia, puede dudar de estas verdades y ¿quién ignora la justicia de Dios? El que pretende justificarse por sí solo, y se atribuye méritos que no provienen de la gracia.

«Despues de lo dicho, si se pregunta que es lo que constituye nuestros méritos diré: que el concurso de la voluntad y la gracia es el que en justicia únicamente se nos puede atribuir. La regeneración y reforma (*reformatio*) de nuestro interior se realiza mediante la aquiescencia de nuestra voluntad, y esta aprobación tácita es la que nos justifica y da valor á las obras. Nuestro mérito por tanto está en los ayunos, vigiliias, continencias, obras de misericordia y demás virtudes; mediante las cuales el hombre interior se renueva de dia en

dia, endereza sus torcidas inclinaciones, purifica sus afectos y depura su memoria mancillada por el recuerdo de pecados cometidos con la esperanza que le inspiran sus buenas obras. Tres cosas principalmente contribuyen á renovar al hombre interiormente: rectitud en la intención, pureza en los afectos y buenas obras. El Espiritu Santo es el que obra en nuestro interior inspirándonos estas buenas disposiciones por lo que son considerados dones de Dios, pero como por otra parte exigen de nosotros el consentimiento y concurso de la voluntad, como méritos nos son imputados... En una palabra, para terminar con San Pablo diré: aquellos que se justifican y no á los que encontró justos el Señor glorificará.»

Este es el texto de la obra que los Bollandistas llaman Libro de Oro. Con unción y claridad suma trata las cuestiones mas árduas y sutiles de la Teología. Presenta primero á la gracia en sus distintas operaciones; fuerza, efecto é influencia sobre el hombre; y á la voluntad humana, en su libertad, poder primitivo, impotencia actual y estado de debilidad despues de cometido el pecado original, y por último expresa el acuerdo necesario de la libertad y la gracia. Los dones de Dios, méritos del hombre y nuestra justificación por medio de Jesucristo; puntos son que desarrolla también según las inmutables enseñanzas de la Iglesia, apa-

reciendo estas doctrinas bajo la pluma de San Bernardo en su misma esencia, aunque en nueva forma. *Novæ non nova.*

Enfermo aún el Santo Abad del Claraval, acababa de tomar la dirección del monasterio, cuando fué citado para que asistiera á un concilio que había de celebrarse en Troya á principios del año. Las cuestiones que se litigaban sobre los derechos del obispo de París y otros graves asuntos de la Iglesia de Francia resolvieron al Papa Honorio á reunir los prelados franceses, bajo la presidencia de su delegado, el cardenal Matthiéu obispo de Albano.

Deseando el cardenal que el abad del Claraval asistiera al concilio, le escribió una apremiante carta para que se trasladase allí; pero Bernardo, se había propuesto no volver á salir más de su retiro, ni ocuparse de asuntos que le parecían ajenos á su vocación, escepción hecha de casos muy urgentes. Por otra parte sus dolencias cada día mas graves le daban derecho para resistir, y en esta disposición de ánimo escribió al delegado apostólico.

«Dispuesto estaba, dice, á obedecer vuestras órdenes, pero mi cuerpo cada vez mas flaco no corresponde á mi buena voluntad; consumido por una fiebre continua, no ha podido someterse á las exigencias del espíritu que dispuesto está á com-

«placeros. Mis amigos dirán si es legítima la causa; ellos saben que siempre obedecí á mis superiores, cuando ejercieron sobre mí el derecho que les asiste...

«Un asunto importante, decis, me obliga á llamaros. ¿Por qué en este caso fijar la vista en mí? «De fácil ó difícil solución serán esos asuntos. Si «lo primero, sin mí los resolveréis; si lo segundo, no los terminareis jamás... á menos que me «consideréis de más capacidad que á los demás «hombres; y si esto es así, Dios mio ¿por qué Vos, «que jamás os equivocais, habiais de engañaros «únicamente respecto á mí, poniendo bajo el leño «la luz que debisteis colocar en el candelero? Y para «hablar con mayor claridad; ¿por qué me habeis «hecho monje? Por qué habeis ocultado en la soledad de vuestra casa á un hombre que necesario «era al mundo?

«Ahora me apercibo, que con estas lamentaciones excito algún tanto mi mal humor: concluyo «pues, reverendo padre, asegurándoos que, á pesar «de mi repugnancia, dispuesto estoy á someterme «á vuestras órdenes, dejando tan solo á vuestra «discreción el cuidado de dispensarme.»

Ni las exigencias de su quebrantada salud, necesidad de retiro, ni repetidas excusas pudieron dispensarle de asistir al concilio. Una citación en toda forma le fué expedida, y desde aquel momen-

to no escuchó mas que la voz de la obediencia, y sin atender á otros razonamientos, partió inmediatamente para Troya en el rigor del invierno, tomando puesto en aquella venerable y docta asamblea. El concilio aceptó sus consejos, arreglando las diferencias que existian en la iglesia de Francia, y promulgando también varios decretos concernientes á la disciplina eclesiástica. Esas disposiciones, que no han llegado á nosotros, son muy ponderadas por los historiadores de aquellos tiempos, tanto por la sabiduría que encierran cuanto por el estilo enérgico y á la vez suave que domina en ellas.

El concilio de Troya, que se abrió el 13 de Enero de 1128 iba ya á cerrarse, cuando un incidente imprevisto hizo que sus sesiones se prolongaran dando á su cometido, nueva importancia.

CAPÍTULO ONCENO

Institución de los Templarios.—Vuelta de San Bernardo al Claraval.—Sus trabajos y predicaciones diarias.



En cada era del cristianismo nuevas necesidades surgen, manifestando el progreso del espíritu. La Iglesia, como madre previsora, acude siempre á esos adelantos dirigiéndolos y santificándolos, y por consecuencia de su amor crea, conserva y ofrece medios con que satisfacer esas nuevas exigencias: en las distintas crisis que han agitado á los siglos, nadie con justicia dirá que en ella no se encontraron socorros y remedios para las necesidades que la época exijia.

La reciente conquista de Jerusalem á principios del siglo XII habia enardecido los ánimos, con un entusiasmo religioso á la vez que guerrero.

Las cruzadas fueron por decirlo así, la realización de una idea sublime, que el cetro de Carlomagno y la política de sus sucesores, venían preparando ya de antiguo, á saber; la fusión de los diversos pueblos cristianos. Esta idea, aún sin realizar, brillaba ya en el Santo Sepulcro, como luminoso meteoro donde se aunaban bajo el estandarte de la cruz las aspiraciones de todos los pueblos; para acometerla y realizarla, el príncipe y el sacerdote, el guerrero y simple paisano, dirigian sus miradas á un solo punto confundándose en una misma aspiración.

El espíritu de la época está siempre en armonía con la idea que persigue. En aquel tiempo este presentaba dos aspectos; era á la vez terreno y divino. La Jerusalem de la tierra llamaba á los que aspiraban á la Jerusalem del cielo, y confundéndose en un solo deseo, excitaban la ternura de la devoción á la vez que el ardor bélico.

Los religiosos se animaron con valor caballeresco, y los guerreros enardecieron con el celo de la religión; el soldado se hizo monje con la esperanza de alcanzar la Sion celestial, y el monje se hizo soldado para dar libertad á la Sion de la tierra. Ambas flechas se arrojaron al espacio por igual causa, y esta alianza, tácitamente contraída al principio, influyó después en las costumbres y en los sucesos que se desarrollaron á la faz del mundo.

Este fué el origen de esas órdenes á la vez religiosas y militares, y para comunicarles vitalidad y buena dirección, la Iglesia se apoderó de ellas legitimándolas con su poderosa sanción.

Los hospitalarios, mayormente conocidos con el nombre de caballeros de Malta, restablecieron inmediatamente después de la primera cruzada el antiguo instituto de San Lázaro, cuyos miembros no habían dejado de practicar en Jerusalem la asistencia á los enfermos y peregrinos que acudían allí; pero la Tierra Santa necesitaba una milicia especial, que diese seguridad á los caminos, facilitase las comunicaciones y guiase á la multitud de peregrinos, que de todas partes acudían al glorioso sepulcro de Jesucristo.

El año 1118 vários caballeros francos de la expedición de Godofredo de Buillón asociáronse con este intento, y habiendo obtenido del rey de Jerusalem albergue en las minas del antiguo templo, se les designó con el nombre de caballeros Templarios, *Milites Templi*. En comunidad vivían y con disciplina militar, bajo la dirección de Hugo de Paganis, su primer Gran Maestre, tomando por divisa estas hermosas palabras del Salmista: «*Non nobis Domine non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*»

Nueve individuos tan solo formaban entonces esta comunidad, y apesar de llevar diez años de existencia, este pequeño núcleo de hombres llenos

de abnegación no habían podido aún extenderse por el mundo. El año 1128 llegaron á Roma con carta del Patriarca de Jerusalem, pidiendo su bendición al Papa, y la protección de Roma, sin la cual nada puede prosperar en la Iglesia.

Honorio, comprendiendo la importancia de un instituto que se adaptaba á las necesidades de la época, encargó á los prelados franceses reunidos en Troya examinasen sus estatutos, y le diesen forma definitiva. Hugo de Paganis á la cabeza de los Templarios presentose en el concilio con cartas del Soberano Pontífice, exponiendo su proyecto con ardiente celo.

«La Iglesia posee, dijo, sólidos baluartes contra sus enemigos invisibles en la malicia de los espíritus; pero carece de medios para combatir á los enemigos de la tierra, muy principalmente en Oriente, donde los infieles hacen inaccesibles los santos lugares: añadiendo que, después de haberse sometido á grandes pruebas, considerábase capaces él y sus compañeros de acometer tan noble empresa; y que tiempo llegaría en que el mundo entero participase de los beneficios de su instituto.

Estas palabras y promesas cautivaron á los padres del concilio, y aplaudiendo todos las nobles intenciones de Hugo, encargaron al abad del Claraval la redacción de los estatutos de esta nueva orden.

San Bernardo, enfermo é impaciente por volver á su celda, sintió, no obstante, renacer en su alma las fuerzas que necesitaba para dar cumplimiento á la obra que le habian encomendado: penetró el pensamiento que animaba á los Templarios, y harmonizó en sus estatutos el ardor bélico con el fervor monacal.

Las reglas reasumianse en la fórmula usada en la profesión de los votos. Copiámosla aqui, como documento histórico, que se debe á la memoria de San Bernardo.

«Juro defender con palabras, armas y todos los medios que estén á mi alcance, y si necesario fuera con el sacrificio mismo de la vida, los misterios todos de nuestra religión, los siete sacramentos de la Santa Iglesia, los catorce artículos de la fé, el símbolo de los santos apóstoles, el de San Atanacio y el antiguo y nuevo testamento, con la explicación dada por los santos padres sancionada por la Iglesia, la unidad de las tres personas en Dios, la virginidad de la Virgen María antes y después de dar al mundo su Santo Hijo. Prometo además obediencia al gran maestre de la Orden y sumisión perfecta á sus estatutos, escritos por nuestro padre San Bernardo. Combatir prometo también contra los enemigos de la religión hasta mas allá del mar. Jamás huiré, aunque me encuentre solo delante de tres infieles; observaré perfecta castidad; soco-

rreré con mis palabras, armas y acciones á toda persona religiosa, muy principalmente á los superiores de la Orden del Cister, hermanos y amigos nuestros, con los cuales hemos contraído una alianza especial: en testimonio de todo lo cual juro con libre voluntad observar lo dicho. Si así lo hiciere, Dios me ayudará.»

En este documento y otros no menos auténticos confirmase la veneración y gratitud que los caballeros Templarios profesaban á su padre y protector.

«Id, les decía Bernardo, id, nobles caballeros, á «vencer con valor á los enemigos de la Cruz, seguros de que ni en vida ni en muerte se separará «de vosotros el amor de Dios que vive en Jesucristo. En todas las circunstancias de vuestra vida y «peligros que atraveséis repetid estas palabras del «Apóstol: «vivos ó muertos de Dios somos: Si, venedores ó mártires, al Señor perteneceis,» regocijaos.»

Algún tiempo después, Bernardo publicó un opúsculo, en el cual hace grandes elogios sobre aquella nueva milicia, describiendo sus costumbres y género de vida.

«Su obediencia es tal, dice, que ninguno se «mueve sin órden del superior, y de él únicamente «reciben su traje y alimento: viven en comunidad, «sin mujeres ni hijos, para que nada les detenga

«en el camino de la perfección evangélica, y no poseen cosa alguna: muy principalmente se aplican «á conservar el espíritu de paz que tan estrechamente los une. Jamás permanecen ociosos, pues «cuando no están en campaña, lo que rara vez acontece, se dedican á reparar sus armaduras ó sus trajes, por temor de comer el pan ociosamente. Toda «palabra ligera, acción inútil ó risa inmoderada es «castigada. La caza, canciones vanas y toda clase «de juegos y pasatiempos mundanos les están terminantemente prohibidos; pero cuando se aproxima el combate, cubiertos exteriormente de armas de hierro, y no doradas, é interiormente «provistos de las armas de la fè, son valientes como leones y acometen al enemigo sin que el número ni el peligro les arredre.»

Después de leer este magnífico y autorizado testimonio, no se concibe como una institución tan pura en su origen, pudo llegar á tan deplorable estado; pero el hecho es que aún no llevaban un siglo de existencia, cuando enriquecidos con los derechos y abusos de la guerra, hicieron odiosos al mundo. Un autor inglés del siglo XII, escritor notable, se lamenta públicamente de la codicia y malversación de fondos que en su tiempo atribuían á los caballeros Templarios. «Abrazaban, dice el escritor, el sacerdocio y obligaciones canónicas, con el fin único de apropiarse sus beneficios, dándose el ca-

so de que aquellos mismos que derramaban la sangre de sus hermanos con osadía inaudita daban de beber á los fieles la sangre de Jesucristo.» Además de estas profanaciones, ¿llegaron los Templarios á formar alianza entre la herejía y el dogma católico? Esto desgraciadamente resulta de los hechos que estallaron dos siglos después; pero las protestas del último gran Maestro de la Orden en sus postreros instantes arrojarán siempre un velo sobre esta página de la historia.

Los prelados del concilio de Troya, después de haber aprobado los estatutos de la nueva orden, separáronse satisfechos de su obra, y felices de volver á sus hogares. San Bernardo muy principalmente anhelaba disfrutar de su retiro.

«Tened piedad de mí, escribía á uno de sus religiosos, tened piedad de mí, vosotros los que tenéis la dicha de servir á Dios en un asilo inviolable, y lejos del tumulto del mundo; en cuanto á mí, miserable como soy, no puedo disfrutar de tanta dicha, viéndome condenado á un trabajo continuo, como pajarillo fuera de su nido, expuesto á mil tempestades.» En efecto; una gran borrasca empezaba á cernirse sobre su cabeza, amenazándole, con motivo de algunas disposiciones formuladas en el concilio. Algunos eclesiásticos resentidos en sus intereses, acusáronle de haber provocado rigores intempestivos, y uniendo

antiguas rencillas á nuevas reconvencciones, repitieron tanto las quejas, que sin examinar las causas, se hicieron al fin generales. Vários obispos, alarmados también de la influencia cada dia mayor que adquiría un simple monje, denunciáronle á Roma, censurándole públicamente el colegio de cardenales. El Soberano Pontífice, también inquieto con estos murmullos, encargó á su canciller, el célebre cardenal Haimérico, que amonestase en su nombre al abad del Claraval.

Haimérico le escribió una carta muy severa: en ella le reconvenía porque se mezclaba en asuntos que no eran de la incumbencia de un monje, aconsejándole que en adelante no abandonase su convento. «Vários son los ministerios que la Iglesia «desempeña: y así como se vive en paz cuando cada cual permanece en su puesto, del mismo modo todo se desorganiza y confunde cuando en ellos «se extralimitan... y no puede tolerarse, añade irónicamente, que las ranas importunas salgan de «sus criaderos, para molestar á la Santa Sede y los «cardenales.»

Bernardo recibió esta carta con humildad, pero contestó á ella con santa energía. «Hasta cuándo la verdad se hará odiosa? ¿Puede jamás la miseria servir de blanco á la envidia? Ignoro si debo quejarme ó felicitar me por ser considerado como hombre peligroso, por haber obrado con jus-

«dicia y haber dicho verdad. ¿Qué es lo que en mi «conducta disgusta á vuestros cofrades?»

El Santo, después de enumerar los diversos acuerdos del concilio, en los cuales había tomado parte, continúa en estos términos. «Si alguna torpeza cometi, es sin duda alguna el haber asistido á esas asambleas, yo que nací para la soledad del cláustro, y que siendo monje debo expresar con mi conducta lo que soy por profesión.»

«Asisti, sin embargo, y convengo en el mal que hice, pero me llamaron, y aún puedo decir me arrastraron contra mi voluntad; si alguien se disgustó con verme allí, puedo aseguraros que aún más disgustado lo estaba yo; por otra parte, nadie en adelante puede como vos evitarme esta clase de asuntos; poder y voluntad teneis, y por ello eficazmente os ruego que obreis de tal suerte, que ambos quedemos contentos; vos, conservando las cosas en órden, y yo ocupándome tan solo de la salvación de mi alma. Prohibid pues á las ranas impertinentes que salgan de sus madrigueras; que no se las vuelva á oír en esas asambleas, porque ninguna necesidad tienen de inmiscuirse en asuntos del mundo. Este será un medio eficaz, sin duda, para que terminen esas acusaciones de orgullo y ambición que me atribuyen...

«Si por vuestra intervención consigo la gracia de no salir del cláustro, viviré en paz, y haré go-

zar de igual beneficio á los demás.»

El cardenal Haimérico supo apreciar un lenguaje tan enérgico como humilde, y abriendo los ojos á la verdad, tributó á Bernardo la justicia que le debía. Los demás cardenales mejor informados, y gran número de prelados siguiendo su ejemplo, reconocieron el error, y con digno proceder publicaron multitud de escritos en señal de reparación.

Las acusaciones, que tan ligeramente habian sido acogidas cayeron por su propio peso, cuando la verdad fué conocida; y tanto como anteriormente Bernardo habia sido humillado se ensalzó despues su virtud.

Este es el destino de los hombres privilegiados por la Providencia! Vogando van como frágil barquilla sobre un profundo mar, amenazados á veces de ser sepultados en el abismo; pero otras también, impelidos por la fuerza de las olas, se elevan hasta tocar la bóveda celeste.

La reputación del santo monje jamás brillaba con luz más pura que cuando salia victorioso de estas pruebas humillantes. Cada cual se apresuraba á indemnizarle de sus pasadas penas, lamentándose todos públicamente de las irreflexivas prevenciones que habian sido fomentadas contra un hombre tan virtuoso.

Mientras que el mundo se ocupaba de él en sen-

tidos tan opuestos, el servidor de Dios, retirado en su cláustro, ignoraba lo que ocurría; más que nunca dedicábase á instruir á sus hermanos, y á contemplar las eternas verdades.

«El cláustro, decía, es un paraíso. ¡Cuan agradable y dulce es vivir unidos por un mismo sentimiento é igual aspiración! Nosotros los que hemos renunciado á las grandezas por vivir desconocidos en la casa de Dios, permanecemos en nuestro puesto que no es otro sino el abatimiento, la humildad, la obediencia, la pobreza voluntaria, la paz y la alegría en Dios. Nuestro mérito está en vivir sometidos á la observancia de la disciplina, amar el silencio y el retiro, y ejercitarnos en vigiliias, ayunos, oraciones y trabajos; pero por cima de todo esto está el amarnos los unos á los otros, porque la caridad es la primera y mas delectable de las virtudes.»

La última mitad del año 1128 y casi todo el siguiente lo pasó San Bernardo en estos santos ejercicios. Cansado de los asuntos políticos en los cuales tan activa parte había tomado, propúsose firmemente no volver á salir de su monasterio, excepción hecha de un caso de necesidad perentoria.

«Mi resolución es inquebrantable, escribía al canciller de la Iglesia Romana, no abandonaré el cláustro á menos que los asuntos de nuestra con-

«gregación lo exijan así, ó reciba una órden de «mis superiores.»

Su extrema soledad no le libró, sin embargo, de los muchos trabajos que sus amigos le ofrecían. Su celda asemejábase á un templo donde de continuo iban á consultar el oráculo: teólogos, sábios personajes eminentes sometían á su juicio cuestiones discutidas ya en las academias, ó bien le enviaban sus obras antes de exponerlas á la crítica de la publicidad. Bernardo sostenía vasta correspondencia, y nota Baronius, que era cosa de admirar, ver tantos hombres de talento estrechamente unidos por una simple correspondencia epistolar viviendo todos de una misma fé, ciencia y caridad.

Entre los muchos sábios que cultivaban la amistad de Bernardo, y que frecuentemente le consultaban casos de conciencia, citaremos á Pedro el Venerable, autor de diversos tratados de Teología y poesía sagrada. San Norberto, fundador de la órden de canónigos regulares, conocidos con el nombre de Premonstratense. Ricardo de San Victor de Paris, y Hugo llamado el Agustino de su siglo, *secundus ab Augustino in scientia dictus*.

Pedro, cardenal diácono de la iglesia de Roma, solicitó de él algunos escritos; Bernardo le contestó: «Hasta ahora ninguna obra de piedad he compuesto digna de su excelencia; algunos religiosos,

«han recogido vários fragmentos de mis sermones «mientras los pronunciaba, podeis procurarlos y «satisfacer con ellos vuestro deseo.»

Las cuestiones propuestas por Hugo de Saint Victor, aunque son de suyo poco interesantes, indican sin embargo la tendencia y progreso filosófico de la escuela; y al contestarle San Bernardo en un extenso tratado, funda toda su doctrina en las enseñanzas de San Ambrosio y San Agustín, á quienes llama columnas fuertes de la Iglesia.

La sencillez, al par que lo sublime de la verdad, formaban el estilo característico de todas sus contestaciones, y el fuego ardiente que brillaba á través de sus miradas, comunicando vida á sus escritos, jamás lucía con mayor claridad que cuando interpretaba los textos sagrados; su palabra, saturada también del divino fuego de las Sagradas Escrituras, le servía de sustancioso alimento que entresacaba de ellas, como se aparta el grano de la paja, la almendra de la cáscara y la miel de la cera.

En la época á que nos referimos empezó la explicación del Cántico de los Cánticos, y no es posible describir el efecto que estas homilias produjeron en el ánimo de los numerosos monjes que se reunían en el Claraval. Su elocuencia, según refieren sus contemporáneos, era tan profunda en la idea como bella en la forma, y, al oír aquella abrasadora palabra, habriase dicho que más que á

hombre oíase á un angel. Su voz, aunque débil, era tan flexible, que á veces resonaba suave y penetrante, y otras severa y terrible, según eran los sentimientos que hacían vibrar las fibras delicadas de su alma.

Ya lo hemos dicho, á pesar de sus males físicos, todos los días predicaba, y los pocos fragmentos que quedan de sus sermones son debidos á la habilidad de los monjes que escribían mientras él hablaba; pero estos cortos compendios no pueden reproducir de ningún modo la palabra viva, sin embargo, la recopilación que se ha hecho de sus sermones sobre el Cántico de los Cánticos es sin duda alguna la obra capital de San Bernardo. La vida íntima del alma y los misterios del amor divino, los expone con tanta delicadeza y perfecta gracia, que, al leer aquellas ardientes páginas el espíritu divino se apodera por entero del corazón. Pero San Bernardo no considera oportuno que los indiferentes lean el libro de Salomón. Los misterios de íntima unión con Dios bajo el velo de una alianza nupcial, únicamente pueden ser gustados y saboreados por almas castas y corazones amantes; en vano la luz hiere á ojos que están cerrados; el hombre material no comprenderá jamás lo que es puramente espiritual: el espíritu divino, fuente de sabiduría, se aleja siempre de aquellos cuyas vidas son impuras.

Diez y ocho meses permaneció en su retiro, y durante este tiempo la comunidad llegó á la mayor perfección, floreciendo la santidad notablemente en estos hombres de Dios, cuyas vidas eran expresión sincera de amor y obediencia. El Santo Abad también encontró en estas apacibles prácticas alegría para su espíritu y fortaleza para su salud. Pero una vida tranquila no es seguramente el premio reservado á los héroes de la cristiandad. Preciso fué que San Bernardo suspendiese las predicaciones cotidianas, y la interpretación de los cánticos sagrados, y saliese del paraíso de su soledad para reaparecer en la escena agitada del mundo.

La barca de Pedro, sirviendo de blanco á la tempestad, luchaba hacia ya algún tiempo contra los elementos desencadenados. En aquellas graves circunstancias los hombres de corazón, que vivían en la soledad, fueron llamados á tomar parte directa en los asuntos públicos, y desde entonces veremos siempre la influencia de Bernardo unida á los grandes acontecimientos de su siglo. Una nueva era empieza.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

Estado político en el siglo XII.

Ua gran cuestión social que en todas las épocas de la Iglesia se reproduce bajo distintas formas, es resolver la complicada relación que guardan entre sí el poder espiritual y el temporal.

En la edad media esta cuestión aparece en todo su vigor. Carlomagno y Otón el Grande, sin darle una solución definitiva, sencillamente la propusieron. Uno y otro príncipe recibieron la corona imperial de manos del Sumo Pontífice, y á su vez los pontífices recibieron la tiara, con el asentimiento del imperio.

De este modo establecieron el punto de contacto que tienen entre sí estos dos poderes; el uno colocado en la cima de la sociedad civil, tiene la misión de gobernar los asuntos de la tierra, mientras que el

otro en la sociedad religiosa, está encargado de dirigir los espíritus. Doble lazo sostiene esta mútua alianza; el reino de Dios funda y sanciona los reinos de la tierra, mientras que estos contribuyen, según expresión del Papa Gregorio, á edificar un imperio en el cielo.

Pero esta unión de poderes, muy ingeniosa ciertamente en teoría, no es, sin embargo fácil de realizar en la vida real y sus prácticas aplicaciones. Posible no será su realización perfecta hasta que estos dos elementos de la vida humana, unidos y distintos entre sí semejantes al cuerpo y al alma, obedezcan tan solo á una sola ley, concretándose cada cual al r adio que marca su propia esfera.

Para fijar los límites de estos dos diversos elementos preciso ser a colocarlos en la sociedad, tal como existen en el individuo. Aunque el cuerpo y el alma obedecen en su desarrollo y conservación   leyes particulares, viven, no obstante, de una sola y comun vida. Juntos constituyen la personalidad del hombre y tan difícil es identificar cada una de estas partes como desunirlas. Su identidad conducir a   confundir las sustancias, es decir, al panteismo y su separación   la muerte. Multitud de relaciones necesarias existen entre uno y otro elemento; pero si esa armonía se rompe, si el cuerpo y el alma, el principio divino y el que es pura-

mente terreno, viven en desacuerdo, el individuo, como las sociedades, forman ese estado anormal y desquiciamiento general que observamos en la actualidad.

De ahí provienen esas tésis insolubles que encontramos en el fondo de todo problema que pertenece á la historia; de toda contradicción que existe en el hombre y de todo motor en las revoluciones sociales y religiosas.

Los emperadores de Alemania, depositarios del poder temporal del Occidente, no permanecieron fieles á la misión que Carlomagno habia recibido del cielo, y aplicando á su propia grandeza las muchas gracias y concesiones que los Sumos Pontífices habian otorgado en favor de la cristiandad, usurparon las prerrogativas de la Santa Sede, pretendiendo convertirlas en instrumentos de sus personales ambiciones. Esta falta de equilibrio entre los dos poderes, inevitablemente tenia que provocar una reacción.

San Gregorio VII, poseido de los deberes de su propia conciencia y de los derechos divinos que representaba, inició la separación, emprendiendo con una perseverancia, que se perpetuó en sus sucesores, la obra difícil de libertar á la Iglesia del yugo de los poderes de la tierra.

Recíprocas reclamaciones dieron lugar á las memorables contiendas, conocidas en la historia

con el nombre de *Guerras de las Investiduras*. Tratábase de arrancar de raíz los funestísimos abusos, que el largo curso de los años y costumbres inveteradas en las naciones bárbaras, habían introducido en la disciplina de la Iglesia, los cuales se legitimaban bajo el patronato del poder temporal. Autorizados en algún tanto los señores feudales, con el ejemplo de los emperadores, poco á poco fueron apropiándose el privilegio de nombrar á los obispos, confiriéndoles despues las investiduras, y depositando en sus manos la cruz y el anillo, signos de la dignidad episcopal. De estas usurpaciones resultó que los obispados recayeron en hombres indignos, dándose el extraño caso, de que se vendiesen los obispados al mejor postor, designándolos también como título de recompensa á codiciosos cortesanos. Las murmuraciones del siglo, sobre el relajamiento del clero, reconocian en estos abusos su principal causa.

El Episcopado, y en su consecuencia todas las gerarquías de la Iglesia, sufrieron un descrédito alarmante. Multitud de mercenarios ingeridos en las mas augustas funciones del templo, debilitaron la acción vital del cristianismo. En distintas ocasiones, la Iglesia había ya protestado contra los motivos de esta decadencia, y en el siglo VIII y IX los concilios de Nicea y Constantinopla enérgicamente censuraron esos derechos de investidura,

que los soberanos de la tierra se habían apropiado; pero estas protestas quedaban sin efecto. Celosos los emperadores de Alemania por conservar prerrogativas que eran para ellos manantiales de riquezas é influencias, hicieron pesar el yugo de su poder sobre la cabeza misma de los papas, obispos y abades de los monasterios, obligando á San Gregorio VII á oponerse con todas las fuerzas de su poder espiritual, con objeto de reconquistar la libertad de la Iglesia.

Entonces fué cuando se vió á este admirable pontífice recobrar con mano de hierro su legitima supremacia, devolviendo á la Santa Sede sus derechos inalienables.

El Papa, aboliendo las investiduras no solamente se proponía prohibir la ceremonia feudal de adjudicar la cruz y el anillo, sino reivindicar también ostensiblemente la libertad de elección y la independencia del sacerdocio.

Purificar á la Iglesia de mercenarios y pastores indignos por medio de la excomunión, y santificarla restableciendo la antigua disciplina, era la empresa que Gregorio VII había acometido, persiguiendo su realización con incansable energía, no obstante la violenta oposición de príncipes ambiciosos y eclesiásticos degenerados.

La causa que mas enardecía estas antiguas querellas, provenía de la doble atribución que desem-

peñaban los obispos, administrando por una parte asuntos espirituales y haciendo valer sus derechos por otra, en calidad de feudos. Los príncipes sostenían con apariencia de justicia, que los prelados, al tomar posesión de las villas, castillos y dominios de la corona, como vasallos, debían prestar juramento ante el Soberano, recibiendo de él, no la dignidad episcopal, sino únicamente la investidura del feúdo representada en la cruz y el anillo.

El Papa al condenar esta forma de investidura atacaba principalmente los derechos abusivos que ellos implicaban, hasta el punto de otorgar esas investiduras á individuos que no estaban aún ordenados, forzando en algún tanto á la Iglesia á consagrarlos, después de haber recibido las insignias episcopales.

Ambas partes apoyaban sus derechos en títulos y antecedentes; pero los historiadores que pretenden hacer recaer la animosidad contra el inflexible rigor de los Papas, no han estudiado en toda su extensión el debate.

De fácil resolución parecería, sin duda alguna, este asunto en nuestros días, aceptando como principio la renuncia de los obispos á las posesiones temporales. Pero la situación de las cosas en la edad media no debe analizarse con la preocupación de la política moderna: necesidades existen en la Iglesia, que cambian según los tiempos y di-

versas faces sociales, y siendo su misión única la de civilizar á los pueblos y conseguir la salvación eterna de las almas, exige una independencia absoluta bajo ciertas bases sociales. Si en nuestros dias, muchos hombres de Estado reconocen la necesidad de que la Santa Sede ejerza un dominio temporal que independiente, la coloque por cima de los intereses politicos, sirviendo de garantía á la imparcialidad de su arbitraje en los asuntos del siglo, se concibe que en la edad media con mayor razón se considerase oportuno yaún necesario que los obispos, para hacer frente á tantas vicisitudes sociales, fluctuaciones de los pueblos y derechos constantemente disputados, se estableciesen independientemente, para consolidar los estados católicos, sobre el ensangrentado suelo de la Europa. Pero quizás también de la unión momentánea de estos dos poderes resultaron en aquella época, en que las sociedades modernas se formaban, beneficios que la posteridad no puede apreciar. Necesario fué en aquellos lúgubres tiempos un contacto estrecho é inmediato entre estos dos centros; pero no, como vulgarmente se dice, para someter el Estado á la Iglesia, como el cuerpo al alma, sino para establecer una comunicación íntima con la cual reciprocamente se fecundizasen en algún tanto, injertando, por decirlo así, los hombres nuevos en el tronco antiguo del catolicismo, con el fin de que la

sávia católica, penetrando en los elementos bárbaros y paganos, circulase por las arterias de los distintos pueblos que á la vez componian la sociedad civil y de la Iglesia. Pero sea de ello lo que quiera, es un hecho indiscutible que los estados europeos recibieron de la Iglesia sus constituciones, organismos y leyes fundamentales.

Los papas, obispos y órdenes religiosas fueron, según hemos dicho, los que, estableciendo escuelas y fundando institutos con los muchos recursos de que disponian, fomentaron la civilización. Las gerarquias católicas, con sus tradiciones de respeto, orden y dignidad han servido de modelo, sancionando leyes, costumbres y formas de gobierno; y seguramente que, si á estos bienes materiales no fuera intimamente unida la idea de una misión providencial de alta conveniencia, de caridad y política religiosa, los obispos, para mantener sus derechos y conservar sus bienes, no hubieran resistido hasta derramar su sangre.

No pretendemos disculpar la avaricia ni la concupiscencia; queremos tan solo darnos cuenta de los hechos que la historia registra; y cuando vemos á un San Gregorio, un San Anselmo, un Santo Tomás de Canterbury y tantos otros grandes hombres, combatir por bienes de la tierra, ellos, que con sus plantas hollaron y despreciaron sus propias riquezas, morir antes que abandonar los bie-

nes perecederos de sus iglesias, ellos, repetimos, que habían renunciado posiciones opulentas por abrazar la pobreza evangélica, aseguramos sin temor de equivocarnos que una idea superior al hombre existía en esos hechos á la vez que la realización de un acto de conciencia suma.

Esto explica la insistencia de los papas, en arrancar del poder temporal el privilegio de las investiduras, sin cederles, no obstante, los dominios sobre los cuales fundaban sus derechos. Larga y sangrienta fué la lucha; pero en medio de las confusas cuestiones que provocó, se consiguió un resultado claro y decisivo, haciendo entrar por mejor camino á la civilización cristiana.

La libertad religiosa reclamada por la Iglesia hizo nacer la libertad política, é inmediatamente después de los combates del Papado contra el imperio para libertar á la Iglesia, empieza la era de libertad para el individuo. En el siglo XII esas ideas maduraron, operando una reforma general y profunda en el órden social, cuando los poderes todos estaban en decadencia.

No referiremos aquí las guerras de los dos Enriques; ni las divisiones, humillaciones y terribles crisis que á su vez sufrieron Roma y el imperio Germánico. En la época en que tomamos la historia, la gran cuestión concerniente á las investiduras, encontrábase momentáneamente en calma.

El año 1122, el Papa y el Emperador firmaron en Worms el famoso tratado en el cual se declara la independendencia de la Iglesia. Enrique V, habiendo agotado todos los recursos en sus propias victorias, y reconociendo, en fin, la impotencia de la fuerza material contra el poder espiritual, consintió en anular el derecho de investir á los preladados, devolver á los obispos los bienes de la Iglesia, respetar la libertad de elección y ayudar particularmente á los Pontífices de Roma.

El papa Calixto II, á su vez, concedió al príncipe legítima intervención en las elecciones, excluyendo toda simonía y violencia. Consintió que el obispo nombrado, recibiera la investidura de los bienes temporales, representado únicamente en el cetro, y no como otras veces antes de la consagración, sino seis meses por lo menos después de haber recibido la sacra. Con este memorable concordato terminó la encarnizada lucha que duró cincuenta y seis años, y que cinco Papas desde Gregorio VII, habian sostenido con invencible constancia.

Sin embargo, si las potencias beligerantes deponian las armas, la guerra, no obstante, continuaba en los espíritus. El impulso habíase comunicado; la idea de independendencia, que al principio únicamente cerníase entre la Iglesia y el imperio, se reprodujo bajo mil formas, en cada provincia, cada

individuo y cada escuela; en todas partes se murmuraba contra el yugo arbitrario de los poderes seculares.

En Alemania, Francia, Inglaterra y España, la palabra independencia se repetía como en nuestros días la palabra libertad, sin poder precisar, ni definir el objeto determinado que con esta aspiración reclamaba el siglo arrastrándolo por caminos desconocidos. Mas tarde veremos coincidir este movimiento político, con el desarrollo de la razón. La idea de la libertad política habíase concebido ya, y el tiempo de su concepción, si me es permitido hablar así, no fué menos crítico ni peligroso que el de su desarrollo. Lo que complicaba extraordinariamente la situación en la época á que nos referimos, eran los cismas que estallaron casi á la vez en Roma y Alemania.

En Alemania el emperador Enrique V acababa de morir. Los príncipes reunidos en Mayensa para elegir sucesor encontrábanse frente á dos pretendientes; Federico de Souabe, mas conocido por el nombre de Hohenstauffen, nieto de Enrique IV y sobrino del último emperador, aparecía con títulos legítimos para reinar; pero su contrario Lothaire de Saxe le llevaba la ventaja de no haber formado parte en las filas que combatían contra el Papa. Este era un hombre avanzado en edad, menos valiente que el duque de Souabe, y menos apto

para reunir los diversos estados del imperio; pero, protegido por los electores eclesiásticos, obtuvo la corona contra los Hohensthaunffen.

Federico se sometió á esta elección con alguna reserva y las armas en la mano; pero su hermano Conrado se confirió á sí propio el título de rey, poniéndose en condiciones de disputar la corona á Lothaire. Atravesó los Alpes y se trasladó á Italia, donde los dos Enriques habían dejado multitud de partidarios. En aquel país reinaba entonces la mayor anarquía. La guerra había dividido su territorio, á la vez que multiplicado los partidos: cada pequeño Estado, pueblo ó aldea, por decirlo así, y todas aquellas pequeñas fracciones soñaban con la idea de separarse de Alemania.

Milán, más aún que las otras provincias, engraida con el triunfo de sus armas, pretendía gobernar el norte de Italia, con el fin de formar un reino homogéneo, y constituirse en capital. Para realizar estos vastos planes necesitaban un hombre de génio, creyendo encontrarlo en Conrado Hohensttaunffén. Este príncipe, fué recibido en Milán con gran entusiasmo, colocándole el arzobispo Anselmo la corona de hierro sobre sus sienes, y proclamándole rey de Italia y de toda la Lombardia. Los pueblos más importantes abrian las puertas á su llegada, y ya Conrado proponíase hacerse coronar como emperador de Roma, cuando

supo en el camino que el papa Honorio se había declarado en favor de su contrario. La excomunión de Conrado y la del arzobispo Anselmo, que por su propia autoridad le había coronado, siguió al reconocimiento de Lothaire, y este acontecimiento, cuyas terribles consecuencias habían experimentado ya los reyes anteriores, paralizó al nuevo rey en el curso de sus triunfos. Retirose á un oscuro rincón, sin hacer sombra á Lothaire, hasta que otro cisma de consecuencias más funestas reanimó su ambición, amenazando á la cristiandad con las calamidades de una guerra general de religión.

El 14 de Febrero del año 1130 murió el papa Honorio. Mucho tiempo antes que ocurriera esta muerte tan temida, el rico y poderoso cardenal Pedro de Leon había solicitado los sufragios de vários miembros del Sacro Colegio, con objeto de asegurar su nombramiento para la Sede Apostólica. Era nieto de un judío convertido, que había tomado el nombre del papa León IX, á quien sus antepasados habían prestado grandes servicios. La influencia que esta familia había adquirido en Roma desde algunas generaciones anteriores, y las cualidades del cardenal Pedro, le dieron muchos partidarios. Este había estudiado en París distinguiéndose siempre por su aplicación; su virtud también aparece sólida en aquella época, puesto que renunciando á la ca-

rrera de honores, reclamó la dirección de San Bernardo, para abrazar la vida religiosa en el monasterio de Cluni; llamado á Roma por el papa Calixto II, y elevado al cardenalato, desempeñó con gran éxito varias misiones de importancia, que le envanecieron extraordinariamente, ofreciéndole al mismo tiempo ocasión para aumentar su fortuna, que era ya considerable.

La parte más pura del Colegio de Cardenales temía una elección que pudiera restituir un exceso de preponderancia al poder temporal. En la previsión de intrigas cuya trama conocían, reuniéronse, aunque en minoría, antes que la muerte del Papa fuese conocida, eligiendo por unanimidad al cardenal Gregorio, con el nombre de Inocencio II, prelado de un carácter enérgico, á la vez que de una vida proba.

Esta elección se llevó á cabo en secreto: muchos cardenales no habian concurrido á ella, prescindiéndose también de ciertas formas de la observancia: así fué que en cuanto los partidarios del cardenal Pedro de León tuvieron de ella conocimiento, la declararon nula, y reuniéndose inmediatamente hasta el número de treinta, en la iglesia de San Márcos, proclamaron Papa al que con pródiga mano habiase captado los sufragios de los principes y pueblos todos de Roma.

Pedro tomó el nombre de Anacleto II, en medio

de las aclamaciones del pueblo, recibiendo la tiara en la basilica de San Pedro, mientras que el obispo de Ostia consagraba á Inocencio II, y le entregaba las insignias del pontificado. Los partidarios de uno y otro bando llegaron á las manos, y las tropas romanas subvencionadas por Anacleto, atacaron á Inocencio, el que huyendo del furor de sus contrarios, se refugió en la fortaleza de la poderosa casa de Frangipane, que se habia declarado en favor suyo.

Este cisma agitó á la turbulenta Roma, temiendo el mundo cristiano sus funestisimas consecuencias. Anacleto era dueño ya de la ciudad y las principales villas de Italia, especialmente de aquellas que habian seguido la suerte de los Hohenstauffén. Milán, Cápua y Benavente, sucesivamente se declararon en su favor y los normandos de la Sicilia le reconocieron también, comprometiéndose á defenderle; mientras tanto Inocencio, no teniendo en Roma más que un pequeño número de partidarios, se encontraba con los cardenales que le habian elegido bloqueado en el fuerte, y no esperando más que de Dios los socorros que la Iglesia necesitaba en aquellas peligrosas circunstancias.

Anacleto escribió á Lothaire, al rey de Francia y á los demás príncipes cristianos, notificándoles su advenimiento al trono pontificio, é informándoles también del cisma. A esas cartas añadió otras

para los obispos franceses, en las que ensalza extraordinariamente á la Iglesia de Francia. «Esa iglesia, dice, jamás se dejó sorprender por el error; nunca el contagio de la heregia la deshonoró, y siempre fiel y sinceramente unida á Dios, ha permanecido en armonía con la Iglesia romana, ensalzándola con continuos testimonios de sumisión.» Anacleto victorioso esperaba la respuesta de las potencias cristianas.

Mientras tanto el papa Inocencio no estaba seguro en Roma. Encerrado en una fortaleza desde el mes de Febrero, pudo evadirse después de las fiestas de Pascua, que en aquel año, 1130, cayeron en el mes de Marzo. Se embarcó acompañado de los cardenales que le eran adictos con gran sigilo en el Tíber, llegando después de una feliz travesía á Pisa, desde donde se trasladó á Génova y después á Francia. Legados apostólicos anunciaron al rey su llegada, refiriéndole la situación de Roma. Pero ni el rey ni su ministro Suger, se atrevieron á resolver en aquellas difíciles circunstancias. Todo acto que se inclinara á uno ú otro lado podía tener importancia suma, y no era posible conocer la verdad entre las reciprocas acusaciones que se cruzaban en todos sentidos. El rey Luis VI, no queriendo dejarse llevar por su propio impulso, y antes de resolver, creyó prudente someter el conflicto á la resolución de un concilio nacional, con-

vocando con este motivo en la villa de Etampes, á los obispos, prelados y abades del reino.

El hombre sobre quien la Iglesia fijaba sus miradas, el hombre en cuya frente brillaba la aureola de santidad, el que en Roma y Francia era venerado como el oráculo de Dios y angel tutelar del siglo, no podía eximirse de asistir al concilio. El mismo rey le dirigió una apremiante carta invitándole á que se trasladase á Etampes. Muchos obispos y personas influyentes unieron también sus ruegos á los del monarca, para decidir al humilde monje á salir de su retiro.

San Bernardo no titubeó; llegó á Etampes, donde se encontraban el rey, los prelados y principes, recibéndole todos como á enviado del cielo. Después de un ayuno general reuniéronse conviniendo someter tan grave cuestión á la opinión del servidor de Dios cuya palabra era considerada como interpretación de la voluntad divina. El abad del Claraval, según refieren los historiadores del concilio, aceptó conmovido la difícil misión, que una asamblea tan augusta le confería.

Con la más estricta conciencia examinó las formalidades observadas en ambas elecciones, las cualidades de los electores y el mérito de los elegidos; sólo en nombre de todos habló y todos le escucharon como á órgano del Espiritu Santo, pro-

clamando al fin que Inocencio II era el verdadero papa y el jefe supremo de la Iglesia.

La asamblea entonces se levantó, confirmando con sus aclamaciones lo dicho por San Bernardo, y los legítimos títulos del verdadero Pontífice.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

BREVE APOSTÓLICO.	III
CAPÍTULO I.—Nacimiento de S. Bernardo.—Primeros años de su infancia.—Detalles concernientes á su familia.	1
CAP. II.—Educación de Bernardo.—Costumbres de la época.	9
CAP. III.—Bernardo termina sus estudios.—Muerte de su Madre.—Pruebas y victorias.	17
CAP. IV.—Vocación de los hermanos y amigos de Bernardo.	33
CAP. V.—Vida común en Catillón.—Despedida de la casa paterna.—Vocación de Nevardo.	47
CAP. VI.—Origen de la Orden del Cister.—Revelaciones que se refieren á su Porvenir.—Llegada de San Bernardo al Monasterio.	61

SEGUNDA ÉPOCA.

Vida monástica de San Bernardo desde su entrada en la Orden del Cister hasta su intervención en la vida política con motivo del cisma en Roma.—1113 á 1130.	
CAP. I.—Noviciado de San Bernardo.—Su profesión.—Prosperidad de la Orden del Cister.—Origen del Claraval.	73
CAP. II.—Desarrollo de la Orden del Claraval.—En-	

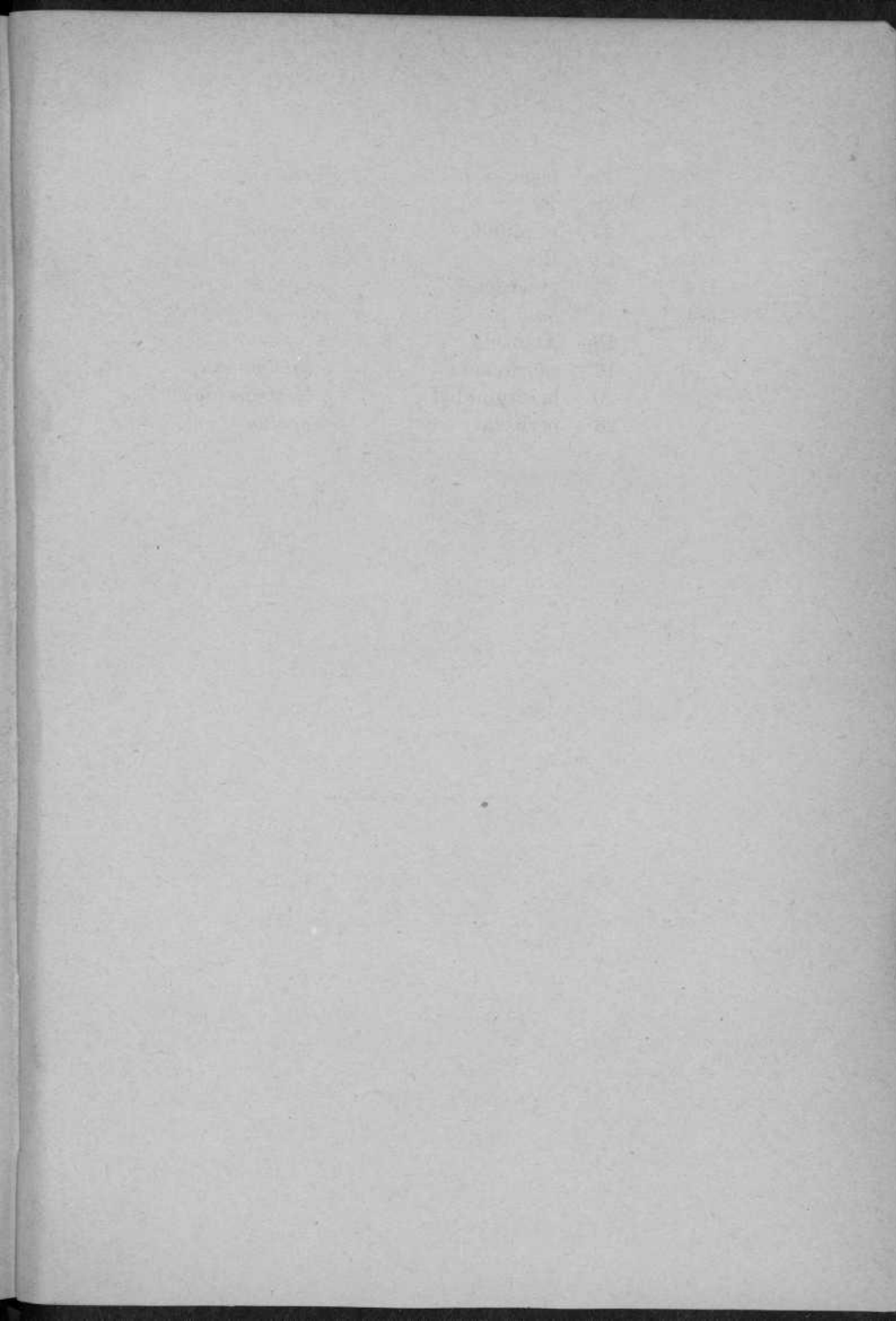
fermedad de San Bernardo.—Historia de Guillermo Saint Thierry.	91
CAP. III.—Historia de Roberto.—Carta de San Bernardo.—Monasterios que salieron del Claraval.—Capitulo general de la Orden del Cister.	105
CAP. IV.—Nueva enfermedad de San Bernardo.—Ventajas que sacó de su retiro.	118
CAP. V.—Trabajos de San Bernardo.—Sus relaciones con la Cartuja.—Viaje á Grenoble y París.—Influencia de las Ordenes monásticas.	133
CAP. VI.—Celo de San Bernardo por regenerar las costumbres del clero y reformar el espíritu religioso.	147
CAP. VII.—San Bernardo censura los desórdenes de Cluni.—Conversión de Ombelina.—Muerte de Gauldri.	163
CAP. VIII.—Notable conversión de Suger, Abad de San Dionisio.—Enrique, Arzobispo de Sems, Estanislao, Obispo de París, últimas relaciones de este con el Rey Luis el Craso.	175
CAP. IX.—La Duquesa de Lorena.—Beatriz.—Ermengarda, Condesa de Bretaña.—Sofía.—El príncipe Enrique de Francia, Amadeo, príncipe de Alemania.	189
CAP. X.—Guillermo de Saint Thierry refiere su estancia en el Claraval.—Tratado de San Bernardo sobre la gracia y el libre albedrío.—El Santo es llamado al Concilio de Troya.	205
CAP. XI.—Institución de los Templarios.—Vuelta de San Bernardo al Claraval.—Sus trabajos y predicaciones diarias.	217
CAP. XII.—Estado político en el siglo XII.	233

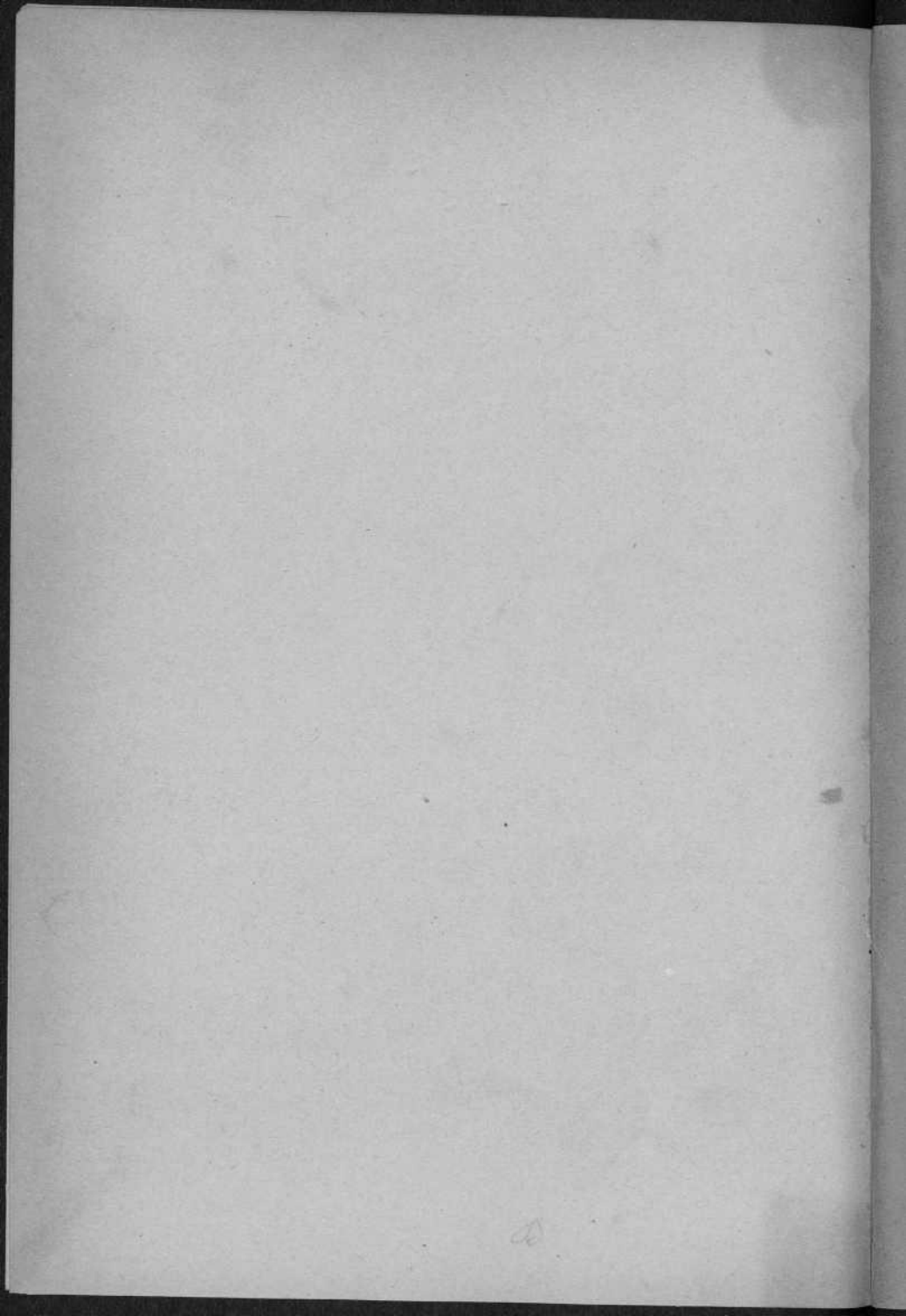
ERRATAS

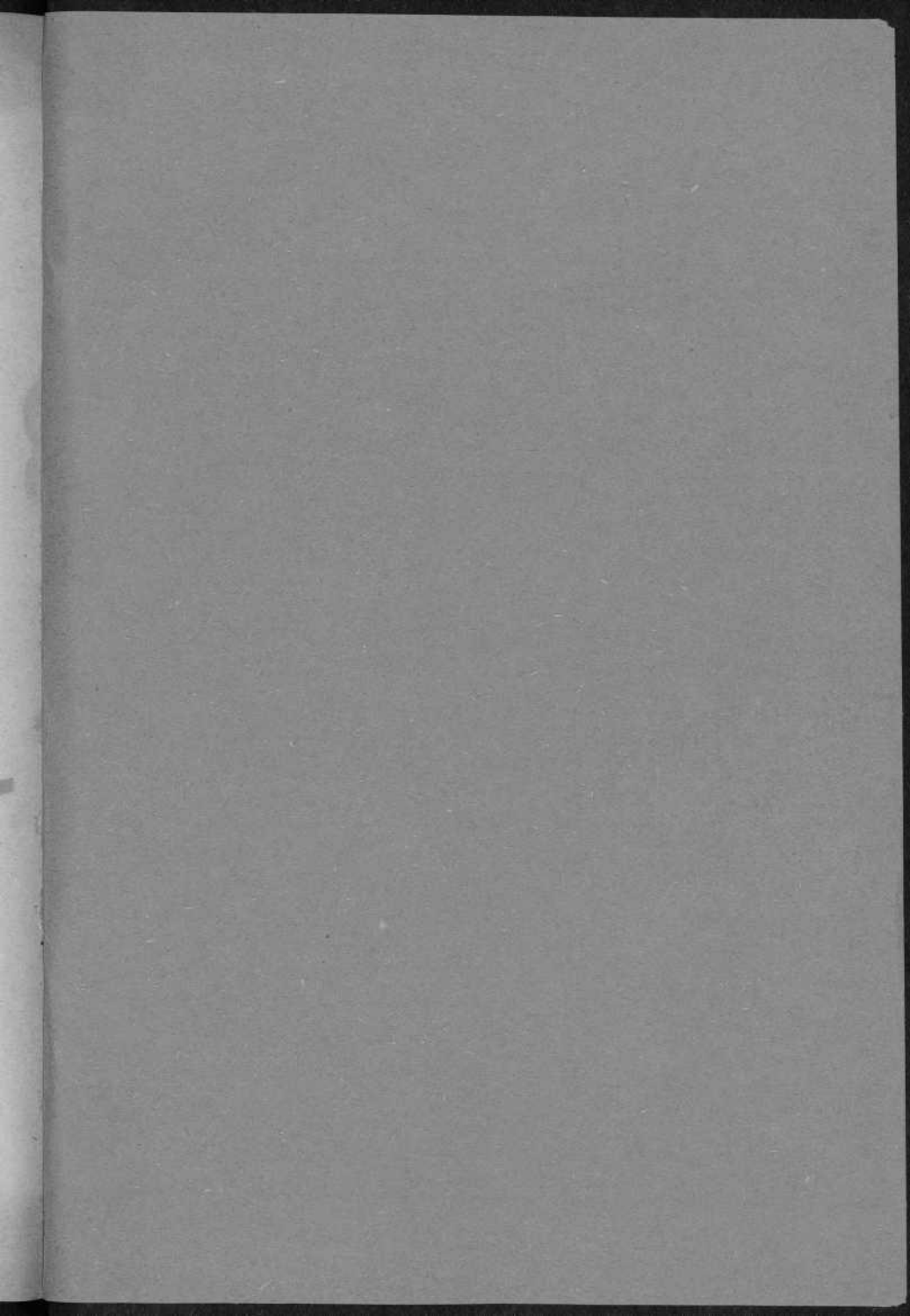
Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
10	3. ^a	esceso	<i>exceso</i>
18	21	Heinuvch	<i>Heimuech</i>
25	18	santo temor	<i>santo amor</i>
„	26	inesperiencia	<i>inexperiencia</i>
26	11	espansivo	<i>expansivo</i>
46	7	para	<i>con el fin de</i>
77	10	esperimentando	<i>experimentando</i>
„	15	exeso	<i>exceso</i>
85	22	Confio	<i>confiando</i>
88	9	Risuellus	<i>Risnellus</i>
91	13	escitando	<i>excitando</i>
92	2	escesivo	<i>excesiva</i>
106	20	esceso	<i>exceso</i>
107	6	esceso	<i>exceso</i>
„	21	de	<i>del</i>
108	24	enemigo	<i>amigo</i>
123	19	escitaban	<i>excitaban</i>
124	6	estensas	<i>extensas</i>
128	14	Estendiose	<i>Extendiose</i>
136	23	Giugnes	<i>Guignes</i>
139	7	esclusivamente	<i>exclusivamente</i>
141	15	esplicacion	<i>explicación</i>
„	16	estremo	<i>extremo</i>
145	8	esclamó	<i>exclamó</i>
148	13	escesiva	<i>excesiva</i>
„	18	estendíasen	<i>extendíanse</i>
„	22	escesivo	<i>excesivo</i>
152	11	estingue	<i>extingue</i>

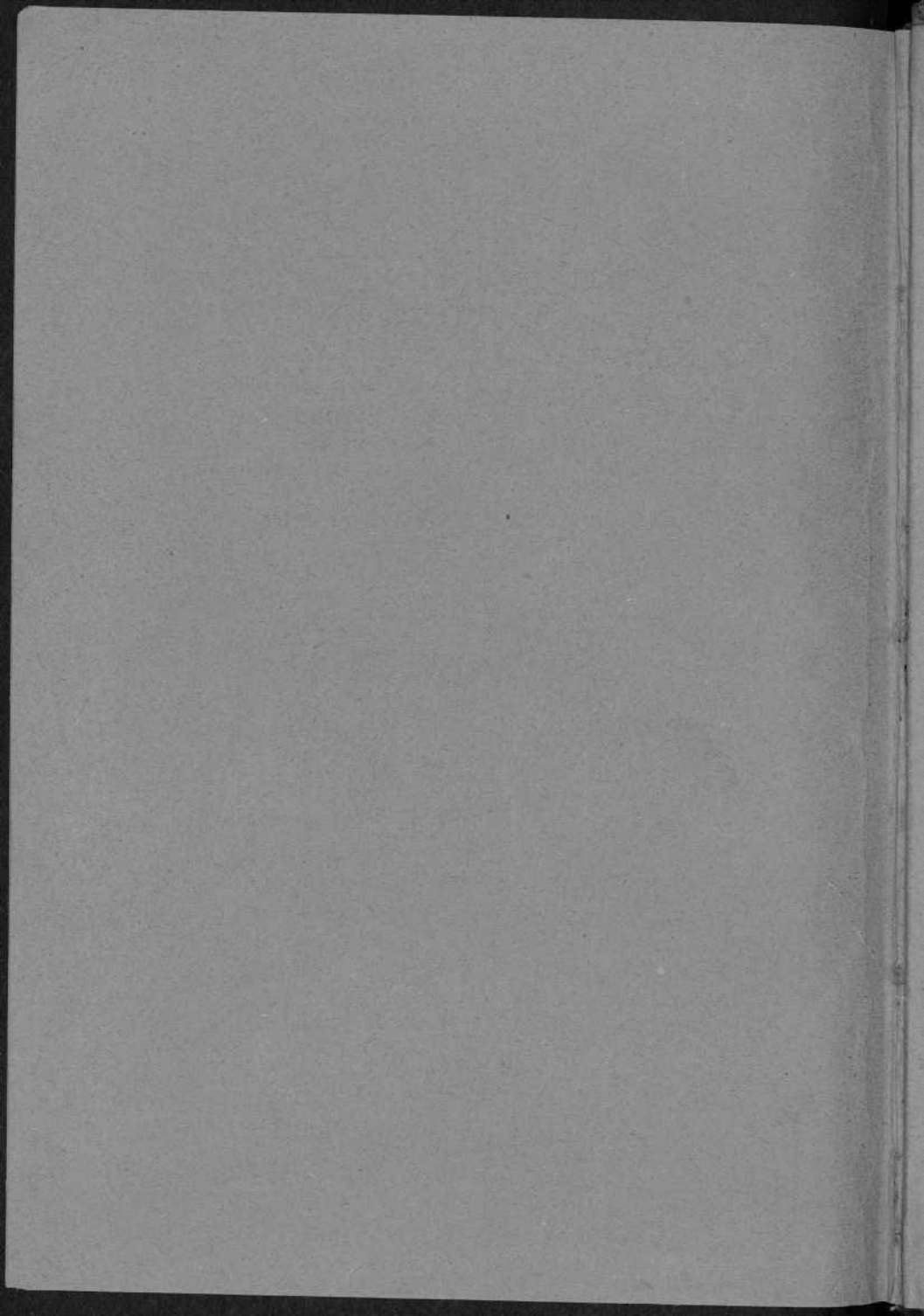
156	12	fases	<i>faces</i>
157	20	El	<i>èl</i>
160	23	el mundo	<i>al mundo</i>
172	15	El	<i>èl</i>
174	22	preceden	<i>proceden</i>
193	1	no	<i>que</i>
221	18	Atanacio	<i>Atanasio</i>
„	19	sancionada	<i>y sancionada</i>
„	20	la virginidad	<i>y la virginidad</i>
„	28	perfecta	<i>perpétua</i>

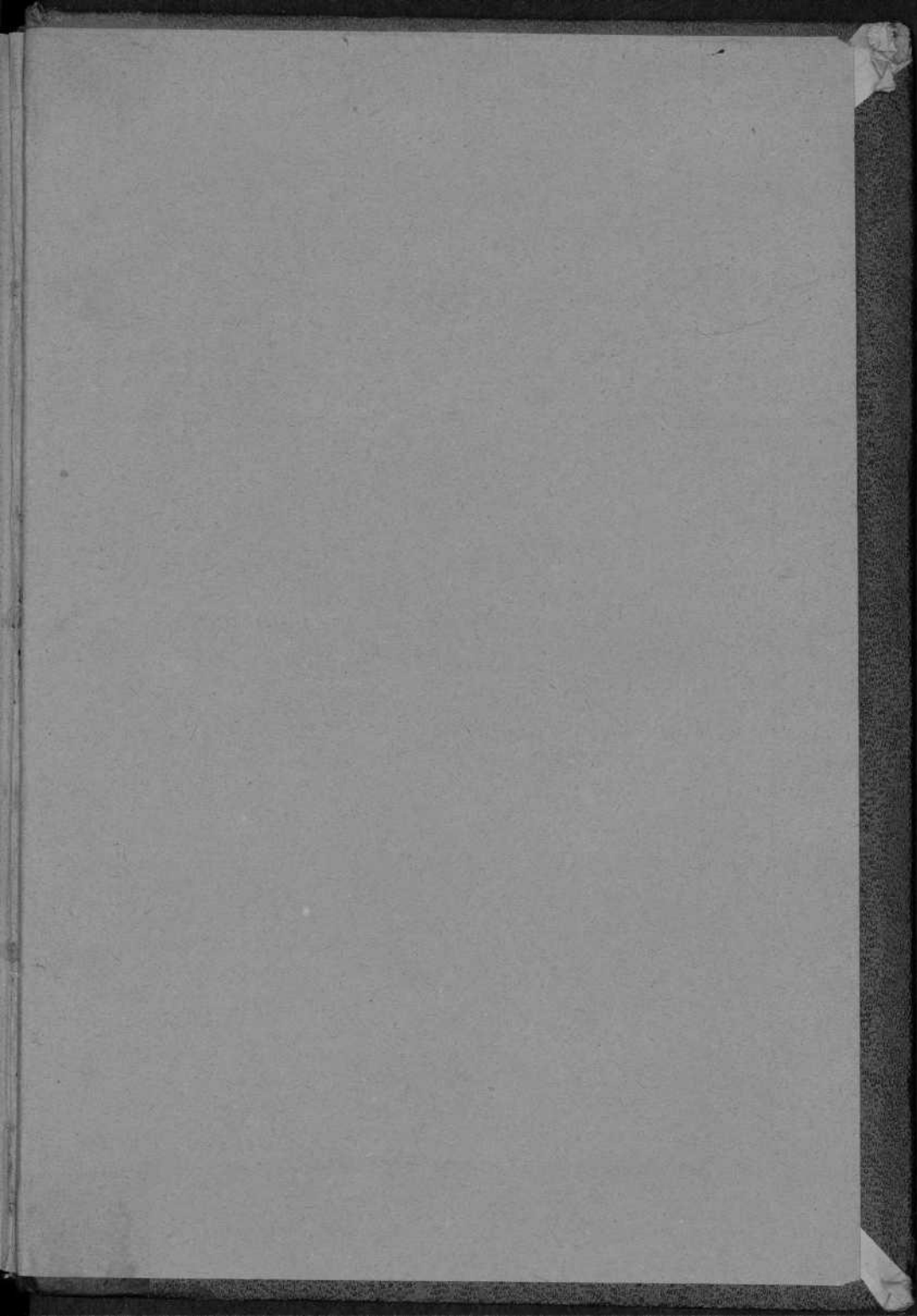


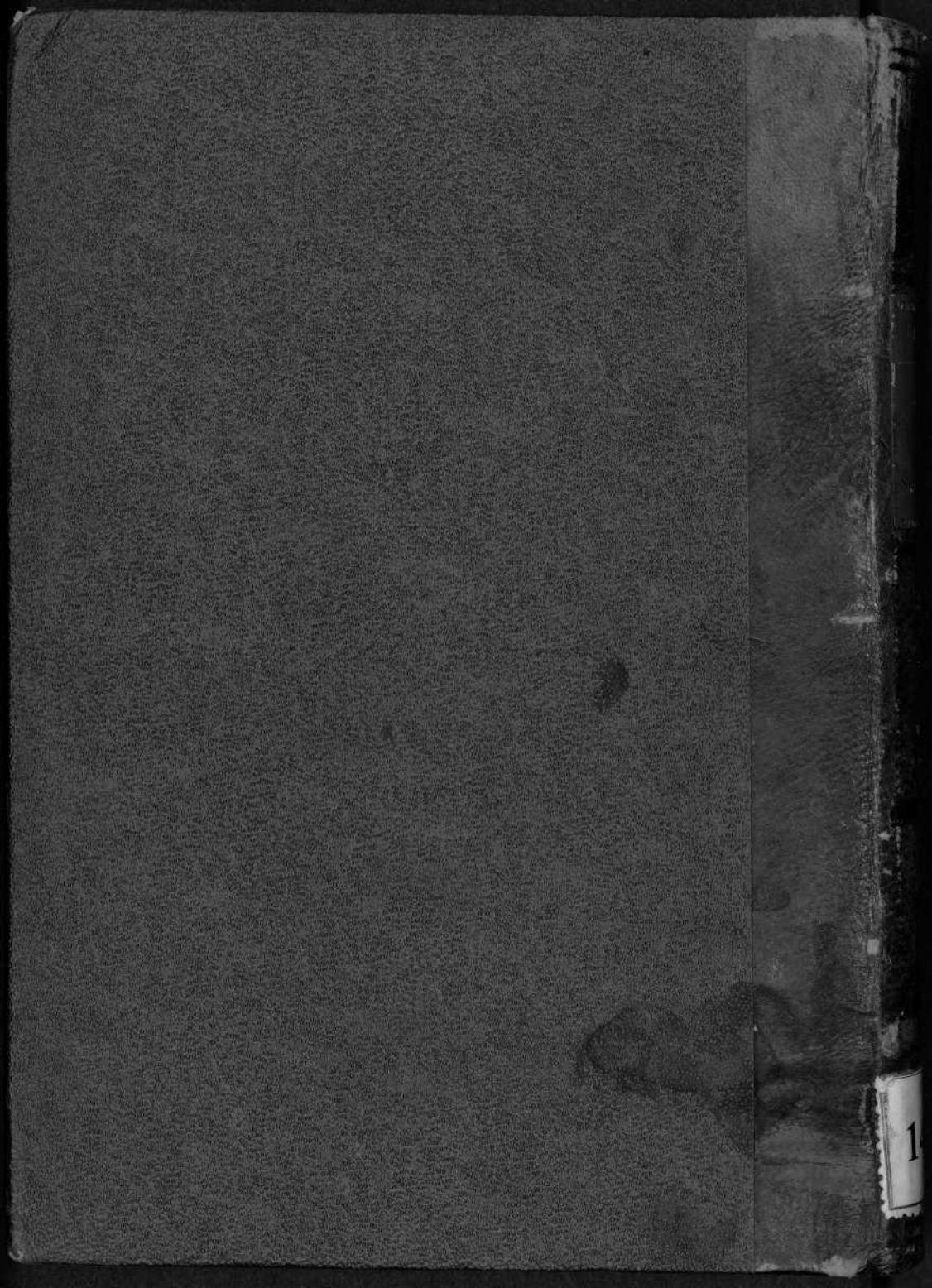












1

PARIS

PARISBONNE

← 519152 →

HISTOIRE

DE

BERNARD

14.233